



Haz que ocurra

Tamara Marín

Tamara Marín

Haz que ocurra

Título original: *Haz que ocurra*
Tamara Marín, 2017

Editor digital: mundopalabras.es
ISBN: 978-84-947336-1-1

Diseño de portada: Nerea Pérez Expósito
www.imagina-designs.com

A mi otra mitad.
La persona con más magia que conozco.
Mi luz. Mi guía. Mi puerto.
Ya sabes cuánto te quiero, hermano.

Índice

UN MAL DÍA
LA REALIDAD
EL IMBÉCIL
LA LOCA
LA APUESTA
EL CUMPLEAÑOS
MI EX
LA MOTO
LA GRAN IDEA
SERGIO
¿POR QUÉ SERGIO?
ADRIANA
COMIDA CON SERGIO
NO PODEMOS ESTAR SOLO
FRAN
¡AHORA SÍ!
TIRARSE AL VACÍO
SOLO NOSOTROS
¿POR QUÉ HOY?
ESPERÁNDOLA
LA FAMILIA
LA VERDAD DE ADRIANA
TRES SON MULTITUD
MÁS DE LOS MISMO
EL ACCIDENTE
PERDÓN
¿HACEMOS UN TRATO?
¿OS CONOCÉIS?
LO PERDÍ
EL VIAJE
ELEGÍA ESTAR CON ÉL
EPÍLOGO
DIEZ AÑOS DESPUÉS

AGRADECIMIENTOS

UN MAL DÍA

¡Por fin volvía a casa! Mi hermana Daniela y yo habíamos ido a pasar unos días con mis padres, aprovechando mi cumpleaños. Hacía mucho que no íbamos a verlos y ya no podíamos posponerlo más.

Me encantaba ir a ver a mis padres. Desde que se jubilaron, se fueron a vivir al pueblo, el cual es muy pequeño, ideal para desconectar de todo, pero con pocas cosas para hacer. Aproveché para leer mucho y para meterme con mi madre en la cocina. Me gusta mucho cocinar, y siempre que voy intento sonsacarle alguna de sus recetas secretas, aunque no hay manera. Por no mencionar que las dos en la misma cocina somos un peligro y siempre acabamos discutiendo. Todo el mundo dice que somos iguales, y eso me cabrea aún más. Mi madre tiene un carácter demasiado fuerte, demasiado explosivo, exactamente igual que el mío, así que, por mucha rabia que me dé, es la pura verdad, somos iguales.

Cuando llevaba mucho tiempo sin ir al pueblo, y sin verlos, los echaba de menos, pero cuando pasaba unos días allí, me entraban unas ganas tremendas de volver a mi casa, mi sofá, mi cama..., (me parezco a ETE). Sobre todo, echaba mucho de menos a Jordi (mi marido). Estaba deseando llegar a casa y achucharlo muy fuerte, nunca nos habíamos separado tanto tiempo. Bueno, algún fin de semana sí, cuando él tenía que viajar por trabajo, pero esta vez casi había sido una semana. Es cierto que en algunos aspectos va genial desconectar un poco de todo (incluso de marido), pero no podía parar de pensar en las ganas que tenía de volver a casa y verlo.

Mi hermana me dejó en la puerta de mi casa, y pensé que había sido una suerte que el vuelo se adelantara casi tres horas, si no habríamos llegado tardísimo. Como siempre me pasa cuando me subo en un avión, había dormido casi todo el trayecto (mi hermana se indigna conmigo porque ella

cuando se sube en uno es incapaz de relajarse en todo el viaje). Lo malo iba a ser poder dormir después de la siesta que me había pegado. Se me pasó por la cabeza que, quizá, cuándo llegara Jordi y con lo descansada que estaba podríamos tener un poco de sexo, pero lo descarté en el acto. Últimamente llegaba tarde del trabajo, incluso trabajaba muchos fines de semana y decía que estaba muy cansado y no le apetecía (la verdad era que por entonces no tenía buena cara). Llevábamos mucho tiempo sin sexo, así que guardé las ganas para otro momento.

Mientras subía en el ascensor, iba pensando en todo lo que le tenía que explicar; no es que hubiera hecho gran cosa, pero como en el pueblo no hay cobertura, no habíamos hablado en días, y se me había acumulado todo lo que le quería contar. Él no había podido acompañarme, se había quedado trabajando. Con la crisis, habían despedido a mucha gente, y ahora que la cosa iba mejor no habían contratado a nadie. La gente como él había aguantado, pero estaban hasta arriba de faena.

Al abrir la puerta, me extrañó que no estuviera la llave echada, pero Jordi era casi tan despistado como yo, así que pensé que se habría olvidado. Me fui directa a mi habitación. Quería deshacer la maleta lo antes posible, ducharme, ponerme un pijama cómodo y tirarme un rato en el sofá. Jordi aún tardaría bastante en llegar, así que podría hacer *zapping* un rato (en casa de mis padres es imposible, a mi padre le encanta la tele, y es el dueño y señor del mando), llevaba casi una semana sin poder pasar canales a diestro y siniestro.

Pensé que podríamos pedir algo de cena, y así no tendría ni que cocinar. La verdad es que estaba descansada, pero necesitaba un ratito de sofá y tele.

Cuando llegué a la puerta de nuestro dormitorio... ¡Hostia! Me sentía como si me hubieran clavado al suelo con algo, y el único pensamiento que se me pasaba por la cabeza una y otra vez era «esto no me puede estar pasando a mí».

Desde el umbral de la puerta lo vi a él..., que no estaba solo. Un tóxico. Me iba unos días y, al volver, me encontraba a mi marido, en mi cama, con otra. Mi dormitorio tenía una de esas distribuciones raras, en las que me era mucho más fácil que yo los viera a que ellos me vieran a mí (aunque tampoco estaban ellos para ver nada).

Se me pasó por la cabeza coger la lámpara de la mesita y estampársela en la cabeza para que dejaran de gemir de esa manera, pero cuando conseguí despegar los pies del suelo y moverme, hice lo que jamás pensé que haría: di

media vuelta, agarré mi maleta, cerré la puerta con cuidado y me fui a casa de mi hermana Daniela.

No sé bien cómo llegué allí, ya estaba oscureciendo y no podía quitarme de la cabeza la imagen de Jordi en la cama con otra. Me preguntaba si yo no podía ser como el resto de la humanidad y encontrármelo con otra en un bar o en cualquier sitio; no, yo tenía que verlos en plena faena. Tendría esa imagen grabada en mi cabeza toda mi vida.

Una vez que estuve en casa de mi hermana, me sorprendí. Fue como cuando haces un recorrido en coche muchas veces y, ya en tu destino, piensas: «¿cómo he llegado?». Pues me pasó un poco eso, no fui consciente del camino. Cuando mi hermana abrió la puerta, me di cuenta de que aún no había soltado ni una lágrima (no tengo la menor idea de por qué, soy una llorona).

La aparté, me senté en el sofá y le dije:

—He pillado a Jordi en mi cama con otra. —Así, sin paños calientes ni nada. Podría haber sido más delicada, pero no estaba yo para pensar mucho lo que decía. De hecho, pensar antes de hablar no es una de mis cualidades.

Se hizo un silencio seguido de una carcajada de mi querida hermana. La miré como si no le quedara mucho tiempo de vida, y cortó la risa al momento. Es con la única persona que me funciona mi mirada asesina, por algo es mi hermana pequeña.

—Sí, claro, y estás aquí tan normal, explicándomelo tranquilamente. — Qué bien me conocía, ni yo misma podía creer lo tranquila que aparentaba estar.

—Pero, a ver, no habrás hecho ninguna tontería, ¿verdad? —Pobrecilla, creo que, llegados a ese punto, empezó a acojonarse.

—Defíneme tontería.

—No sé, descuartizarlos y guardarlos en la nevera.

—No, los he dejado que siguieran follando y he cerrado la puerta sin que me oyeran. —Hasta yo me daba cuenta de lo impropio que sonaba eso viniendo de mí.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi hermana? ¡Dios, qué suerte han tenido!

—Pues sí. —A descuartizarlos no habría llegado, pero lo de cerrar la puerta e irme no lo entendía ni yo. Supongo que estaba en estado de *shock*, no encontraba otra explicación.

Después de soltar la bomba, empecé a ser más consciente de la situación

en la que estaba y me salió el primer sollozo. Mi hermana se acercó a mí para abrazarme, y me di cuenta de que, si me abrazaba a ella, no podría parar de llorar en mucho mucho rato. La verdad es que no sé por qué, pero no quería llorar en ese momento.

Me levanté de golpe, me fui hacia la cocina y le pregunté a mi hermana dónde guardaba el tequila. Mi hermana es una *hippie*, naturista, ecologista, etcétera. Pero por alguna razón que desconozco, siempre tiene unas cuantas botellas de alcohol en casa (¡gracias a Dios!). Lo que pasó a continuación no creo que sea digno de mención. Sinceramente, los recuerdos que tengo no son muy nítidos, y los pocos que me vienen a la cabeza prefiero olvidarlos.

Cuando me desperté, no podía ni moverme. Hacía muchísimo tiempo que no me emborrachaba, e ingerí una cantidad desmesurada de alcohol en muy poco tiempo. El resultado de esa noche era la resaca con la que me había levantado, no recordaba haber tenido nunca una tan bestial. En la mesita había un ibuprofeno y un vaso de agua (tuve que dar las gracias mentalmente a mis padres por crear a mi hermana). Cuando pude centrarme, pensé: «¡menos mal que el cabrón me ha puesto los cuernos en viernes!». Tenía todo el fin de semana para regodearme en mi mierda, aunque sabía de sobra que con un fin de semana no tendría ni para empezar.

Una vez que pude, y como pude, me levanté y me hice un café. Daniela seguro que había salido a correr; no perdonaba ni un día, aunque fuera fin de semana, cosa que yo no entendía. Si yo tuviera su cuerpo, no saldría a correr, aunque precisamente sería por eso por lo que no lo tenía. Con el café casi acabado, oí la puerta y me preparé para tener LA CONVERSACIÓN con ella.

No me había dado mucho tiempo a pensar en qué hacer a partir de entonces. En un momento de inspiración de la noche anterior (creo que fue entre el segundo y el tercer chupito de tequila), había decidido hablar con mi hermana y arreglar lo espinoso pronto. Así podría desconectar de todo y continuar sumergida en mi pena. No tenía a dónde ir, sonaba fuerte, pero era la verdad.

Mis padres vivían en el pueblo y mi amiga Adriana tenía pareja y un hijo; podría hablar con ella y preguntarle si me dejaba quedarme unos días en su casa, seguro que me diría que sí, pero no me llevaba muy bien con Joaquín, su pareja. Además, no quería molestar o que tuvieran una discusión por mi culpa, ya que él no me tragaba (ni yo a él, dicho sea de paso). Y ahí se acababa mi lista de personas, ya que había perdido el contacto con casi todas

mis amigas. Hacía mucho que no las veía, y no era plan de llamarlas para quedarme en su casa unos días. También podría hablar con alguna compañera de trabajo, pero todo se limitaba a quedarme en sus casas unos días, y no iba a ir pasando de casa en casa.

El piso de mi hermana era pequeñito, pero tenía dos habitaciones. Podría pagarle la mitad del alquiler y de los gastos (si ella quería compartir piso conmigo, claro), hasta que encontrara algo donde vivir.

—¿Lucía, estás durmiendo?! —lo dijo chillando a pleno pulmón. Si alguien en el edificio estaba durmiendo, lo habría despertado.

—¡¡Menos mal que no, idiota!! —no tengo muy buen despertar. Imaginad encima con resaca—. Estoy en la cocina.

Se acercó olisqueando el aire:

—No sé cómo puedes beber esa mierda. —Esa es mi hermana la *hippie*. Ella solo bebe infusiones, así que haceos una idea de la combinación infernal de café y leche.

—Daniela, tenemos que hablar. Tendría que venir a vivir contigo un tiempo. —Lo dicho, así soy yo, suelto las cosas sin más. Soy incapaz de que entre mi cabeza y mi lengua haya un tiempo para procesar las cosas que quiero decir. Las digo y ahí quedaba eso—. Los papás ahora viven en el pueblo y... —No me dejó acabar.

—Quédate el tiempo que quieras, esta es tu casa. Me voy a la ducha —Y así es como una conversación delicada mi hermana te la simplifica en un momento.

Mi hermana. No sé qué haría sin ella, no porque me diera un sitio provisional para vivir (que también), si no por todo.

Daniela y yo nos llevamos tres años. Por entonces yo acababa de cumplir treinta (con todo el follón de Jordi casi no había sido consciente de que dejaba el dos atrás) y ella cumplía veintisiete a finales de julio. Aunque tenemos los mismos padres (parece una broma, pero es que yo muchas veces lo dudo) no podemos ser más diferentes. Daniela es un persona dulce, razonable, reflexiva, tranquila, con un carácter facilísimo. Ahora imaginaos todo lo contrario, y esa soy yo. Si es que no nos parecemos en nada, ni siquiera en el físico. Daniela es muy delgada; con formas, pero delgada, tiene el pelo muy oscuro y unos enormes ojos negros, la nariz pequeña y una boca preciosa, bueno, toda ella es preciosa. Yo no es que esté gorda, pero tengo muchas más curvas que ella. Que conste que mi cuerpo me gusta (tampoco me queda de otra, no duro haciendo dieta ni dos semanas, y el deporte y yo

no nos tenemos mucho cariño). Tengo el pelo castaño claro (ese intermedio en el que no eres ni rubia ni morena), los ojos color miel (de esto no me voy a quejar en absoluto), una nariz normal, unos labios muy gruesos y una boca demasiado grande para mi gusto. Por si eso no fuera suficiente, a Daniela le encanta el deporte, se cuida muchísimo, solo come verde y no prueba la carne roja, a todo le echa semillas y no toma nada de lácteos, dulces, grasas saturadas, etcétera (es decir, no come nada que este bueno). Como podéis suponer yo soy de las que se tiene que vigilar porque se comería toda la «porquería» que no se come Daniela. Lo dicho, la noche y el día. Claro que, si nos ponemos a analizar, como ya dije antes yo soy igualita a mi madre y Daniela es calcada a mi padre. Creo que ese es el secreto de que mis padres lleven tantos años casados, lo diferentes que son. También es por eso por lo que Daniela y yo nos llevamos tan bien, claro está que tampoco conozco a nadie que se lleve mal con mi hermana.

Pasé un fin de semana de mierda y pensé mucho en mi matrimonio. Jordi y yo nos casamos jóvenes. Yo entonces estaba muy enamorada de él, pero era un amor casi adolescente (no por la edad que teníamos, sino por la manera y la intensidad). Con el tiempo se fue transformando en algo más calmado, lo que no podía decidir era si esa calma se debía a que lo estaba dejando de querer o a que había madurado y lo quería de otra forma. De una manera u otra me había acostumbrado a tenerlo, cuando me pasaba algo siempre pedía su consejo. Me encantaba salir a cenar con él y hablar de todo, ver juntos una peli en pijama en el sofá, dormir con él... Vamos, todo lo que se supone que hace un matrimonio (sin la parte en la que él se acuesta con otra, claro).

Si lo analizaba todo profundamente parecíamos más dos amigos que un matrimonio; hacía mucho que este no iba bien, o por lo menos no tan bien como al principio. El sexo pasó a un segundo plano (o tercero). Es verdad que en nuestra pareja la pasión brillaba por su ausencia, pero nos habíamos acostumbrado (bueno, por lo visto la que se había acostumbrado había sido yo, él la pasión la buscaba fuera). Y, si me paraba a pensar, había un montón de señales que estaban clarísimas, pero que yo no había visto hasta que me había topado de morros con ellos dos en mi cama. La falta de comunicación, tanto trabajo, tanto tiempo fuera, la falta de sexo..., vamos, de manual, y yo en mi mundo Disney sin enterarme de nada.

Quizá eso era lo que quería pensar. Estaba intentando sacar todo lo que iba mal en mi matrimonio, o lo que ya no funcionaba, para que doliera menos

el hecho de que me había engañado con otra. Pero era en vano, porque seguía doliendo mucho. Si alguien me hubiera preguntado qué tal iba mi matrimonio el viernes por la mañana le habría dicho que muy bien, que yo era feliz. Por ello, tras darme de bruces con la realidad, necesitaba convencerme de que todo marchaba mal, para mentalizarme así de que no volvería a estar con él.

Nuestra relación había durado cinco años, cuatro de ellos casados; quizá (y digo quizá) si esto hubiera pasado antes yo habría luchado por él, pero en ese momento pensé que no quedaba nada por lo que luchar. Obviando el hecho de que no sé si soy capaz de perdonar una infidelidad. Seguramente, aunque en un principio lo perdonara, habría roto mi confianza y me costaría muchísimo —no sé si lo conseguiría algún día— volver a confiar en él. Y todo esto suponiendo que él quisiera volver conmigo, cosa que no tenía muy clara, porque le había mandado un wasap (no me había atrevido a llamarlo por teléfono, lo sé, fui una cobarde) y ni siquiera me había contestado, así que mucho interés por su parte tampoco había.

Se apoderó de mí un sentimiento de frustración, fracaso y pena; es cierto que quizá ya no estuviéramos como al principio, pero habíamos pasado momentos increíbles juntos y, como siempre pasa (somos así de masocas), cuando algo se acaba solo recordamos las cosas buenas.

Soy una persona con un carácter fuerte y bastante explosivo. Por eso doy la imagen de mujer fuerte y segura de mí misma. Pero también soy muy sensible. Es una mierda de combinación, porque se supone que una mujer fuerte no llora. Aunque yo creo que una cosa no quita la otra, yo soy fuerte y muy llorona y en ese momento no podía parar, se había abierto el grifo. Sabía que el lunes tendría que enfrentarme a todo lo que se me venía encima, pero ese fin de semana solo lloré. El grifo estaría abierto un tiempo.

El piso donde vivíamos Jordi y yo era de alquiler, ese piso que decoré con un cariño infinito, buscando cada detalle en mercadillos y anticuarios. Es curioso, pero no quería nada de lo que había dentro; me encantaban todos los detalles que habíamos ido poniendo allí, pero hasta el más pequeño de los objetos me traía demasiados recuerdos. El domingo fui a por mis cosas (me aseguré antes de que Jordi no estaría) y cogí lo que era solo mío, es decir, ropa, pinturas, zapatos, etcétera; incluso dejé un perfume y alguna prenda que me había regalado Jordi en alguna ocasión. Lo que no pude dejar fueron mis zapatos, unos *stilettos* de Christian Louboutin. Habían sido un regalo de él, pero yo tampoco era gilipollas; esos zapatos no se podían quedar allí, se vendrían conmigo allá donde fuera.

No teníamos hijos y mi hermana era abogada. La parte del papeleo sería fácil. Lo difícil sería recomponer mi vida y mi corazón (y no nos olvidemos de mi autoestima, la muy cabrona se había escondido tanto que no la encontraba por ningún sitio).

LA REALIDAD

Cuando me levanté el lunes para ir al trabajo parecía que aún me duraba la resaca, estaba como aturdida. Podría haber llamado y pedir unos días que me debían, pero tarde o temprano tenía que enfrentarme a la realidad, y tampoco me servía de nada quedarme en casa dándole vueltas a todo.

Al entrar en el ascensor me miré en el espejo por primera vez desde el viernes. La persona que me devolvía la imagen no parecía yo, tenía los ojos hinchados y rojos de tanto llorar. No me había peinado ni maquillado y había cogido la ropa sin mirarla. El resultado era desalentador.

No pude centrarme en todo el día y solo tenía ganas de volver a casa y meterme en la cama para seguir llorando. Pero la verdad es que la rutina me venía genial para no pensar. Soy profesora de bachillerato y los adolescentes te dan poco margen para la autocompasión.

Mis compañeros de trabajo se volcaron conmigo, y lo mejor de todo fue que el rumor corrió rápido por todo el colegio y no tuve que dar muchas explicaciones. Es curioso, porque es un colegio enorme y somos un montón de profesores. Todos me miraban con cara de pena, pero gracias a Dios nadie me preguntó nada.

Iba como una zombi, de un lado para otro sin saber muy bien cómo salía o cómo llegaba a los sitios. De lo que sí me di cuenta fue de que a mi lado y haciéndome casi de guía siempre estaba Sergio. Sergio es el profesor de educación física y un encanto de persona (y no nos olvidemos de que está buenísimo). No me dejó sola en ningún momento; yo que estaba fatal, pero que no soy imbécil, me di cuenta de que, para él, después de tres años intentando tener algo conmigo, había llegado su momento, y me dio una pena terrible (súmala a la que ya tenías, campeona) porque no quería hacerle daño. No obstante, era demasiado pronto. Por mi cabeza no pasaba ni la remota

posibilidad de empezar nada con nadie. Sergio y yo nos llevábamos muy bien (desde el primer día, entre él y yo había habido muy buen rollo). Pero ¿sabéis cuando alguien lo tiene todo y además conecta con él, pero no hay química, no saltan chispas? Pues eso me pasaba con Sergio... No sé, por lo menos por mi parte, siempre lo vi más como a un amigo. Mis compañeras de trabajo se echaban las manos a la cabeza, pues Sergio tenía un sinfín de admiradoras y por la única por la que tenía cierto interés era por mí, pero yo no le hacía ni caso (no se lo hacía en el sentido romántico, porque salíamos mucho juntos). En fin, a ver cómo escapaba de aquella.

A la salida del trabajo me esperó en la sala de profesores y se empeñó en acompañarme a casa (bueno, a casa de mi hermana). No tenía fuerzas para negarme, y eso que sabía que, si me acompañaba, a la mañana siguiente me tendría que llevar también, porque mi coche se quedaba en el colegio.

Cuando llegamos lo invité a que subiera y le ofrecí un café. Me pareció lo más correcto después de las molestias que se había tomado durante todo el día. Le preparé el café sin abrir la boca, y lo dejé allí bebiéndoselo mientras yo me iba a mi habitación y me ponía unas mallas y una camiseta vieja con la que iba muy cómoda. Al llegar a la cocina vi que él casi había acabado, pero como yo me puse uno, le pregunté si quería otro. Ya estaba siendo bastante maleducada con él.

—No, gracias, si sigo bebiendo café esta noche no voy a poder dormir.

—Ah, a mí el café nunca me ha quitado el sueño.

Y allí estábamos, como dos desconocidos sin nada que decirse y rodeados de un silencio demasiado incómodo. Hasta que Sergio habló y la situación aún se puso más incómoda.

—Tiene que ser muy duro para ti, Lucía, pero te repondrás. Eres una tía maravillosa, además de guapísima. Encontrarás a alguien que te valore de verdad. —Solo le faltó decir que ese alguien era él.

—Ahora mismo en lo último que pienso es en encontrar a alguien. — Llegados a este punto me puse un poco a la defensiva, no quería ser borde, pero tampoco quería que creyera cosas que no eran.

—Ya me imagino, pero sabes que yo... —Sabía cómo acabaría la frase y no quería oírlo.

—Lo sé, Sergio, pero ahora no es el momento. —No se me ocurría nada más que decirle, el momento no podía ser menos apropiado. Estábamos a lunes y me había encontrado a Jordi en mi cama con otra el viernes. Por favor, ¿alguien le podía decir a Sergio que tuviera algo de tacto?

—Sí, lo sé, pero estaré aquí para lo que necesites, y cuando llegue el momento avísame. —Joder, dónde me estaba metiendo, hasta entonces había sido mucho más sutil. Siempre me tiraba indirectas y muchas veces medio en broma y medio en serio me había dicho que si quería echar una canita al aire..., pero estando yo casada jamás lo tomé en serio. A partir de ese momento la cosa cambiaría, y estaba claro que iría a saco.

EL IMBÉCIL

Dos meses más tarde

Ya había firmado los papeles del divorcio y era una mujer oficialmente libre. Aunque me sentía peor que nunca. Había estudiado y descuartizado mi matrimonio. Lo había analizado absolutamente todo, y eso lo único que hacía era dejarme cada vez más hecha polvo. Me preguntaba cosas como cuánto hacía que me engañaba, si sería aquella la primera mujer con la que lo hacía o qué fue lo que yo hice mal. Esta era la peor. Tenía la autoestima tan baja que casi ni me reconocía. Yo, que no me dejaba pisar por nadie, estaba dejando que la sombra de mi ex y su infidelidad se metieran tanto en mí que dejara de ser yo misma.

Sabía que tarde o temprano tenía que recuperarme, pero llevaba dos meses en los que lo único que me apetecía era llegar a casa, ponerme el pijama, meterme en la cama y llorar. Empezaba a preocuparme (en los momentos de lucidez); ¿y si entraba en una depresión?, ¿cuánto se tarda en recuperarse de una ruptura?, ¿no llevaba ya demasiado tiempo así?, ¿cuándo volvería a ser yo? Creía que nunca lloraría tanto por un hombre, mucho menos por uno que se había acostado con otra estando casado conmigo. Encima, para rematar, yo lo había visto. Siempre había pensado que si tu pareja te pone los cuernos de manera recurrente es porque ya no te quiere, y lo último que yo deseaba era estar con alguien que ya no sintiera nada por mí. Seguía pensando lo mismo, pero no por pensarlo dolía menos.

Durante aquellos dos meses había adelgazado bastante, y no es que me quejara, no estaba gorda, pero me sobraban unos kilitos. Para compensar eso, me había dejado completamente; no me maquillaba, no me peinaba, cada vez que me miraba en el espejo mis dos cejas se estaban convirtiendo en una, y la

verdad es que me duchaba porque tenía que ir a trabajar, aunque se me hacía un mundo.

Mi hermana, pobrecita mía, no se metía en nada (yo ya la habría sacado de ese letargo a patadas). Me miraba con esos preciosos ojos oscuros que tiene y no habría la boca. Aunque a veces en ellos veía tristeza por mí, y eso me mataba.

Fue por una de esas miradas de mi hermana por lo que me di un ultimátum a mí misma; me daba dos semanas más (ni idea de por qué dos) para empezar a hacer cosas de persona normal, como por ejemplo sentarme a ver una película con ella (mi primer pensamiento había sido invitarla a cenar y tomar algo luego, pero después pensé: «¿dónde vas tú tan rápido, Lucía?», y lo dejé en una peli, que para empezar ya estaba bien).

También pensé que tendría que hablar con Sergio, se estaba portando muy bien conmigo y yo estaba siendo hasta maleducada con él. Había días en los que me hablaba y yo ni siquiera lo escuchaba. Aunque no quería darle alas para que pensara que podría haber algo entre nosotros, había un mínimo de educación que tenía que cumplir. Yo aún me preguntaba cómo podía seguir insistiendo con las pintas que tenía últimamente; ¿igual al chico le gustaba de verdad?

Estaba yo una noche (me quedaban cuatro días para cumplir las dos semanas de mi ultimátum) lavándome los dientes, cuando me miré en el espejo y vi que la herencia por parte de madre era genial. Después de tres meses sin ir a la peluquería, tenía las raíces casi blancas, y es que tengo canas desde los veinte años, pero las tapaba muy bien, tiñéndome rigurosamente hasta ese momento. Tampoco había ido a depilarme desde hacía un montón, y aunque nadie iba a verme desnuda, las cejas estaban casi en medio de la cara; lo mío ya era preocupante. Para rematar me había puesto mis gafas de estar por casa, que me quedaban fatal. Siempre llevaba lentillas, pero cuando llegaba a casa me ponía gafas; como nadie me las veía, hacía años que no las cambiaba y eran feísimas, no feísimas en plan *vintage* o retro, si no feísimas en plan pasadas de moda-horrorosas: ¡¡Dioos, era un cuadro!! En esas estaba yo cuando oí el timbre y me acordé de que esa noche venían a cenar un par de compañeros de trabajo de mi hermana. Yo ya había cenado e intentaría esconderme en mi guarida lo antes posible. Pero como mi madre nos educó muy bien salí a saludar.

¡¡COÑO!! Por poco me da algo; ¿quiénes cojones eran esos dos tíos que estaban en el comedor de casa de mi hermana?, y ¿por qué me había dicho

ella que quienes venían a cenar eran dos compañeros de trabajo y no dos tíos impresionantes? Empezaba a pensar que mi hermana no tenía sangre en las venas, ¡joder!

Pues ahí me encontraba yo sin saber qué hacer. Con un pijama viejo que me quedaba enorme y con un estampado horrible de flores, de esos que usamos para estar cómodas, pero que son horrorosos. Llevaba un moño mal hecho (con mis canas incluidas), la cara lavada, una ceja y mis gafas *fashion*. Como era habitual, me había puesto mis Converse rojas para estar por casa, porque me resultaban muy confortables; vamos, era el morbo personificado.

—Hola, soy Lucía, hermana de Daniela. —Quería presentarme rápido y salir corriendo.

—Hola, yo soy Lucas, compañero de trabajo de Daniela. —Hizo una pausa, me miró de arriba abajo, sonrió y, joder, un poco más y me desmayo, tenía una sonrisa increíble—. Encantado. —¿Lo dijo con ironía o me lo pareció a mí? Por la cara que puso cuando me miró, fue ironía total.

—Yo soy José, también compañero de Daniela, encantado. —José parecía mucho más sincero, por lo menos no me escaneó.

Mientras mi hermana les explicaba que hacía poco que vivía con ella y que estaba pasando por un mal momento (supongo que lo decía para excusar mi aspecto), yo me dediqué a observar a esos dos morenazos. Lucas es alto, moreno y de ojos verdes. Por aquel entonces, el pelo le caía desordenado por el cuello. Lucía barba de unos días y, cuando sonreía, parecía más peligroso que amigable. Llevaba un traje oscuro que le quedaba como hecho a medida. Se podía intuir un cuerpo de esos que dejan sin respiración, o por lo menos de los que me dejan sin respiración a mí, esto lo podía adivinar con el traje puesto (tengo una imaginación estupenda, lo sé). Era uno de esos hombres que, sin ser increíblemente guapo, resultaba muy atractivo y, como diría mi madre, muy varonil. Yo diría que es de esos que desprenden un algo que hace que se nos caigan la baba y las bragas.

José también es moreno y de ojos claros (aunque en aquel momento no me fijé bien en el color). Más guapo, pero con una cara más aniñada que lo hacía parecer mucho menos peligroso (a veces estos engañan y son los peores).

Me invitaron a cenar con ellos, pero yo quería huir de allí, así que di las buenas noches y me metí en mi cuarto, desde donde estuve escuchando un rato la conversación. La charla derivó en temas de trabajo, y, como no tengo ni idea de leyes, me pareció aburridísima, por lo que puse la tele, la cual

estaba viendo cuando oí que alguien decía mi nombre. Decidí bajar el volumen para escuchar mejor.

—Pues no lo entiendo; mi hermana es muy guapa, lo que pasa es que ahora no está en su mejor momento. Ya sabes que te acompañaría yo, pero Susana me conoce y no creo que cuele.

—No, no lo creo. —Ese era José; ¿había tristeza en su voz?

—Es imposible, Daniela, si Susana me ve entrar con tu hermana no se lo tragará en la vida —contestó Lucas.

—Pero vamos a ver, tampoco entiendo por qué quieres darle celos si fuiste tú quien la dejó; además, te sigo diciendo que mi hermana es muy guapa. —Tenía que darle las gracias más tarde.

—No quiero darle celos, pero ya sabes cómo es Susana, odio que me refriegue por la cara que ya está con otro y que yo sigo solo, y encima me invita a su jodido cumpleaños para restregármelo más. —No se me escapó que no hizo ningún comentario a si era guapa o no, pobre, con las pintas que llevaba debía tener un concepto bastante pésimo de mi físico.

—Pues yo creo que mi hermana y tú haríais muy buena pareja. — ¡¡¿¿QUÉ??!! Mi hermana se había vuelto loca. Por lo que estaba entendiendo de la conversación, quería que me hiciera pasar por la pareja de Lucas para darle celos a una tal Susana, que por lo que deducía era su ex. Hablaba poco la pobre, pero cuando lo hacía subía el pan.

—Pero ¿tú me has visto a mí y la has visto a ella? No cuele, Daniela. Gracias, guapa, pero no.

¡Sería imbécil el tío! No sé si fue por la manera en que lo dijo, pero el cabrón me cayó fatal. Por otra parte, solo le faltaba eso a mi autoestima. Yo, que ya os he avisado antes de que tengo un pronto que no puedo controlar, abrí la puerta —hecha una furia— y en el comedor me presenté con mi cara de «te cogería por las pelotas y te las arrancaría de cuajo».

—¡¡¿¿Qué cojones quieres decir con eso de «si te hemos visto a ti y a mí»??!! —Su cara era un poema, incluso tragó saliva un par de veces, eso sin mencionar el susto que se habían dado los tres con mi aparición, se suponía que yo ya estaría durmiendo.

—Yo solo digo que no haríamos buena pareja, nada más —lo explicó bajito, creo que estaba algo intimidado, por no decir acojonado.

—¿Por qué? —no pude evitar preguntárselo, ¿qué se había pensado el guaperas ese?

Y el chico listo no supo qué contestar. Se quedó mirándome con cara de

«esta tía está como una puta cabra», pero no abrió la boca, creo que en el fondo valoraba su vida.

—¡Vamos a hacer una cosa, me apuesto contigo lo que quieras que te acompañe a esa cena y conseguimos darle celos a tu ex! —¿Por qué había dicho eso?, con lo guapa que estaba con la boca cerrada, ¡JODER!

Él seguía mirándome con cara de palo y yo, que tengo ese pronto que se me pasa rápido, estaba empezando a perder fuelle, por lo que todo comenzaba a darme vergüenza. ¿Por qué no podía controlarme, quedarme en mi cuarto y luego preguntar a mi hermana? ¡Pues no!, yo tenía que salir al comedor como una puñetera apisonadora.

—A mí no me parece mala idea —dijo José, y a mí cada vez me caía mejor uno y peor el otro, por lo menos con esa contestación me sentí un poco menos loca.

—No tienes nada que perder; si le das celos, estupendo, y si no, pide algo para la apuesta —contestó mi hermana haciendo de mediadora.

—Vale. —¿Había dicho «vale»? ¿¡Es que allí no había nadie cuerdo o qué!?. Si no conseguimos darle celos a Susana, me plancharás las camisas un mes. —Y a mí cada vez me caía peor y peor. ¿En serio?, ¿las camisas?, aparte de que odiaba planchar, era denigrante tener que hacerlo para un tío que además ni conocía; ¡cabrón!

—Si conseguimos darle celos a tu ex, me acompañarás a una cena con mis compañeros de trabajo y te harás pasar por mi pareja. —Definitivamente era imbécil, pero Sergio cada vez insistía más y yo ya no sabía qué excusa ponerle. Me caía bien y además trabajábamos juntos, no quería malos rollos. Era la oportunidad perfecta.

Lucas me miró a la cara y en sus ojos vi ¿diversión?, ¿enfado?, ¿compasión?

LA LOCA

Había pasado una semana de mierda y para acabar de rematarla Susana me había invitado a su puto cumpleaños, y no es que me importara lo más mínimo lo que ella hiciera con su vida, pero ¿podía dejarme en paz?

Se me habían pasado mil cosas por la cabeza, como decirle a alguna ex que me acompañara o incluso a una amiga, pero que se hicieran pasar por mi pareja me parecía un poco fuerte, y tampoco quería que nadie se hiciera ilusiones para luego decirle que no la quería volver a ver.

También podía decirle a Susana que no iba, pero entonces ella se saldría con la suya, y pasaba. Lo siento, pero soy una persona muy competitiva y no iría solo, aunque tuviera que llevar a mi prima de quince años.

Esa noche tenía que ir a casa de Daniela a hablar de unas cosas de trabajo. Había quedado en la puerta con José. No tenía demasiada confianza con él, pero sí con Daniela, ya que muchos días quedábamos después del trabajo para tomar algo. Hacía mucho que sabía que Daniela estaba colada por José, y, la verdad, no entendía a qué estaba esperando este para invitarla a salir. Cuando Daniela y yo salíamos le preguntaba a José si quería venir con nosotros (a Daniela le daba corte), y la respuesta siempre era «no». Por lo poco que lo conocía no tenía pareja y Daniela era preciosa, muy poquita cosa, quizá incluso un poco delgada para mi gusto, pero tenía un pelo y unos ojos negros increíbles. En el bufete había más de uno que no la dejaba en paz, pero ella, que es un encanto y tiene un carácter muy dulce, sabía cómo quitárselos de encima sin ofender. En fin, él sabría lo que hacía; yo lo sentía por Daniela, pues era ella la que lo pasaba mal.

En el bufete corría el rumor de que Daniela y yo teníamos un rollo, pero contra todo pronóstico nunca sentimos atracción física el uno por el otro. No

sé si era por su constitución física o por su manera de ser, pero era muy protector con ella y la veía más como una hermana pequeña que como cualquier otra cosa. Aun así, nos lo pasábamos en grande (es una chica increíble) y quedábamos muy a menudo.

Cuando llegué a la puerta de casa de Daniela, José ya estaba allí. Me saludó con la cabeza y me preguntó el número del piso, piqué yo y José me dedicó una mirada de lo más fría; qué rarito era el pobre, no sé qué le había visto Daniela. La puerta de arriba estaba abierta y yo pasé. Daniela estaba en el comedor, tan guapa como siempre, incluso más para los que no estaban acostumbrados a verla sin su traje de trabajo, pues llevaba una camiseta de tirantes y un pantaloncito corto. Yo la había visto muchas veces así, pero sabía que José no, por lo que mi primera reacción fue mirarlo. Tenía cara de estar pasándolo verdaderamente mal, y yo cada vez lo entendía menos. Le di un beso a Daniela y como yo iba muy habitualmente a su piso pasé a la cocina, abrí la botella de vino que había comprado por el camino, serví dos copas y le pregunté a José si quería. Me dijo que no, bastante seco; un encanto el chaval.

Daniela me había hablado de su hermana. Sabía que ahora vivía con ella, pero las veces que había ido a su piso no la había visto, así que imaginad mi sorpresa cuando salió a presentarse. No sé, me la imaginaba como Daniela, con un par de años más, y la verdad es que no se parecían en nada.

Daniela estaba buenísima; no es que su hermana fuera horrorosa, pero vaya, buena no estaba, y con las pintas que llevaba parecía salida de un psiquiátrico. Se presentó y salió corriendo hacia su habitación, y yo me olvidé por completo de ella.

Estuvimos un buen rato hablando de trabajo hasta que el tema derivó hacia el jodido cumpleaños. No sé qué pasó o qué se dijo, pero de repente apareció «la loca» dándonos un susto de muerte y hablando sin parar (más bien chillando). No entendí mucho, pero sí lo básico. Quería hacerse pasar por mi pareja para que yo pudiera darle celos a Susana. Yo me la quedé mirando pensando que eso jamás funcionaría. No tenía ni idea de lo que había debajo de aquel pijama, pero estaba mucho de las chicas con las que estaba habituado a salir; y no solo eso, no soy tan superficial, pero Susana sí, y estaba seguro de que ella no se creería que en tan poco tiempo tuviera pareja y me hubiera dado lugar a enamorarme de su interior.

A Daniela y a José les parecía buena idea, y cuando iba a contestar que

estaban todos locos, de mi boca salió un «vale». Ni yo mismo podía creerlo, y encima lo rematé con lo de las camisas, cosa que dije a propósito. Siempre plancho yo, es la única cosa de la casa que disfruto haciendo, pero sabía que eso le tocaría el amor propio y le jodería más que cualquier otra cosa que le pidiera; bueno, cualquier cosa no. Se me pasó por la cabeza otra que seguro que le sentaría peor, como pedirle que me la chupara, y aunque lo dijera en broma para picarla, la veía capaz de arrancarme los cojones allí mismo, con Daniela y José de testigos.

Tenía la certeza de que iba a planchar todas mis camisas durante un mes, porque no habría manera de que Susana se tragara eso. De todas las tías con las que he estado, ella es la más estirada y la que está más buena, nada que ver con esa perturbada que llevaba unas pintas y unos pelos que no le he visto a Susana ni cuando la ingresaron en el hospital para operarla de urgencias por apendicitis. Esperaba que para el cumpleaños por lo menos se peinara un poco.

No es que quisiera volver a salir nunca más con alguien como Susana, una persona fría y egoísta en todos los sentidos, además de muy comedida para todo. Eso era lo que menos me gustaba de ella. Aunque una cosa no le agradara, jamás te lo decía, nunca sabías qué era lo que pensaba, hasta que semanas después organizaba su pequeña venganza y a mí me costaba Dios y ayuda descubrir a qué venía todo aquello. Cuando le pedía perdón (muchas veces no tenía claro por qué era) ella le quitaba importancia y volvíamos a empezar. La gota que colmó el vaso, y por lo que me agobié de verdad, fue cuando empezó a insistir en que debíamos dar un paso más en nuestra relación. Yo sabía perfectamente a qué se refería, pero me negaba; mis padres siempre me han dicho que me costaría mucho comprometerme, y quizá tenían razón.

Aún no entiendo cómo pude aguantar tanto con ella. Daniela no la soportaba (eso solo ya era una gran señal, porque nadie le caía mal a Daniela, excepto Susana) y me lo había dicho muchas veces, pero en estos casos el que tiene que verlo es el que está dentro de la historia, y aunque tardé bastante en darme cuenta, al final corté la situación a tiempo. Fue una ruptura limpia, de esas que apenas duelen, teniendo en cuenta que fui yo quien la dejó. No sé si ella lo pasó peor que yo, pero no creo, porque tardó muy poco en encontrar otra pareja. En el momento en que dejamos de estar juntos empezamos a llevarnos mejor, por lo menos Susana se mostraba un poco más como era y, aunque seguía resultando superficial y egoísta,

parecía más cercana. No sé explicarlo, pero, a partir de entonces, cuando estábamos juntos no parecía que se había metido una escoba por el culo, estaba más relajada, como si ya no tuviera que esforzarse por gustarme.

Daniela y yo habíamos hablado de su hermana. Me había comentado que se había ido a vivir con ella y que estaba muy hecha polvo porque se acababa de divorciar. Pero ni Daniela me contó los motivos del divorcio ni yo pregunté (la verdad es que tampoco me importaba). En el fondo Lucía me daba pena, un divorcio siempre es duro, pero ¡qué cojones!, sería divertido. No le daríamos celos a Susana, pero haría todo lo posible por sacar de quicio a «la loca» durante toda la noche del jodido cumpleaños.

LA APUESTA

Esa mañana me había levantado llena de optimismo. Madrugué bastante más de lo normal y fui a correr con mi hermana, pero llegadas a un punto creía que echaría los pulmones por la boca en cualquier momento. Ya no podía más, era imposible seguir su ritmo, mi hermana me llevaba años de ventaja en los que yo no había hecho otra cosa que el vago en el sofá.

Sí, la verdad es que odio todo tipo de ejercicio físico, pero es que a cabezona no me gana nadie, y como que me llamaba Lucía que en la cena que íbamos a tener en dos semanas estaría más estupenda de lo que he estado en toda mi vida (o eso me gustaba pensar cada mañana cuando me sonaba el despertador).

En las dos siguientes semanas me dediqué a mí, y oye, qué gustazo. Había pasado tanto tiempo sin hacerlo que casi ni me acordaba.

Cada día intentaba guardarme una horita para mis cosas. Limpieza de cara, depilación (ya tocaba, sobre todo las cejas, que era lo que más se veía), potingues para que mi cara tuviera más luminosidad (eso decían), pero ¿a qué se referían?, ¿a que pareciera una puñetera bombilla? Yo me veía igual que siempre, aunque todas las chicas del salón dijeran que estaba estupenda. Lo que más me costaba, sin lugar a dudas, era levantarme una hora antes cada mañana para salir a correr. Siempre pensaba: «pero ¿qué más da, si en dos semanas no vas a conseguir que tus piernas se pongan duras?».

Después de los cinco primeros días, y viendo que cada vez me cansaba menos y respiraba mejor, me piqué. Yo creo que ya fue por amor propio (el primer día me dio mucha vergüenza, no aguanté ni diez minutos). Y lo más importante que me pasó durante esas dos semanas no fue el cambio físico (ya no parecía una loca que vivía con treinta gatos), sino el cambio psicológico. Me había centrado tanto en estar estupenda para la cena que me olvidé de

todo lo demás, incluso de llorar. El ejercicio me fue muy bien, me sentaba de maravilla salir a correr cada día, no sé cómo explicarlo, pero llegaba más contenta a casa —que no quiere decir que no me costara horrores el momento de antes; cada mañana pensaba: «mañana no me levanto», pero me levantaba —.

Poco a poco me fui viendo mejor físicamente y el ánimo me subió. Fue como si pensara que después de todo podría volver a ser yo otra vez. Supongo que empecé a recuperar seguridad en mí misma.

El viernes me di cuenta de que había bajado la guardia y de que en la sala de profesores solo quedábamos Sergio y yo, cosa que llevaba evitando desde hacía bastante tiempo.

—Últimamente estás preciosa, Lucía. Bueno, entiéndeme, tú siempre estás guapa, pero con lo de tu ex pasaste una mala época. Sin embargo, ahora estás incluso más favorecida que antes del divorcio. —Ya sabía yo que a Sergio no se le escapaba una.

—No sé si estoy más guapa, lo que sí sé es que me siento mucho mejor.

—Si te apetece, ahora que te veo más animada, ¿podríamos quedar un día de estos para cenar? —Ahí estaba, hacía rato que esperaba esta o alguna pregunta similar.

—Verás, Sergio, estoy empezando a verme con alguien. —No sé por qué dije eso. Como no ganara la apuesta a ver de dónde sacaba yo una pareja —. No es nada serio, y si quieres podemos quedar para comer algún día, pero no puedo quedar contigo nada más que como amigos.

—Y ¿de dónde ha salido él? Porque te pasas el día en el colegio y no sales mucho que digamos. —Joder, estaba en todo.

—Si salgo o dejo de salir creo que sea asunto tuyo, pero trabaja con mi hermana y lo conocí un día que vino a casa.

—Te dije que cuando estuvieras preparada te estaría esperando.

—Lo sé y lo siento, pero yo no buscaba nada con nadie. —En este punto yo ya rezaba para ganar la jodida apuesta.

—Bueno, tampoco quiero ser pesado, sabes que te aprecio mucho. —Su voz sonó tan triste que, como siempre me pasa, no pensé la respuesta.

—Lo sé, te has portado muy bien conmigo, cuando quieras te invito a comer. —Definitivamente yo no podía callarme nunca. Ahora que ya casi estaba, le soltaba lo de la comida.

—Ok, te tomo la palabra, me debes una comida. —Cuando me miró, hasta él se dio cuenta de cómo sonaba eso. Los dos sonreímos; si no estuviera

siempre al acecho para tener una oportunidad conmigo, nos llevaríamos muy bien.

El mediodía antes de la cena ya estaba un poco atacada. Mi seguridad empezó a flaquear. ¿Y si «el imbécil» tenía razón y me tocaba planchar camisas un mes? ¿Y si nadie se tragaba que éramos pareja? Bueno, en realidad no lo éramos, pero ahora que empezaba a estar bien, a encontrarme más animada, que nadie creyera que Lucas fuera mi pareja sería otra estocada a mi autoestima. No pude evitar que sus palabras resonaran en mi cabeza: «¿tú me has visto a mí y la has visto a ella?». Sacudí la cabeza intentando sacarme el mal rollo que se había apoderado de mí. Por supuesto que podría pasar por su pareja, Lucas no tenía ni idea de contra quién hacía apuestas.

Fui a la peluquería, un poco más y me hacen la ola. Hacía tanto que no pasaba por allí que incluso me pareció que habían cambiado el color de las paredes, pero no me atreví a preguntar. Le dije a Ana (mi peluquera) que esa noche tenía una cena especial e insistió en cambiar un poco mi color, cortar y rizar el pelo en las puntas. Yo me dejé cuidar y me relajé, como hacía siempre que iba a la peluquería, e hice lo que hacemos muchas: decirle que sí a todo y rezar para que quedara algo decente.

Cuando llegué a casa ya eran las cinco de la tarde (qué rápido pasa el tiempo cuando quieres que vaya lento). Me pareció raro porque era pronto, pero Daniela ya estaba allí.

—Lucía, ¿eres tú? —Había veces que mi hermana hacía unas preguntas que eran la hostia; soy la única que tiene llaves, ¿quién coño quería que fuera?

—Sí, soy yo, Daniela, ¿quién quieres que sea?, ¿tiene alguien más las llaves de tu casa?

—Joder, Lucía, podrías ser un poquito más... ¡¡UUAAAUUU, estás preciosa!! —Acto seguido se puso a reír a carcajadas. Eso tampoco me ayudaba mucho; mi autoestima estaba mucho mejor, pero tampoco para tirar cohetes, ¿por qué se descojonaba ahora?

—¿De qué mierda te ríes, Daniela? —No pude ser más agradable, y encima tuve que esperar un rato hasta que se le pasó.

—Pobre Lucas, no tiene ni la menor idea de dónde se está metiendo.

—No se está metiendo en ningún sitio. —Otra cosa era dónde me gustaría a mí que se metiese; (¿por qué coño estaba pensando eso? Me caía fatal, era «el imbécil». Venga, Lucía, céntrate)—. Ya sabes que mi autoestima está un poco resentida desde lo de Jordi, y no pienso dejar que

cualquier otro idiota me humille.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero va a flipar cuando te vea, y eso que aún no estás ni maquillada. Por cierto, ¿qué te vas a poner?

¡Ufff!, el tema que me llevaba de culo toda la semana. Había pensado en un vestido negro que me gustaba mucho, pero como la cena iba a ser en un restaurante informal y le había sacado a Daniela que Lucas iba a ir en tejanos, opté por esa misma prenda. Ya que me iba a poner tejanos, tenía que elegir algo bonito por arriba, y tenía un top negro perfecto. Me había comprado un sujetador también negro de encaje con efecto push up (tengo bastantes tetas, y de unos años a esta parte se han puesto algo rebeldes y empiezan a caerse). Ya que estaba, también me compré la braguita, que era preciosa, pero que en proporción con la tela que llevaba valía un dineral. Un increíble bolso de mano, y mi tarjeta echando chispas. No podría comprarme nada más en veinte años.

—Pues he pensado que unos tejanos, el top negro en forma de corazón con la parte de arriba transparente y mis Louboutin rojos (me los había regalado Jordi en nuestro primer año de casados. Creo que era el único regalo de valor que me quedaba de él).

—Joder, Lucía, pobrecillo, vas a hundirlo en la miseria.

—No es mi intención hundirlo, pero quiero ganar la apuesta a toda costa. Me vendrá muy bien para mi autoestima y para que me acompañe a la cena de trabajo, así Sergio me dejará respirar un poco. Eso sin mencionar que si no gano tendría que planchar sus camisas un mes.

—Y se te olvida que tu hermana menor cree en ti a muerte y también se ha apostado algo con Lucas. —Cuando acabó de hablar bajó la cabeza y a mí me dio que casi se le había escapado.

—No me lo puedo creer, tú haciendo apuestas; pero si no te gustan...

—No, la verdad es que no me gustan, pero es que estoy segurísima de que vas a ganar, y no podía dejar pasar la oportunidad de que Lucas planche mis trajes durante un mes. —Llegados a este punto me dio la risa, sabía lo que odiaba mi hermana planchar y había conseguido la venganza perfecta, ahora tendría que ganar sí o sí.

—No te imaginaba tan vengativa, hermanita —le sonreí—; ¿y si no consigo darle celos y pierdo? —La vi ponerse roja y supe que el cabrón de Lucas también era vengativo.

—Si pierdes tendré que pedirle una cita a José. Así que tienes que ganar como sea o tu hermanita morirá de la vergüenza. —Pues no, no era

vengativo, era muy pero que muy listo.

—Nadie muere de vergüenza, Daniela, y por esa parte hasta me gustaría perder —mi hermana palideció—; pero no te preocupes, haré todo lo posible porque Lucas planche tus trajes.

En ese momento sonó el teléfono. Era nuestra madre, y empezó nuestra pelea diaria por la posesión del teléfono. Cuando salía cualquier tema las dos queríamos hablar a la vez y era imposible entendernos, así que la conversación se alargaba mucho más de lo necesario. Cuando mi hermana me dejó y pude hablar con mi madre más tranquilamente, me di cuenta de que estaba muy preocupada por mí. Hacía solo unos días que me ponía al teléfono, pero había pasado mucho tiempo sin hablar con ella cuando llamaba. Daniela siempre le ponía una excusa y eso la tenía con la mosca detrás de la oreja (semanas atrás casi ni hablaba con Daniela, no me apetecía hablar con nadie) y encima no nos habíamos visto desde mi divorcio. Habían venido a verme siete días después de que pillara a Jordi. Mi madre pensó que era normal que estuviera en estado catatónico después de lo que había visto, pero ella es como yo y no me habría dejado estar así más de dos semanas.

Tendría que ir a verla pronto. Llevaba un tiempo pensándolo, pero con las pintas que tenía y las pocas ganas de hacer nada lo iba posponiendo. No obstante, ahora que estaba empezando a parecer una persona no tenía excusa.

EL CUMPLEAÑOS

La esperada noche había llegado. Como estaba segura de que bebería alguna copa (de estas que sirven para calmar nervios) no quería conducir y me había decidido por coger un taxi. El restaurante no estaba muy lejos y podría ir andando, pero mis zapatos, aunque eran impresionantes, me dolían un montón los cabrones. Me sudaban las manos y estaba a punto de decirle al taxista que diera media vuelta, pero yo no era una tía cobarde; con un pronto odioso sí (por él estaba en aquella puñetera situación), pero cobarde no.

Cuando llegué a la puerta del restaurante donde se iba a celebrar el cumpleaños, me bajé del taxi e intenté buscar a Lucas entre toda la gente que había en la puerta. Entonces me di cuenta del error tan garrafal que habíamos cometido. Se suponía que éramos pareja, y no habíamos intercambiado ni una palabra desde el día que salió de casa de mi hermana. ¿A quién quería engañar? Si la ex era un poco lista, no colaría nuestra farsa y me tocaría planchar camisas durante un puñetero mes.

Mi hermana me había dado el número de teléfono de Lucas y le mandé un wasap para decirle que lo esperaba en la puerta del restaurante. Llegaba diez minutos antes y con un poco de suerte podríamos intercambiar algunas palabras, como por ejemplo dónde se supone que nos conocimos.

Lo vi salir del bar con otros dos chicos; bastante guapos, todo sea dicho, pero «el imbécil» destacaba entre ellos. No podía estar más impresionante, incluso varias chicas que habían salido a fumar, giraron sus cabezas de manera bastante descarada. Lucas llevaba un pantalón tejano y una camiseta verde, casi del mismo color de sus ojos. Cerré la boca, no fuera a ser que se me cayera la baba y manchara mi top.

Miró para todos los lados buscándome y no supe bien qué hacer; ¿y si tenía que interpretar el papel de novia también delante de esos dos amigos?

No sabía a quién le había contado Lucas que lo nuestro era una farsa. Pensé rápido que, si ese era el caso, habría salido solo. Así que me planté delante de él.

—Hola. —Mi voz sonó mucho más segura de lo que en realidad me sentía. Lucas giró la cabeza hacia mí y me miró de arriba abajo. No se me escapó que estuvo mirando mis tetas más tiempo del necesario. Fue el mismo escaneo que el día del pijama, pero su cara reflejaba mucha más aprobación en esta ocasión.

—Mmm..., ¿hola? Perdona, preciosa, pero es que estoy esperando a alguien. —Giró su cara y continuó buscando. ¿En serio no me había reconocido? Pues o bien el día que nos vimos en casa de mi hermana estaba mucho más horrorosa de lo que pensaba, o bien esa noche había conseguido mi propósito y estaba, por lo menos, aceptable.

—¿Te estás quedando conmigo? Soy Lucía, ¿puedes dejar de hacer el capullo? —Me miró más detenidamente y por fin sus ojos me reconocieron.

—¿En serio, Lucas? Nos dijiste que era una chica del montón. —Ahora el que hablaba era el moreno que estaba a su izquierda, no me pasó desapercibido que dijo «chica del montón» con todo el retintín del mundo—. Soy Fran, encantado de conocerte. Como nos ha explicado Lucas que lo nuestro es una farsa, cuando acabe la noche te doy mi teléfono y podemos quedar un día para tomar algo. —Hay que reconocer que le echaba morro, iba directo al grano, sin rodeos, no dejaba pasar una, el tal Fran.

—Hola, Lucía, yo soy Roberto, encantado, y no les hagas mucho caso a estos dos. —Roberto era el único rubio de los tres y tenía pinta de ser el más normal.

—Hola, encantada de conoceros a los dos. No puedo decir lo mismo de ti. —Miré a Lucas, que no había dicho ni una palabra. Cuando estaba nerviosa aún me ponía más borde de lo normal, y estaba claro que esa noche la diana de mis pullas iba a ser Lucas—. Sería aconsejable que trazáramos un plan por si alguien nos pregunta algo. Se supone que somos pareja y no sabemos absolutamente nada el uno del otro —lo dije todo de carrerilla y ni siquiera miré a Lucas a la cara; no sé por qué, suelo ser una tía bastante directa, pero no sé si era la situación, que me sobrepasaba, o era Lucas, del que me estaba empezando a dar cuenta de que también me sobrepasaba.

—No te preocupes por eso, déjame hablar a mí, improvisaré. —Sus palabras sonaron tan seguras que me dio rabia, aunque su voz resultó rara, y no me tranquilizó para nada; ¿un tío improvisando sobre una relación

inexistente? Tenía mis dudas, pero tampoco podía hacer gran cosa, así que los seguí hacia dentro del bar (joder, me estaba metiendo en la boca del lobo y la culpa era toda mía). Justo antes de entrar Lucas me cogió la mano; se suponía que éramos pareja, qué menos que entrar cogidos, así que ignoré que toda la piel de mi brazo se erizó ante ese simple contacto.

Había bastante gente y nos habían sentado algo lejos de Susana. La impresionante ex de Lucas, todo sea dicho, no podía ser más guapa: rubia, muy alta (se levantó a darnos dos besos y casi me sacaba una cabeza; era un poco más bajita que Lucas, eso sí, llevaba unos tacones impresionantes), delgada, impecablemente peinada y vestida, no me extrañaría nada que trabajara de modelo para alguna firma. Era una de esas personas que emanan tanta seguridad que, lejos de hacer que te sientas bien a su lado, hacen que te veas más pequeña. No podía parar de pensar qué estaba haciendo yo allí.

La vi alejarse (incluso de espaldas era imponente) hasta sentarse al lado de un chico muy mono. Lucas y yo fuimos hacia la otra punta de la mesa, donde había dos sitios libres. A pesar de estar lejos, notaba su mirada cada pocos minutos encima de mí. Con todo y con eso era consciente de que para ponerla celosa haría falta algo más que entrar cogidos de la mano, y me serví mi segunda copa de vino. Si tenía que acercarme más a Lucas las dos copas me irían bien.

—¿Cómo decís que os conocisteis? —preguntó una chica pelirroja muy mona que estaba sentada enfrente de Lucas. Su sonrisa parecía sincera y supe que había hecho la pregunta sin doble intención.

—No lo hemos dicho, pero yo te lo explico, Raquel. Verás, una noche me tocó acabar un trabajo en casa de su hermana. Cuando ya casi estábamos acabando, Lucía salió de su habitación. Llevaba un pijama tan sexi que creo que, por lo menos por mi parte, fue un flechazo. —¡Será cabrón! Yo me puse roja y eso ayudó a que la historia colara, estaba a punto de darme algo. Me bebí media copa de vino del tirón, por no estampársela en la cabeza—. Lucía es toda calma y paz, y eso me complementa perfectamente, además de una preciosidad. Casi no nos hemos separado desde que nos conocimos —tendría que tener cuidado con «el imbécil», mentía demasiado bien; toda calma y paz, ¿yo!?—, ¿verdad, cariño? —Se acercó a darme un beso. El corazón empezó a irme muy rápido, ¿qué me estaba pasando? Solo era un beso, joder. Sus labios rozaron los míos; solo fue un roce, pero me recorrió por todo el cuerpo tal escalofrío que cuando separó sus labios de los míos poco me faltó para agarrarlo de la nuca y besarlo de verdad. Definitivamente el vino

empezaba a hacerme efecto.

Cuando acabamos de cenar decidieron ir a tomar unas copas a un local que habían abierto nuevo y que estaba bastante cerca. Nada más llegar Fran me sacó a bailar. Estuvimos bailando un rato. Era un chico divertido, pero algo lapa, y empecé a pensar que quizá en ese momento no sería apropiado que a un amigo de mi «novio» se le fueran las manos conmigo, así que busqué con la mirada a Lucas. Nos estaba observando, tenía los ojos fijos en mí. Hizo que se me secara la garganta, y aún más cuando lo vi acercarse a nosotros.

—Lucía, ¿quieres beber algo? —Su voz sonó tajante y bastante fría.

—Sí, la verdad es que estoy seca. —Tenía que dejar de bailar con Fran o iba a cagarla y me iba a ver planchando las camisas de Lucas.

—Pues acompáñame a pedir. —Iba a protestar, pero me miró de tal manera que preferí callar y acompañarlo, algo rarísimo en mí. Estábamos pidiendo en la barra cuando se nos acercó Roberto.

—Hola, chicos. Una cosa: he oído decir a Susana que no parecéis pareja, que Lucía parece más pareja de Fran que tuya. —¿Qué le pasaba a la gente? La tal Susana no tenía ya otra pareja, ¡pues deja en paz a tu ex! Y por extensión a mí.

Lucas me miró de tal manera que parecía que el que iba a perder la apuesta fuera él. Debía empezar a centrarme, aunque si no dejaba de beber lo tenía mal. Cogimos nuestras copas y nos dirigimos hacia donde estaban todos. Intenté que nos quedáramos un poco apartados y le dije a Lucas al oído:

—Si no quiero planchar camisas durante el próximo mes, creo que voy a tener que besarte, pero de verdad, nada del besito fraternal de antes. — Gracias Dios por inventar el alcohol; sin él, aunque fuera una bocazas, me veía incapaz de pedir un beso a un tío como Lucas.

—Creo que podré soportarlo. —¡Dios, qué mal me caía! Lejos de ponerme las cosas más fáciles sabía cómo sacarme de quicio.

Ignoré su comentario y me centré en que no quería planchar. Rodeé su cuello con mis brazos y me acerqué para besarlo. Fue un instante, pero me fijé en que de cerca aún era más guapo. Sus ojos se habían oscurecido, estaba impresionante, pero antes de que me acercara lo suficiente me agarró por la nuca y me atrajo hacia él. Fue un beso de esos que arrasan, de los que te dejan con cara de tonta y las piernas temblando. Intenté que se me notara lo menos afectada posible y recomponer rápido la cara de boba que, seguro, se

me habría quedado. Miré por el rabillo del ojo para ver si Susanita nos estaba mirando y... ¡bingo! Si nos íbamos en ese momento estaría clarísimo hacia dónde, y la pobre Susi se moriría de celos.

—Creo que será mejor que nos vayamos. —Mi voz sonó rarísima, muy ronca.

—¿A tu casa o a la mía? —Los ojos se me pusieron como platos, y no porque no me entusiasmara la idea, sino porque no pensé que le gustara a él.

—Yo a la mía y tú a la tuya —me miró como si no entendiera nada—; es para hacerle entender a Susi que nos vamos juntos.

—¿Susi? —sonrió—, vale, me parece buena idea, voy a buscar las chaquetas y nos despedimos.

—¿Tú has tenido alguna vez un calentón? —no me miró con muy buena cara—, ¿cómo te vas a despedir de la gente? Salimos sin que nadie se entere. Piensa que ahora solo hay una cosa en tu cabeza, aunque dudo que te quepa más de una, la verdad.

—Qué graciosa eres; pues hala, andando. Pero yo ya me he enfriado, necesitaría otro beso. —¡Joder! Este tío quería acabar conmigo. Esa vez simplemente no pidió permiso, me acercó a él y volvió a besarme. Fue un beso más intenso. Bajó sus manos y recorrió todo mi cuerpo, y yo por poco no entro en combustión espontánea (demasiado tiempo sin sexo; ¿cuánto hacía?, ¿seis meses? ¿A quién pretendía engañar?, hacía un año. Uff, eso era más que demasiado, aunque no conseguía recordar que un simple beso me hubiera hecho sentir así alguna otra vez).

Cuando salimos del local decidimos ir caminando, iba bien para el calentón. Yo solo esperaba que no tuvieran que amputarme los pies al llegar a casa.

—Creo que te debo una cena con tus compañeros de trabajo. —Me miró y sonrió de una manera muy pícaro. Por poco me tropiezo; era el vino, seguro.

—Sí, creo que sí. —Susana se lo había tragado todo, no haría falta ni esperar confirmación por parte de sus amigos. Aunque yo no estaba segura de si había valido la pena. Aún me temblaban las piernas por los besos y había despertado algo en mí que antes no estaba. Pero no le daría más vueltas, seguro que era por el alcohol, al día siguiente lo vería todo de otra manera.

—¿Por qué quieres que te acompañe a una cena de trabajo? ¿Es demasiado aburrida y necesitas diversión? —Me guiñó un ojo, y tuve que acordarme de cerrar la boca y respirar con normalidad. ¿Qué me pasaba con

Lucas?, por regla general yo no me comportaba como una imbécil con el sexo opuesto.

—Eres tan sumamente gracioso que lo único que lamento es no haberte conocido antes —ironicé, era mi método de autodefensa.

—No, venga, ahora en serio. ¿Por qué?

—Hay un compañero de trabajo que intenta salir conmigo desde hace tiempo, pero desde el divorcio se ha vuelto mucho más insistente. Ya no sé qué más decirle para darle largas. No me gustaría hacerle daño, pero es que además trabajamos juntos y nos vemos a diario. Pensé que quizá si creía que tenía pareja...

—Vaya, así que no soy el único que utiliza al otro para dar celos.

—Nooooo, lo último que quiero es darle celos. Solo quiero que no insista más. Ahora mismo no estoy preparada para iniciar una relación, y menos con alguien del trabajo.

—Pues dile que no quieres salir con él y ya está. —Qué sencillo lo veía él. Precisamente veníamos de una cena en la que me tenía que hacer pasar por su pareja para darle celos a su ex. Qué fácil es dar consejos.

—Es algo más complicado. ¿Por qué no le has dicho tu a Susana que no tenías pareja y ya está?

—Ok, tienes toda la razón del mundo. Aunque yo no quería darle celos a Susana. Lo único que quería es que viera que no es la única que puede rehacer su vida. —Se hizo un silencio entre nosotros. Parecía que quería preguntarme algo y no se acababa de decidir—. ¿Puedo preguntarte qué te pasó con tu exmarido? Sé que estás divorciada, me lo comentó Daniela, pero no me dijo el porqué. Si no quieres no contestes, igual estoy siendo algo indiscreto.

—No pasa nada, es un tópico: me fui unos días de viaje y cuando volví lo pillé en mi cama con otra. —No podía hacer un resumen más breve y exacto de la situación.

—¡Joder!

—Sí, una expresión muy acertada. —Estaba empezando a ponerme nerviosa. No quería seguir hablando de mí—. Y tú, ¿por qué lo dejaste con Susana?

—Lo mío no fue tan trágico, simplemente ella quería un paso más en la relación, es decir, compromiso, y yo no podía o no quería dárselo. No sé si es inmadurez por mi parte o miedo a eso, al compromiso.

—Quizá no era la persona adecuada. —¿Por qué había dicho eso? A mí

qué me importaba.

—Quizá... ¿llevabas mucho tiempo casada? —O no se había dado cuenta de mi incomodidad al hablar del tema o le daba igual.

—Cuatro años casados y un año de novios. Antes de él había estado casi tres años con otro chico, pero el final fue mucho menos trágico. —No sabía por qué le estaba explicando todo aquello, pero me notaba nerviosa, y cuando eso pasaba me daba por hablar.

—¿Seguías enamorada de él cuando lo pillaste con la otra? —Me miró y enseguida añadió—: Lo siento, igual me estoy pasando, si no quieres no contestes.

—No pasa nada, pero es la última pregunta sobre mi matrimonio que te contesto. —Le sonreí porque igual había sonado un poco borde, aunque esta vez no era mi intención—. Después de pensarlo mucho, enamorada no lo sé. Nuestro matrimonio tenía bastantes carencias, pero lo quería, y creo que si lo hubiéramos hablado podríamos haberlo salvado, aunque él no pensó lo mismo que yo. —Me quedé un poco cortada, ¿qué hacía yo contándole mi vida a un desconocido?

—Él se lo pierde. —Esa fue su contestación, y sonó tan seguro de lo que decía que por primera vez en mucho tiempo me di cuenta de que Lucas tenía razón. No solo era yo quien había perdido a Jordi, él también me había perdido a mí, y oye, ¡él se lo perdía!

No me había dado ni cuenta, pero ya habíamos llegado a la puerta de casa de mi hermana, y empecé a ponerme nerviosa. No me besaría, ¿verdad?

—Buenas noches, Lucía. —Su voz sonó tan erótica (o quizá solo me lo pareció a mí; qué malo era pasar tanto tiempo sin sexo) que tuve que recordarme que tenía que cerrar la boca (con aquel chico al final iba a tener que pegármela con pegamento) para parecer normal, por lo menos parecerlo.

—Buenas noches, Lucas.

Abrí la puerta rápido y entré en el portal para no tener que seguir mirándolo con cara de boba. ¿Qué me estaba pasando? Yo no era así. A mí no me gustaba el primer guaperas con el que me cruzaba, yo era de relaciones largas. Tuve un novio de tres años antes de conocer a mi marido (ex, perdón) y con él pasé cinco años. Además, tenía clarísimo qué podía esperar de Lucas. Una persona alérgica al compromiso, eso quería decir que, si alguna vez se comprometía, no tardaría nada en ser infiel. Aunque quizá me fallara el radar, mirad con quién me casé.

Solo podía esperar una cosa de Lucas, y era una aventura. No sabía si

me encontraba dispuesta y preparada para eso. Estaba tan acostumbrada a tener relaciones más o menos largas que podría ser incapaz de tener una aventura sin implicarme demasiado emocionalmente; además, Lucas despertaba algo en mí que no estaba segura de reconocer. También había que pensar si estaba dispuesto él. Si me tuviera que fiar de la primera vez que me vio podría afirmar sin equivocarme que no quería ni una aventura ni absolutamente nada conmigo, pero después de aquella noche ya no estaba tan segura.

Entré sin hacer ruido, pero al abrir la puerta me encontré en el salón a mi hermana viendo la tele (qué cotilla es).

—¿Tú no sales a correr mañana? —Sabía de sobra que la respuesta era afirmativa. Mi hermana no fallaba nunca, ni estando mala.

—A las seis, como cada día.

—Y ¿qué haces levantada a estas horas? —Lo dicho, una cotilla.

—Bah, deja de hacerte la tonta y desembucha, que he hecho tortitas de avena.

—¿Tú no puedes hacer palomitas, como todo el mundo? —Cómo me apetecían unas palomitas. La cena estaba buenísima, pero era uno de esos sitios donde la comida brilla por su ausencia, y los platos eran ridículos. Aunque tenía más hambre que un piojo en una peluca, no pensaba probar las tortas de avena, eso seguro.

—No. ¿Me puedes contar cómo fue?

—Resumiendo, gané la apuesta. Le toca acompañarme a la cena del colegio, y nos hemos besado un par de veces —lo solté todo de carrerilla, esperando que mi hermana no hiciera muchas preguntas. Lo sé, a veces soy una ingenua.

—Ya sabía yo que ganarías, estabas guapísima esta noche; y ¿qué tal?, ¿besa bien?, ¿solo besos?, ¿tienes ganas de más? —La tuve que parar, la veía venir, podía hacer preguntas hasta que amaneciera.

—Daniela, ¡para! Los besos, sí, no estuvieron mal. —¿A quién quería engañar?, estaba hablando con mi hermana—. La verdad es, Daniela, que no sé qué me pasa con Lucas, me cae fatal, pero besa tan bien y estoy tan falta de sexo que creo que se me ha juntado todo.

—¿Eso quiere decir que quieres más? Lucía, cariño, sabes que me llevo muy bien con Lucas, pero ten cuidado, no es el tipo de chico con el que tú estás acostumbrada a salir.

—¿Quién dice que quiera salir con él?, yo solo hablo de tener una

aventura. —Mi hermana me sonrió con lástima, y dijo:

—Tú no eres una chica de tener aventuras. —Joder, qué bien me conocía, pero siempre hay una primera vez para todo.

—Pues con la edad que tengo ya va siendo hora.

—Haz lo que tú quieras, Lucía. Mereces ser feliz, solo digo que tengas cuidado.

—Lo tendré, o por lo menos lo intentaré. Cambiando de tema, ¿qué tal con José?, ¿alguna novedad? Ahora que he ganado la apuesta no tendrás que pedirle que salga contigo. —Y era una pena, la verdad, porque sería la oportunidad perfecta para que mi querida hermana tomara la iniciativa de una vez.

—Con José nunca hay novedades, creo que voy a intentar olvidarme de él y salir con otros —lo dijo con una tristeza que me encogió el corazón—. Y lo de la apuesta, sí ha sido una suerte, porque no me veía capaz de hacerlo.

—¿A quién pretendes engañar, Daniela? Estás loca por él; mejor dicho, llevas más de un año loca por él. No te resultará tan fácil olvidarlo. Además, tú tampoco eres chica de cambiar con tanta facilidad de hombre.

—Te olvidas de que con José no he tenido nada. Pero hoy estoy muy cansada para pensar, ya pensaré mañana. —Nos miramos y sonreímos. Las dos reconocimos la frase, y nos acordamos de nuestra madre, a quien le encanta *Lo que el viento se llevó*. Esa noche me costó bastante dormirme, soñé mucho y mal.

MI EX

Como empezaba a ser costumbre salí a correr con mi hermana. Al acabar fuimos a uno de esos locales que a ella le encantan y a los que yo no veo la gracia por ningún sitio. Pedimos una infusión de no sé bien qué, y nos sentamos en una mesita (enana, como todas las que había allí) a tomárnosla.

Estábamos hablando de todo y nada cuando vi entrar a mi ex. Iba acompañado por una chica, no podría asegurar que fuera la que vi en mi casa. No me fijé tanto, pero mi subconsciente o instinto, como queráis, me dijo que era la misma.

Jordi le dio un beso y le dijo algo al oído. La chica salió del local. Él se acercó a donde estábamos nosotras.

—Hola, Lucía. Daniela. —Yo fui incapaz de responder y mi hermana soltó un gruñido, algo totalmente impropio en ella. Aunque Jordi nunca le gustó demasiado, siempre se portó con él de modo muy cordial, incluso cariñoso (bueno, como es Daniela con todo el mundo).

Mi hermana me dio un beso en la mejilla y me dijo que me esperaba en casa. Yo me quedé allí con mi ex sentado enfrente de mí y sin tener la más remota idea de qué decir o hacer. Estuve a punto de levantarme e irme, pero la cuestión es que permanecí allí.

—Creo que te debo una explicación. —Ahora ya no me debía nada.

—Yo creo que quedó todo muy claro.

—Lucía, por favor, no me lo pongas más difícil.

—No sé por qué debería ponértelo fácil. Tú a mí no me lo pusiste una mierda de fácil. —Me estaba poniendo nerviosa y no quería empezar a chillar en un lugar público. Habíamos arreglado nuestro divorcio sin cruzar una sola palabra y aquello empezaba a sobrepasarme, así que dije una cosa superestúpida que sabía que no debería decir, pero quería oír su respuesta—.

Espero que ella te dé lo que no pude darte yo. —¿Podía ser más patética?, ¿dónde quedaba mi autoestima? ¡Joder!, ¿qué me pasaba últimamente?

—Lo siento, Lucía, de verdad que no pretendía que las cosas fueran así. Tú me lo diste todo durante un tiempo y fui muy feliz contigo. No es mi intención ni mucho menos culparte a ti, porque yo tendría que haber hecho las cosas de otra manera. Pero sabes tan bien como yo que hacía mucho tiempo que habíamos dejado de ser pareja; y no hablo del sexo, que también, hablo de hacer cosas juntos, de la complicidad. Ya no teníamos nada de qué hablar. Sé que no puedo esperar que me perdones, simplemente quiero que entiendas que nuestro matrimonio ya estaba roto.

—Quizá tengas razón —estaba siendo razonable, no me lo creía ni yo—, pero es que me lo quitaste todo, y casi me dolió más perder al amigo que al marido. Yo era muy consciente de que nuestro matrimonio últimamente no iba bien, pero no estaba preparada para que acabara así. Podríamos haberlo arreglado. Si no te hubieras buscado a otra, claro.

—Lo siento de verdad, tenía que haber pedido el divorcio antes de llegar tan lejos con ella. Si quieres podemos ser amigos...

—No, no podemos. Mis amigos no me traicionan. ¿Fue la primera o hubo más? ¿Cuánto tiempo estuviste con ella? —¿Por qué hacía esas preguntas? Ya no tenía sentido y, lo que era más importante, ¿quería de verdad saber las respuestas?

—Lucía, ¿por quién me tomas?

—Después de lo que vi en mi casa, por una persona infiel. —Estaba a la defensiva y era muy consciente de ello, pero había dicho que tenía que haber pedido el divorcio antes de llegar tan lejos con ella; ¿qué significaba eso exactamente? No podía evitarlo, era una sensación muy contradictoria. No quería saber las respuestas y por otro lado quería que me contestara.

—Fue la primera. Iba a hablar contigo cuando volvieras de casa de tus padres, ya no podía seguir mirándote a la cara; además, Lidia y yo queríamos irnos a vivir juntos. —Así que tenía nombre: Lidia. Me di cuenta de que no me había contestado a la pregunta de cuánto tiempo llevaban viéndose, pero si ya vivían juntos se suponía que bastante—. Lo siento de verdad, Lucía, no te merecías esto.

—La verdad es que no, pero aun así es lo que tuve. Espero que te vaya bien. —Y sorprendentemente era verdad.

—Yo también te deseo lo mejor, Lucía. Te lo mereces.

Una conversación de lo más civilizada. ¿Quién me lo iba a decir a mí

hacía unos meses, cuando lo único que se me pasaba por la cabeza era hacerle daño? Me levanté y me fui. Mientras caminaba hasta casa de mi hermana me di cuenta de que era como si me hubiera quitado un peso de encima. Fue como si mi matrimonio estuviera en la última página de un libro y después de hablar con Jordi pudiera por fin cerrarlo. Ahora ya podía guardarlo en la estantería. Y lo más increíble era que ya no dolía. Jordi había perdido la capacidad de hacerme daño.

LA MOTO

El viernes por la mañana me levanté y me fui a trabajar más ligera que de costumbre. Hasta diría que estaba contenta. Fue uno de esos días que al estar de buen humor pasan volando, y antes de que me diera cuenta me vi recogiendo mis cosas y preparándome para el fin de semana, el cual, aunque no tenía nada que hacer, aprovecharía para descansar.

—¿Ya has terminado, Lucía? —Estaba tan concentrada recogiendo que no me había dado cuenta de que Sergio había entrado en la clase.

—Sí, recojo esto y me voy a casa. —Intenté hacerlo lo más rápido que pude.

—¿No tienes planes para el fin de semana? —Lo veía venir.

—Tengo un montón de planes, como por ejemplo pasarme dos días en casa con el pijama puesto y sin hacer nada. —Y era verdad; no era un planazo, pero me vendría muy bien descansar. En poco tiempo empezaban los exámenes y tendría que prepararlos primero y corregirlos después, así que ese fin de semana era para holgazanear.

—Pues vaya planazo. Si quieres te invito a cenar esta noche. —Ya sabía yo que diría eso o algo similar.

—Muchas gracias, Sergio, pero hoy estoy muy cansada. —Mentira—. Otro día quizá... —¿Por qué siempre dejaba en el aire algún tipo de esperanza?, ¿por qué no le decía que no y punto? La respuesta vino rápida a mi cabeza: Sergio era mi amigo y no quería perderlo.

—Ok, te tomo la palabra; por cierto, estás guapísima hoy.

Fue decir eso y salir por la puerta, y yo pensé: «a este Sergio no se le escapa una». No me había arreglado excesivamente, pero me había maquillado con más esmero del habitual y había escogido un conjunto muy casual que me gustaba mucho cómo me quedaba.

Ese día hacía muy buen tiempo, así que por la mañana había ido al colegio dando un paseo. Sin embargo, más tarde pensé que había sido un poco imbécil, porque después de trabajar todo el día me daba mucha pereza volver andando, ya que el trayecto no era corto. Cuando estaba llegando me sonó el móvil; era un wasap. Al ver de quién era, casi bizqueé. Lucas me preguntaba si me apetecía tomar algo con él en un bar que me pillaba bastante cerca, así podríamos hablar de los detalles de la cena que teníamos con mis compañeros de trabajo la semana siguiente.

Llegué antes que él, me pedí un café con leche y fui corriendo al lavabo. Mi hermana estaba intentando hacer de mí una mujer de provecho y me comía la cabeza con lo importante que es hidratarse y beber mucha agua, y a mí me parecía estupendo, pero al paso que iba tendría que sondarme.

Cuando volví a la mesa Lucas ya estaba allí, hablando con el camarero. Este sonreía, pero Lucas parecía bastante serio, a saber qué le estaría diciendo.

Todo eso pasó a segundo plano cuando me fijé bien en Lucas. Llevaba unos tejanos desgastados con una camiseta negra, chaqueta de cuero, un casco en la mano y, para rematar el atuendo, gafas de sol. Yo lo veía increíble; no sabía si era por el cuero o porque Lucas siempre estaba buenísimo, pero en aquel momento su imagen era espectacular. Tuve que repetirme mentalmente que debía respirar sin jadear.

—Hola, Lucas. No sabía que tenías moto... —Me había dejado tan impresionada lo sexi que estaba que me puse hasta nerviosa. No sabía qué decir, cosa rarísima en mí.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes. —Me guiñó un ojo y yo repetía para dentro, como un mantra, «no jadees, no jadees...»—. Vamos a sentarnos y me dices qué quieres que les contemos a tus compañeros.

Nos sentamos en una mesa un poco más apartada que el resto. El camarero vino rápido a tomarnos nota. Yo no tenía ni idea de qué se habrían dicho antes, pero la cara de Lucas era un poema y no parecía muy contento mientras pedía.

—Creo que tampoco hay que dar mucho detalle —le expliqué—, porque cuantos más detalles demos más nos liaremos. Nos conocimos en casa de mi hermana y salimos desde entonces, hace más o menos un par de semanas; Sergio ya sabe algo al respecto.

—Pero ¿qué relación tienes con el tal Sergio?

—Una relación de trabajo, y me gustaría que siguiera siendo así.

—A ti sí, pero ¿y a él? —Lucas me miró fijamente y yo me puse nerviosa. Parecía una adolescente con las hormonas revolucionadas.

—Él quiere una relación conmigo desde hace bastante tiempo, y es un tío estupendo, no me gustaría perder su amistad, por eso creo que lo mejor es buscarme una pareja y que todo vuelva a ser como era antes. —Por lo menos antes era mucho más sutil, ahora iba a por todas y en muchas situaciones me hacía sentir mal.

Hacía un rato que me había acabado el café. Lucas me miraba con una cara muy rara. Se levantó de golpe de la mesa, me dijo que iba a pagar y yo no pude evitar girarme para contemplar el culo que le hacían esos tejanos. Una visión estupenda.

LA GRAN IDEA

La llamé para quedar. Fue como un impulso, me apetecía verla y ni yo mismo lo entendía. Quizá si me acostaba con ella se me pasaría la tontería que tenía. O eso era lo que me repetía a mí mismo.

Justo cuando llegué al bar ella se levantaba para ir al lavabo, supuse. Me quedé medio atontado mirándole el culo. Cuando me di la vuelta, vi que el camarero casi se rompe el cuello haciendo lo mismo; me hizo gracia.

Al acercarme donde estaba él, me dijo, o, mejor dicho, dijo en voz alta:

—Está buenísima, vaya culo tiene. —Me hizo gracia y quise partirle la cara a partes iguales. Creo que se me notó en el rostro, porque me miró y me dijo:

—Perdón, ¿es su pareja?

—Sí. —Me salió con toda la naturalidad del mundo, supongo que por la costumbre de hacernos pasar por pareja.

—Pues vaya suerte tiene, amigo.

—Lo sé. —¿Quién me iba decir a mí que «estar» con la loca sería tener suerte? Aunque debía reconocer lo mucho que había cambiado desde aquel día, con el horrible pijama y las pintas que llevaba. No supe ver lo que escondía esa imagen «hogareña», pero tanto el camarero como la mesa que había delante de mí, que estaba llena de tíos que también se giraron para mirarla, me lo dejaron claro, por si aún tenía alguna duda. Que no era el caso.

Cuando salió del lavabo nos pusimos a hablar. El camarero vino a tomarnos nota y no despegó los ojos de ella ni un momento; ese tío era tonto. Si Lucía fuera mi pareja de verdad, hacía rato que habría saltado.

Mientras hablábamos del compañero de trabajo, el tal Sergio, me estaba empezando a entrar mala leche sin saber muy bien por qué. Quizá por

la manera que tenía de hablar de él. Los ojos no se le iluminaban, pero su voz sonaba más dulce, a lo que había que sumar esa manía suya de no dejarle las cosas claras. Tenía ganas de conocerlo y aclarárselas yo. Estuve escuchando todo lo que me explicaba hasta que se acabó el café y se llevó la cucharilla a la boca. Había tres opciones: o lo hacía a propósito para provocarme, o no se daba cuenta de lo sensual de sus movimientos, o yo estaba enfermo.

No pude aguantar más y pegué un bote de la silla. Le dije que iba a pagar y me largué a ver si se me pasaba el calentón. Cuando salí, ella estaba mirando el móvil; ¿con quién estaría hablando? Es más, ¿a mí qué me importaba? Me acerqué a ella.

—¿Qué te parece si nos damos un paseo en moto? —Sería divertido.

—No me gustan las motos. —Su voz destilaba miedo. Tenía clarísimo que su respuesta sería esa u otra similar.

—No sé por qué sabía que dirías eso. Vamos, que he traído un casco para ti; además, estoy seguro de que nunca has montado en moto. No puedes decir que no a algo que no has probado. Venga, Lucía, haz que ocurra, suéltate un poco.

Llegados a este punto flaqueó, y yo aproveché para ponerle el casco y casi subirla a la moto.

Solo me hicieron falta dos minutos para darme cuenta de que había sido una mierda de idea. A Lucía le daba miedo subir en moto, así que la tenía pegada a mi cuerpo de tal manera que casi podía repasar todas sus curvas, y encima estaba agarrada a mí, de una manera que sus manos quedaban demasiado cerca de mi entrepierna. Acorté el trayecto todo lo que pude y la dejé en la puerta de casa de su hermana en tiempo récord.

—Gracias por la vuelta, Lucas. La verdad es que nunca había montado en moto. Sé que es un tópico, pero la velocidad y sentir el viento te da sensación de libertad —dijo todo esto mientras se quitaba el casco y se arreglaba el pelo. Yo casi ni la oí, estaba tan atontado que se despidió sin ni siquiera acercarse a darme un beso, ni uno pequeño en la mejilla, nada. Volvió a huir de mí. Era la segunda vez que lo hacía, y yo estaba tan poco acostumbrado a que las mujeres salieran corriendo que no fui lo suficientemente rápido para agarrarla y darle un beso. La próxima vez intentaría que no me pillara con la guardia baja.

Ahora a mí me tocaba ir a casa y darme una ducha de agua fría. «Genial, Lucas; a ver cuántas ideas más como esta se te ocurren».

SERGIO

Había llegado la noche de la cena con los compañeros de Lucía. No sabía muy bien por qué estaba tan nervioso, ni que fuera mi primera cita. Mejor dicho: ni que fuera una cita; solo estaba devolviendo lo que nos habíamos jugado en una apuesta, pero las putas manos no paraban de sudarme.

Habíamos quedado en que la recogería en la puerta de casa de su hermana. Íbamos un poco justos de tiempo y aparcar por esa zona era casi imposible, así que estaba en doble fila cuando la vi salir. Hacía días que no podía parar de pensar en ella. No sabía qué me pasaba, supongo que no estaba acostumbrado a que una tía me diera largas, o a que después de dos besitos (dos besitos de la hostia, pero besos, al fin y al cabo) me mandara para casa y saliera corriendo como si yo la fuera a morder (cosa que posiblemente haría si me dejara). Y para colmo a los pocos días volvió a salir corriendo, pero esa vez ni siquiera tuve un besito.

Fran no paraba de darme el coñazo para que le diera el teléfono de Lucía, decía que, ya que nosotros solo éramos pareja en eventos, podría ser él la pareja de cama. Puta gracia que me hacía, encima con el cachondeo que tenía que aguantar desde que le dije que no pasó nada entre ella y yo. Cosa que yo tampoco entendía muy bien; no soy como Fran, yo tengo filtro con las mujeres, no hablo solo del físico. Aunque superficial, Susana era una tía inteligente con la que se podía hablar de muchos temas. A Fran le gustaban todas las tías; le daba igual si eran listas o tontas, guapas o feas. Pero con Lucía tenía un interés especial y no es de extrañar, ya que era guapa e inteligente. Lo que no me había pasado nunca con ninguna mujer era que saliera huyendo de mí como había hecho Lucía. No es que vaya de sobrado ni sea un creído, simplemente es que no me había pasado; y encima

no una vez, sino dos.

Mientras Lucía se acercaba al coche, pensé en qué momento la había visto del montón. Estaba buenísima. En la cena del cumpleaños de Susana estaba preciosa. El día que tuve la genial idea de ir en moto estaba muy guapa, pero es que hoy estaba impresionante. Llevaba un vestido negro que se ajustaba tanto a su cuerpo que creo que podría diferenciar si se había puesto tanga o bragas. Seguía sin parecerse en nada a Daniela, pero ahora habían cambiado las tornas y veía a Lucía mucho más acorde a mí (Daniela no era mi estilo de mujer, pero el día que vi por primera vez a Lucía me habría quedado con Daniela sin pensármelo). Lucía tenía el pelo más claro que Daniela y unos impresionantes ojos color miel. No estaba tan delgada como su hermana, cosa que yo agradecía (Daniela tenía buen cuerpo, pero para mi gusto era demasiado delgada). Lucía tenía un cuerpazo, y unas tetas... que no sabía cómo hacerlo para disimular y que no me pillara mirándoselas cada dos minutos. Con el vestido que llevaba me lo había puesto muy difícil, pues tenía un escote pronunciado.

No creo que pudiera soportar otra noche haciéndome pasar por su pareja y despidiéndome de ella en el portal con un par de besitos (si tenía suerte) como un buen chico.

—Hola, preciosa —la saludé mientras entraba en el coche y olía su jodido perfume. ¿Qué me estaba pasando que hasta su perfume me ponía?

—Bueno, voy subiendo de categoría; ¿ahora soy preciosa?

—Eres todo encanto. No puedes aceptar un piropo y mantener la boca cerrada. —Empezaba a darme cuenta de que Lucía no podía mantener la boca cerrada casi nunca, y a mi mente comenzaron a acudir imágenes de su boca abierta... «¡Para, Lucas!».

—No, imposible. Unas cosas antes de que lleguemos: hoy no hay que darle celos a nadie, así que evitaremos los besos. —¡Mierda!—. Sergio me cae muy bien, trabajo con él y nos vemos a diario, así que intenta ser simpático, quizá más adelante me lo piense y no me importe salir con él. — ¿El qué iba a pensarse? Y lo que era más raro, ¿a mí qué coño me importaba?—. Y, por último, tengo compañeras de trabajo preciosas, intenta mantener las formas. Se supone que esta noche eres mi pareja.

—Lo intentaré. —Me miró con cara de enfado, pero le contesté eso a propósito. ¿Por quién me había tomado? Si tenía que ser su pareja, no me separaría de ella, a ver si de paso le robaba algún beso. Qué triste, yo mendigando besos... ¡Dios! Quién me ha visto y quién me ve.

Cuando llegamos al restaurante ya estaban allí casi todos. Lucía me los presentó, y fui olvidando nombres a medida que ella los decía, hasta que llegamos a Sergio. Entonces sí presté atención. Y me pregunté qué cojones había pasado con el típico profe, el de toda la vida, calvo, gordo, con gafas, que nada tenía que ver con el tío que tenía delante: rubio, alto, con ojos claros. Casi todas las mujeres que había en el restaurante suspiraban por él. Había que reconocer que era bastante guapo, no se parecía en nada a la imagen que mi mente se había formado. No pude evitar pensar cuánto tardaría en acostarse con Lucía (si es que no lo había hecho ya), y desde ese momento el puto Sergio me cayó fatal.

Si la cena ya se presentaba divertida, nos sentaron a Sergio delante, que se pasó toda la noche contando anécdotas en las que sabía que yo no podía participar. Aunque me pareció muy interesante descubrir una faceta encantadora de Lucía como profesora, sabía que Sergio lo hacía a propósito, para que yo no pudiera intervenir en la conversación. Con lo que no contaba era con que Lucía estuviera en todo momento pendiente de mí; me tocaba o me sonreía, y yo no podía evitar mirar al Sergio de los cojones y pensar: «¡JÓDETE!».

Al acabar de cenar nos fuimos a otra parte del restaurante, donde se servían copas y había música, no muy alta, con la que se podía mantener una conversación. En un momento en el que Lucía se fue al lavabo, vi cómo Sergio se acercaba a mí. Sería interesante saber qué quería decirme.

—Tenemos poco tiempo y voy a ir directo al grano: llevo intentando tener una oportunidad con Lucía desde que entró en el colegio, hace tres años, pero ella aún estaba casada. No pienso desperdiciar la ocasión ahora que es libre.

—No es libre, está conmigo. —Me habría encantado acabar la frase con un «gilipollas» que llevaba callándome toda la noche, pero le dije a Lucía que me portaría bien y eso estaba haciendo, o por lo menos lo estaba intentando. Igual la intención no me duraba mucho, todo dependía de qué más dijera Sergio.

—Acabáis de empezar y conozco muy bien a Lucía. Lleváis muy poco tiempo juntos, para ella no es nada serio y yo voy a ir a por todas. Si no hubieras aparecido tú, estoy seguro de que ya estaría conmigo, pero no creo que seas un impedimento. No conoces a Lucía como yo; aunque para algunas cosas sea muy echada para delante, en el tema parejas y amor no es de las que se tira a la piscina con el primero que aparece.

—Sí, parece que la conoces muy bien en todos los sentidos, menos como pareja; ahí veo que no tienes el placer. —Me picaba la lengua de aguantarme. No sabía si habían tenido algo, pero por la cara que puso me quedó claro que aún no; ahora solo había que saber si lo tendrían y cuánto tardarían.

—Ya te he dicho que Lucía no es así. Nunca habría tenido nada conmigo estando casada con Jordi, pero ahora eso se acabó y es mi oportunidad.

—Creo que eso tendrá que decidirlo ella, y por lo visto hasta ahora no sales muy bien parado, pues está conmigo. —Le tenía que haber puesto más energía a esa afirmación, pero siempre pierdo intensidad cuando digo una mentira. En esos momentos me habría encantado que fuera verdad.

—Ya te lo he dicho antes: no me preocupas nada. Paso muchas horas en el trabajo con ella, la conozco muy bien. Sé todo lo que le interesa, todo lo que le gusta y lo que no. Es solo cuestión de tiempo.

Me paré a pensar en eso un momento y me di cuenta de que tenía razón. Él pasaba muchas horas con ella y hacía bastante tiempo que la conocía, y por lo visto muy bien. Por mi cabeza empezó a pasar una sucesión de imágenes de ellos dos en la cama y comencé a respirar con dificultad, pero entonces recordé por qué estaba allí. Ella no quería nada con él, por lo menos de momento, así que yo iba a aprovechar mi oportunidad. No pude evitar sonreír.

—No sé qué es lo que te hace tanta gracia. Disfruta la situación mientras dure.

—Por eso no te preocupes, rubiales, que la estoy aprovechando muy bien. —Los dos sabíamos perfectamente a qué me refería, y mi sonrisa se ensanchó mientras su cara se contrajo. No pude evitar pensar que ojalá fuera verdad.

Lucía se acercaba hacia nosotros. Sergio se estaba dando la vuelta para irse. No pude evitar decirle:

—Rubito —me miró con cara de querer asesinarme—, que gane el mejor. —Ya he dicho que soy muy competitivo, y el tal Sergio me estaba tocando los huevos.

El resto de la noche fue muy interesante. Lucía, debajo de esa tía borde y distante en la que se escondía, resultó ser encantadora. Hablamos con casi todos sus compañeros y ella estuvo en todo momento muy pendiente de que yo me encontrara cómodo. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba

tanto por mí, y me gustó la sensación. Me lo pasé mejor que en ninguna de mis anteriores citas; supongo que, como Lucía no era mi pareja, estaba muy relajado y era más yo que con ninguna otra mujer a la que hubiera tenido que impresionar.

La acompañé a casa en coche y nos pasamos todo el camino hablando de todas las cosas que habíamos descubierto que teníamos en común.

—No me puedo creer que te guste jugar a la Play. ¿Sabes que eres la mujer con la que todo hombre sueña? —Y soltó una carcajada que hizo que se me erizaran los pelos de la nuca. Era la primera vez que la veía reír así, y era un sonido encantador que me gustaría volver a oír.

—¿Y qué me dices de ti?, te encanta la cocina; por cierto, tienes que cocinar algo para mí. A mí también me encanta, de hecho, mi abuela era cocinera, pero has nombrado unas cuantas recetas que tienen que estar buenísimas. —«Como tú», pensé, pero intenté centrarme. Creo que se le escapó que quería que le cocinara por la cara que puso cuando acabó la frase, aunque yo no iba a dejar escapar esa oportunidad.

—Si quieres puedes venir a mi casa cualquier día de esta semana y te preparo mi receta estrella. —Casi antes de acabar de hablar me di cuenta de que diría que no.

—No creo que sea buena idea. — Lo sabía.

—¿Por qué? —Me fastidió su respuesta, tan rápida y casi sin pensárselo. Lucía solo hacía que rechazarme, y no me gustaba nada la sensación que eso provocaba en mí.

—Acabo de salir de un divorcio y no me apetece empezar a quedar con nadie. Creo que no es el momento.

—Solo es una cena; vamos, ¿te vas a perder mi receta gourmet? Venga, que dejo que te la apuntes. —Sonrió, y supe que la tenía.

—De acuerdo, pero quedamos en mi casa; bueno, en casa de mi hermana, el miércoles, a las nueve. Mándame por wasap los ingredientes que te hacen falta y yo los compro.

—Si te voy a invitar a cenar yo, ¿cómo vas a comprar tú? —«Algo es algo». No era lo mismo que quedar en mi territorio, pero no me iba a quejar y presionarla más o diría que no. Ahora le seguiría el rollo con el tema de los ingredientes para que se relajara.

—Tú cocinas y yo compro, de lo contrario no hay trato.

—Vale, hecho. —Ahora que la tenía no pensaba perderla por la tontería de los ingredientes, llevaría una botella de vino bueno y el postre (que podría

ser ella, pero con Lucía nunca se sabía...).

Habíamos llegado a la puerta de su casa. No sabía bien qué hacer y me negaba a dejarla escapar, así que me acerqué para darle un beso. Lo primero que pensé fue que un beso en la mejilla ya era algo. Luego le miré la boca y supe que eso sería imposible, porque cuando ella y yo estuviéramos lo suficientemente cerca no podría besarla nada más que en la mejilla. Mi intención era un simple beso en la boca. Un besito de despedida, pero cuando mis labios tocaron los suyos ese beso se nos fue de las manos. No estaba preparado para la respuesta de ella; pensé que me apartaría o me rechazaría, así que esperaba ese momento, pero respondió al beso con una pasión que me dejó sin aliento. Ya no pude pensar en nada más que no fuera Lucía. Antes de darnos cuenta, ella estaba a horcajadas encima de mí. Le bajé el tirante del vestido y le desabroché el sujetador con una mano. Por fin podía ver sus imponentes tetas. Entre beso y beso, y como pude (estábamos en un coche y el espacio era reducido), bajé mi cabeza hasta su pecho, pasé mi lengua por su pezón y soplé. Cuando se endureció, Lucía soltó un jadeo. No me había sentido más descontrolado en toda mi vida. Iba a meterme el pezón en la boca cuando un fuerte golpe nos sobresaltó. Antes de poder ver de dónde venía, Lucía ya estaba en su asiento y se había colocado bien el vestido. Yo estaba tan aturdido que no podía distinguir el lugar de procedencia de aquel ruido ni saber por qué Lucía me había dejado así.

Cuando giré la cabeza y miré por mi ventanilla me di cuenta de que los golpes los había dado un policía. Un policía que en esos momentos nos estaba mirando con cara de guasa. Bajé la ventanilla.

—Buenas noches. —La voz del policía era de cachondeo total.

—Buenas noches —dijimos los dos a la vez, aunque la voz de Lucía era un susurro y su mirada estaba centrada en sus zapatos, como si no los hubiera visto nunca y fueran superinteresantes.

—¿No tienen casa? Me parece a mí que son un poco mayorcitos ya para esto, ¿no creen? Pues o se van a su casa o los multo por escándalo público, ustedes mismos. —Sin esperar respuesta se dio media vuelta y se fue. Yo no paraba de pensar que eso no me había pasado en la vida, ni cuando era adolescente. Nunca se me había ido de las manos una situación así. Claro que lo había hecho en un coche (cuando era adolescente y no tenía casa), pero nunca en medio de una calle, bastante transitada, por cierto, y con suficiente luz como para que nos viera cualquiera que se asomase al balcón.

Cuando me giré para mirar a Lucía, nuestros ojos se encontraron y los

dos estallamos en carcajadas. Aunque fue un sonido increíble, me di cuenta de que el momento había pasado y de que Lucía, la mujer apasionada que estaba entre mis brazos hacía dos minutos, había desaparecido. Sabía que me iba a costar tenerla así otra vez, aunque, en vistas al desarrollo de los acontecimientos, igual solo tenía que volver a besarla. Lo que estaba claro era que eso no pasaría aquella noche.

Vaya con el jodido policía, menuda cortada de rollo; ya podría haber estado poniendo multas por ahí y habernos dejado a nosotros tranquilos un ratito más.

Lucía se había arreglado el pelo y puesto los zapatos en tiempo récord. Sabía que lo único que quería en ese momento era salir de allí, así que me despedí.

—Buenas noches, preciosa. Nos vemos el miércoles.

—Buenas noches. —Cuando salió del coche lo único que yo esperaba era que no se echara para atrás y anulara la cita del miércoles. En fin, solo faltaba esperar. Tictac...

¿POR QUÉ SERGIO?

Estaba tomándome un café en la cocina y pensando en la noche anterior. No podía creer lo que había ocurrido con Lucas. No sabía qué me había pasado, estábamos en medio de una calle bastante concurrida. Me había hecho sentir como una adolescente y me dejé llevar como nunca. No paraba de preguntarme: «¿qué habría pasado si no llega a aparecer el policía...?».

Había estado muy a gusto con él durante toda la noche. Primero con mis compañeros (Lucas se integró muy bien con todos, fue encantador) y luego en el coche. Si no hubiera estado tan bien, no habría llegado tan lejos; y no me refiero a lo que hicimos, sino a dónde y a cómo. También es verdad que cuando Lucas me toca a mi cabeza deja de llegarle riego y no pienso demasiado. Pero la cosa no iba por buen camino. No quería una aventura con Lucas. No quería complicaciones. Sin embargo, por mucho que quisiera engañarme a mí misma y a pesar de lo mal que habíamos empezado, Lucas me gustaba. Soy muy tonta en ese sentido. No es que no crea en el sexo sin amor, es que con Lucas ya era tarde, ya me gustaba. Si a eso le añadíamos las sesiones de sexo (la intimidad, la complicidad, la ternura, la confianza, el placer...) me iría pillando más y más, y cuando él decidiera acabar con lo que fuera que tuviéramos, estoy segura de que para mí ya sería tarde. Soy así de imbécil, qué le voy a hacer. La cuestión era si valía la pena el sexo que tendría con él a cambio de pasarlo mal después. Era eso en lo que tenía que pensar (¡y estaba tan falta de sexo...!).

Así que, después de pensarlo y meditarlo detenidamente durante bastante tiempo, tomé la decisión más absurda e imbécil de las que barajaba. Es lo que suele pasarme cuando pienso las cosas demasiado, aunque cuando las pienso poco también.

Llamé a Lucas antes de que pudiera arrepentirme.

—Hola, Lucas, soy Lucía.

—Sé quién eres, tengo tu número guardado. —Estupendo, todo me resultaría mucho más fácil si se mostraba igual de borde que al principio de conocernos.

—Mira, quería hablarte de lo que pasó anoche, pero no sé por dónde empezar.

—No sé por qué sabía que querías hablar de lo de anoche. Lucía, hay cosas que no se hablan, pasan y ya está.

—Sí, sí, todo eso es muy bonito, pero no me entiendes. Mira, escúchame e intenta no interrumpirme, de lo contrario no tendré valor, ya lo hago por teléfono para no tener que decírtelo a la cara. Verás, Lucas, esto me da una vergüenza que me muero. Allá voy: me gustas, y además me atraes como hacía tiempo que no me atraía nadie. —Mentira, era para que no se lo creyera mucho, pero nunca nadie me había atraído tanto como él. ¡Joder!, había estado a punto de hacerlo dentro de un coche en una calle principal y de que mi culo saliera en todas las redes sociales, porque cualquiera que hubiera pasado podría habernos hecho las fotos o vídeos que quisiera; no nos habríamos enterado, por lo menos yo—. Eso explica por qué ayer me comporté así, pero...

—Ya sabía yo que habría algún «pero». —Su voz sonó con cierto retintín que me hizo gracia.

—¡No me interrumpas! No puedo acostarme contigo. Ni tener una aventura ni nada. Al final me harías daño, y no quiero pasarlo mal. Si no te conociera no me importaría, pero ya me gustas y sé que al final yo me implicaré y tú no. —Lo solté todo de carrerilla. Casi me lo había aprendido de memoria de tanto pensar lo que le diría.

—No hables por mí. —Su voz sonó mucho más seca de lo normal.

—Seamos realistas, Lucas, no pasa nada. Nos conocemos demasiado para que seas un polvo de una noche y demasiado poco para plantearnos tener una relación.

—¿Te das cuenta de lo absurdo que suena eso?

—Sí, lo sé, pero ya que me estoy sincerando te diré otra cosa que aún me da más vergüenza: necesito sexo. —A mis mejillas subió un intenso calor, por lo que sabía que me estaba poniendo más roja que un tomate. Pero quería soltarlo todo—. Hace muchísimo que no tengo y estoy pensando empezar una aventura con Sergio. —Ya está, ya lo había dicho. Era una idea de mierda, pero yo no tenía amigos a los que poder llamar cuando quería acostarme con

alguien, y Sergio era una persona que me hacía sentir bien. Lo difícil sería convencerlo de que solo serían unos cuantos polvos. Llevaba mucho tiempo detrás de mí para que saliera con él, aunque no creo que le hiciera ascos a que solo fuera sexo. Y tampoco sabía muy bien por qué le contaba todo eso a Lucas. Estaba pensando en ello cuando me di cuenta de que Lucas no hablaba. Miré el teléfono por si se había cortado.

—¿Lucas?

—Sí, estoy aquí. No entiendo por qué Sergio sí y yo no. —En su voz había un matiz que no supe identificar.

—Porque Sergio no me atrae, no como tú.

—Me pierdo, Lucía. No entiendo nada, la verdad.

—¡Joder, Lucas! Porque de Sergio no podría llegar a enamorarme, pero de ti sí. Te lo explico así para que me entiendas, pero no te asustes, ando lejos de estar enamorada de ti. —No tendría que haberle dicho eso. No pensaba que fuera buena idea decirle a Lucas que podría enamorarme de él, pero era la verdad.

—Vale, Lucía, entiendo que lleves algún tiempo sin sexo, pero podemos buscar otras soluciones. —Me hizo gracia que hablara de buscar soluciones juntos. Yo con él solo veía una solución, y era precisamente por no tener sexo con él por lo que estaba liando todo aquello.

—Más de un año. —¿Por qué le contestaba a todo? Podría ponerme un puntito en la boca de vez en cuando.

—¡¡¡Un año!!! —chilló.

—Más o menos. —Era muy consciente de que llevaba bastante menos divorciada y de que le estaba dando muchos detalles del que fuera mi matrimonio, pero soy una bocazas y ya era demasiado tarde—. ¿Ahora entiendes mejor por qué necesito una aventurilla?

—Espera, que aún estoy en estado de *shock*.

—Imbécil.

—A ver que me centre; si entenderte te entiendo, ahora más, pero ¿por qué tiene que ser Sergio? —¿Y por qué de pronto parecía enfadado? Sergio y él no se cayeron bien, de eso se dio cuenta todo el profesorado del colegio, pero de ahí a estar enfadado... Yo no entendía nada.

—Pues céntrate un poquito más, porque te veo espeso. He pasado cuatro años casada y un año de noviazgo. Antes estuve dos años con otra pareja; lo siento, pero no tengo una agenda para llamar a posibles ligues.

—Y ¿por qué no Fran?

—¿Fran? ¿Qué Fran? ¿Tu amigo? —Ahí sí que me había perdido.

—Déjalo, se me ha escapado; con tal de que no sea Sergio...

—Es que no sabía que a Fran le interesara. —Lo sabía de sobra. Durante el cumpleaños de Susana no paró de intentarlo conmigo en todos los momentos que pasamos solos, pero quería saber qué me contestaba Lucas.

—A Fran le interesan todas. Con él tendrías sexo sin ningún tipo de compromiso. —Su voz se fue apagando a medida que iba hablando

Me jodió mucho que me ofreciera así a su amigo. Me subió una bola caliente por el estómago, y tuve que repetirme a mí misma que tenía que respirar y serenarme. Tampoco había quien me entendiera. Era muy impulsiva para unas cosas, pero a otras les daba muchas vueltas. Si le había dicho a Lucas que no quería nada con él, ¿qué esperaba?, ¿por qué me fastidiaba tanto que se hubiera dado por vencido tan pronto? Debía ser realista: Lucas podría tener a quien quisiera; ¿por qué tendría que insistir conmigo? Aun así, me dolió. Así que contesté.

—Vale, me parece bien, dale mi teléfono. —¡Venga, así, a lo loco!, ¡solo por fastidiar!

—¿En serio? —Y ahora, ¿volvía a parecer enfadado? Pero si lo había propuesto él... A mí no había quien me entendiera, pero él también tenía lo suyo.

—Sí, en serio, además lo has propuesto tú. Aplazaré la cita con Sergio —esto sí que lo dije solo por fastidiar— y saldré con Fran a ver qué tal.

—Pues muy bien, ya verás. Fran es un tío genial. —No estaba segura de si había sarcasmo en esa respuesta, pero no por ello me dio menos rabia.

—Sí, ya me lo pareció en el cumpleaños de Susana, además de ser muy guapo. —Era verdad, pero ya puestos a fastidiar sacaba toda la artillería.

—A eso no sé qué decirte; desde luego siempre ha tenido mucho éxito con las mujeres.

Aquello podría durar hasta la semana siguiente. Podríamos estar los dos fastidiándonos durante un tiempo ilimitado, o quizá él no estaba chinchándome y simplemente lo sentía así. De todas maneras, decidí acabar con la conversación.

—Lo siento, Lucas, pero tengo cosas que hacer. Ya nos veremos. —Y colgué.

¿Por qué me enfadaba? Sabía que no tenía ningún derecho a enfadarme, pero lo estaba, más absurda no podía ser. En fin, ahora me tocaba quedar con un tío al que no me apetecía nada ver. Por lo menos esperaba que la cita fuera

bien; eso sí, no pensaba acostarme con él ni por pasta. Aunque Lucas tampoco tenía por qué saberlo, ¿no?

ADRIANA

Decidí llamar a mi amiga Adriana. Hacía mucho que no nos veíamos, y nadie como ella para hablar. Mi hermana es una persona maravillosa, pero incapaz de decir nada que me pueda ofender. No digo que no sea sincera, pero lo maquilla todo tanto para que no te enfades que al final no sabes bien qué pensar. Yo, aunque soy una persona que no piensa las cosas cuando las dice, aún tengo algo de filtro. No es el caso de Adriana.

Vive bastante cerca de casa de mi hermana, así que decidí ir andando y llegué antes de lo que pensaba. Por suerte el deporte empezaba a notarse, mi respiración era normal y había caminado rápido. Hacía unos meses estaría medio ahogada.

Cuando mi amiga me abrió la puerta de su piso no pude creer lo que vi. Adriana es una persona tan ordenada que yo siempre le digo que si fuera al médico la diagnosticarían de TOC. Parece exagerado, pero es que ordena la ropa interior por tonalidades de más fuertes a más claras, los yogures por colores y marcas, y así con todo. Por eso no podía creer que su casa estuviera mucho peor que la mía en mi peor momento.

Vivía en un piso grande en el centro. Muy luminoso y espacioso, decorado con un gusto exquisito, pues la decoración apasionaba a Adriana. Pero en aquellos momentos me costaba reconocer su casa. Parecía un estercolero, había trozos de pizza por el suelo, juguetes de Aitor por todos los sitios, latas vacías y montañas de ropa en cada rincón, incluso las persianas estaban medio bajadas y le daban un aspecto bastante lúgubre

Adriana es dos años menor que yo, y llevaba diez con Joaquín. Al poco de estar juntos, y siendo aún muy jóvenes, se quedó embarazada y decidieron tener al bebé. Cuando nació Aitor parecía que todo les iba bien, pero con el tiempo Joaquín empezó a desentenderse del niño. Pasaba temporadas

bastante largas fuera y Adriana se quedaba mucho tiempo sola. A mí Joaquín no me gustó nunca, pero Adriana no me había dicho nada de que las cosas les fueran mal, aunque viendo cómo estaba el piso se intuía que algo ocurría. Precisamente porque pasaba mucho tiempo sola tenía el piso a «su manera», es decir, desinfectado, radiante e hiperordenado.

—Hola, Adri, ¿estás bien?

—Estoy muy bien, pero recuerda que hoy te toca hablar de ti. —Tenía ojeras y no muy buena cara. Claramente no estaba bien.

—Siempre hablamos de mí. Algún día nos tocará hablar de ti.

—Cuando esté preparada hablaremos. Te lo prometo. —No quise insistir. Sabía que le pasaba algo grave, pero no me explicaría nada hasta que ella quisiera y en eso no cedería, por mucho que yo insistiera.

—¿Dónde está mi sobrino? —Desde que llegué, Aitor no había aparecido, y eso era rarísimo. Siempre salía a saludar y a que lo achuchara un poco; no mucho, porque se hacía mayor y ya no me dejaba.

—Está con mi madre. Me visto y bajamos al bar, necesito aire. —Algo iba muy mal. Adriana solo dejaba a Aitor con su madre cuando tenía algo que hacer, y siempre que nos veíamos el pequeño venía con nosotras. Nos quedábamos en su casa o bajábamos a hablar a un parque. Pero cerré la boca y no pregunté.

Nos sentamos en un bar que quedaba cerca de su casa. Yo pedí un café con leche y Adriana un ron con Coca-Cola. Eran las cuatro de la tarde. Volví a callar.

Adriana quería ir al grano, así que le expliqué todo lo que me había pasado con Lucas. Ya le había contado muchas cosas por teléfono, por lo que fue rápido; también le expliqué que pensaba quedar con su amigo Fran. Adriana me miró y me dijo:

—Todo esto no va contigo, Lucía. Está claro que intentas mantener las distancias porque eres una romántica y acabarás enamorándote de Lucas, pero ten cuidado, cariño. Por lo que me explicas este no es de los que se enamoran, y me sabría fatal que acabara haciéndote daño. Yo si fuera tú me los follaba a los tres. Primero Fran, porque este no te gusta nada; luego Sergio, para descartar del todo si te gusta o no; y por último a Lucas, para darle una alegría al cuerpo, que después de todo lo que has pasado te la mereces.

—Qué bruta eres, Adri. Sabes que soy incapaz de acostarme con los tres, así que hay que elegir, porque tampoco voy a estar mucho más tiempo sin

irme a la cama con alguien.

—Eres una estrecha. Seguro que de aquí a nada vuelves a estar metida en una relación y no tendrás la oportunidad de follarte a tres tíos. Te lo digo yo, que llevo diez años con el mismo. Pero bueno, venga, descartamos a Fran.

—No, no me has entendido, hay que elegir a uno.

—Hay que ver lo aburrida que eres, Lucía. Sabes que no te voy a decir lo que quieres escuchar, así que ahí va mi opinión: elegir a Sergio sería la apuesta segura. Probablemente tendríais una relación larga y bonita rodeada de niños sonrosados, sin una pizca de pasión y casi sin amor por tu parte. Le tendrás cariño, eso sí, porque tú le coges cariño a todo el mundo, pero allá tú si puedes conformarte con eso. Si eliges a Lucas escogerás el riesgo y posiblemente saldrás de esa relación tocada, pero si sale bien sería una relación de la hostia. Tú sabrás lo que quieres y lo que estás dispuesta a arriesgar, aunque, conociéndote a ti y a tus relaciones, arriesgas más bien poco. Si no, mira al soporífero de tu ex.

—Acabo de salir de un matrimonio, casi no sé lo que quiero y lo que estoy dispuesta a dar.

—Ya hace tiempo que te divorciaste, y esto no tiene nada que ver con tu matrimonio. Sabes perfectamente lo que quieres, lo que pasa es que estás cagada de miedo. Todo esto de Fran y de Sergio es porque no tienes pelotas a enfrentarte a Lucas y a tus sentimientos por él. La verdad, Lucía, es que no te tenía por cobarde.

Adriana me conoce mejor que nadie y sabe dar en ese punto que te mueve algo por dentro. Algo a lo que ya no paras de dar vueltas. ¡Cabrona!

COMIDA CON SERGIO

Cuando me desperté a la mañana siguiente me preparé para ir a correr con mi hermana, a pesar de no encontrarme demasiado bien. En el colegio había bastantes profesores con gripe y todo indicaba que estaba incubándola. Pero pensé que ya había puesto bastantes excusas a lo largo de mi vida, así que me vestí, salí al salón y no pasé de la puerta.

La *hippie* de mi hermana estaba sentada en el sofá. Tenía los ojos hinchados de haber llorado toda la noche, y ahí va lo impresionante: la mesa del comedor estaba llena de cosas para mí buenísimas, pero innombrables en la dieta de mi hermana (Donuts, Bollycaos, chokolatinas de todo tipo, ¡había hasta bebidas con gas!). Algo gordo le pasaba a Daniela.

—Cariño, ¿qué pasa?

—Ay, Lucía, que soy una imbécil. —«Ya somos dos», pensé—. No es nada, solo que José está saliendo con alguien. Nada que no esperara, pero no por eso duele menos. Esta tarde ha ido a buscarlo al bufete, y es guapísima.

—Daniela, tú eres preciosa, pero esto sería mucho más fácil si le dijeras a José lo que sientes por él.

—Para ti es muy sencillo, tú siempre consigues al chico que quieres. —¿¡Yo!?. —¿Y si me dice que no? —Tuve que aguantarme y recordar lo bien que me había tratado ella durante mi divorcio. Respiré hondo.

—El no ya lo tienes, Daniela. ¿No lo entiendes?, no tienes nada que perder.

—¿Y la vergüenza que pasaré si me dice que no? Entonces será real, Lucía.

—Pues plantéate si te compensa un poco de vergüenza por un posible sí de José. Daniela, yo no digo que te vaya a decir que sí, pero nunca lo sabrás si no lo intentas. Cuando seas viejecita te arrepentirás de haberte callado. —

Por lo menos sonrió.

—Eso jamás te pasará a ti. Tú no te callas nunca.

—A veces te aseguro que hay cosas que es mejor callarse. —Y para cambiar de tema le expliqué todo lo que hablamos Lucas y yo la noche anterior.

—No sé qué decirte. Conozco muy bien a Lucas, es un tío al que le gusta gustar, pero también es verdad que cuando ha tenido pareja ha sido fiel. —Con la cara que la miré rectificó—. Por lo menos que yo sepa. Aunque tienes razón en que quizá tú darías más que él, no lo sé. ¿No me decías tú hace un momento que si no probaba nunca lo sabría?, pues eso es exactamente lo que tienes que hacer tú: probar.

No supe qué decir, y durante la tarde pensé que a lo mejor tenían razón. Tanto Adriana como Daniela me habían dicho prácticamente lo mismo. Estaba intentando evitar algo para que no me hicieran daño, cuando en realidad no sabía cómo iría. Luego rectifiqué; por ese año ya tenía cubierto el cupo de que me hicieran daño, y si apurábamos, encontrarte a tu marido en la cama con otra te daba para dos años sin sufrir por culpa de los hombres.

Esa mañana, cuando llegué al colegio, Sergio me estaba esperando en la puerta con un café (había que reconocer que el chico era un encanto).

—Hola, Lucía, ¿qué te parece si hoy comemos juntos, en el restaurante que han abierto nuevo en la esquina?

Se me había olvidado que le debía una comida. Sergio no perdía el tiempo, eso estaba claro.

—Joder, Sergio, cómo te las gastas, yo pensaba invitarte a una hamburguesa... —Pobre, no sabía qué decir—. Es broma, me parece bien. ¿A qué hora acabas tú?

—A las dos.

—Vale, pues quedamos en la sala de profes a las dos menos diez.

—¡Hecho! —Su sonrisa brilló. No pude evitar sentirme fatal.

El restaurante era bonito y acogedor. Había pocas mesas ocupadas, así que pudimos elegir sitio. A mí me gusta sentarme de cara a la puerta, no sé, es una manía que tengo. Acabábamos de pedir cuando vi entrar a la última persona que esperaba encontrarme allí. Pensé «tierra, trágame», incluso me encogí ligeramente en la silla. Lucas iba con traje y estaba imponente. Todas las mujeres del restaurante se giraron para mirarlo, y yo cada vez me iba haciendo más pequeña. Se suponía que éramos pareja, o por lo menos Sergio lo creía así. Solo esperaba que Sergio no se diera cuenta de que Lucas

estaba allí. Si se sentaba en la otra punta del restaurante igual hasta tendría suerte, pero el que se dio cuenta fue Lucas. Me miró como si quisiera matarme, y me di cuenta de que la suerte no era mi aliada ese día. Se disculpó con el hombre con el que iba y se acercó a donde estábamos Sergio y yo.

—Hola, preciosa. —Y sin más me dio un beso que me dejó con las piernas temblando. Demasiado para las dos y media de la tarde y en un local público. Miré a Sergio y vi en su cara que pensaba lo mismo que yo.

—Hola. —No sabía qué más decirle.

—¿Qué hacéis aquí? —No se me pasó que ni siquiera saludó a Sergio.

—Lucía me debía una comida y aquí estamos. —Eso sonó fatal y Sergio lo sabía, porque sonrió. A Lucas se le empezó a hinchar la vena del cuello. Entre Sergio y Lucas se creaba una tensión que hacía que fuera difícil estar cómoda con los dos presentes.

—Estoy con un cliente y tengo que irme, si no comería con vosotros. — Me regaló una sonrisa de lo más forzada—. Luego nos vemos. —Me guiñó un ojo, dio media vuelta y se fue.

—Lo siento, Lucía, pero no me gusta nada ese tío para ti; bueno, ni para ti ni para nadie. —A mí el resto de mundo me daba igual. Solo sabía lo que Lucas me gustaba a mí, y era bastante más de lo que querría.

Lucas no paró de observarnos en toda la comida. Al marcharse me miró y me lanzó un beso. Cuando quería era un encanto, o simplemente estaba marcando territorio (un territorio que no era suyo, por mucho que a mí me hubiera gustado).

La comida fue muy bien. Con Sergio me sentía a gusto. Hacía mucho que nos conocíamos y dábamos muchas cosas por hecho, por lo que casi no hacía falta ni hablarlas.

El resto de la tarde no fue tan bien. Días atrás un profesor había expulsado a un alumno del que yo era la tutora y los padres habían venido a pedir explicaciones. Con el niño en cuestión presente. Aunque yo no era madre, había cosas que no acababa de entender.

Llegué a casa muy cansada. Quizá fue por la tensión del día, pero estaba a punto de meterme en la cama cuando sonó mi móvil.

—Hola. —Ya no era «preciosa», simplemente «hola».

—Hola. —Me había puesto nerviosa como una adolescente y no sabía qué decir.

—¿No quedamos en que saldrías con Fran y no con Sergio? —Luego decían de mí, pero Lucas también iba directo al grano.

—Yo no quedé en nada; además, puedo salir con quien me dé la gana.
—Lucas no era nada mío, y aunque lo fuera yo podía quedar con quien quisiera.

—Tienes razón, pero después de lo que hablamos el otro día creí que Sergio quedaba descartado.

—Estaba comiendo con un compañero de trabajo, nada más, y no creo que tenga que darte explicaciones.

—Tienes razón, no tienes por qué explicarme nada, pero no te equivoques: tú fuiste a comer con un compañero de trabajo, pero él no lo ve así. Eso te lo aseguro.

—Creo que le he dejado las cosas bastante claras, pero si decido que sea más que un compañero de trabajo a ti tampoco tiene que importarte.

—Perfecto, pero yo creo que él no se quiere enterar. Aunque, si decides tener algo con él, déjale claro antes que tú y yo ya no estamos juntos. No quiero darle la satisfacción de que, encima de que se salga con la suya, piense que soy un cornudo.

—Me estás empezando a cabrear, Lucas. Mientras Sergio crea que somos pareja no intentará nada, pero no te preocupes: si decido tener algo con él le diré antes que tú y yo ya no estamos juntos. ¿Qué tal con el cliente de hoy? —Quería cambiar de tema porque si no la conversación iba a acabar mal, y no tenía ganas de discutir.

—Si te refieres al hombre del restaurante, bien, pero no era un cliente, era mi padre.

—Ah, como dijiste que era un cliente...

—No pasa nada, pero el pobre flipó un poco con el beso. —Mi mente recordó el beso y no pude evitar ponerme roja.

—¡Madre mía!, ¿qué le dijiste?

—Mi padre no me pide muchas explicaciones de nada de lo que hago.
—La respuesta me dejó un poco descuadrada, esperaba otra.

—Pues por como os comportasteis en el restaurante parece que os lleváis muy bien. —¿A que venía eso? ¿Qué pasaba, que si el padre no era un chafardero se tenían que llevar mal? Estaba muy espesa.

—Y nos llevamos bien, pero mis padres respetan mucho mi intimidad y me piden explicaciones para muy pocas cosas. —Si mis padres llegan a verme darle tal beso a un tío tengo que estar dando explicaciones durante un año como mínimo.

—No me encuentro muy bien, Lucas. Tengo que dejarte, me voy a meter

en la cama a ver si mañana estoy mejor. —Ojalá no fuera la gripe que rondaba por el colegio, porque ese año venía fuerte y ya había varios profesores de baja.

—Lo primero espero que no sea nada, lo segundo suena tentador. —
¡Joder! Cuando hablaba con esa voz grave, a mí se me nublaba hasta la vista
—. Buenas noches, Lucía, descansa.

—Gracias, buenas noches. —Colgué lo más rápido que pude.
Demasiada intimidad.

NO PODEMOS ESTAR SOLO

El martes y miércoles me los pasé en cama. Estaba muerta, la gripe que esperaba no tener al final se ensañó conmigo y no podía casi ni moverme. Me pongo mala muy pocas veces, pero cuando lo hago, lo hago a lo grande.

Era miércoles por la noche y estaba tirada en el sofá debatiendo si tenía frío suficiente como para hacer el esfuerzo de ir a mi habitación a coger una manta. Me encontraba tan hecha polvo que cualquier esfuerzo me dejaba peor, pero cuando los dientes me empezaron a castañetear decidí que valía la pena hacer el esfuerzo e ir a por la manta. Me levanté, la cogí y de paso me tomé una pastilla porque volvía a tener fiebre. Cuando me tumbé en el sofá parecía que venía de hacer un maratón.

Nada más acomodarme oí que alguien abría la puerta. Me extrañó que Daniela llegara tan pronto. Me había dicho que tenía cena con unos amigos, pero igual pasaba para cambiarse o quizá el plan al final se había cancelado.

Me levanté con la misma agilidad que una señora de noventa años (cascada, porque hay señoras con esa edad que están estupendas) y fui hacia la cocina, que era donde estaba la luz encendida.

—Hola, preciosa, te veo en baja forma.

—Mmm... —Yo, toda coherencia; ¿qué hacía Lucas en mi cocina?

—Te estarás preguntando qué hago aquí. —Ahora, aparte de listo y guapo, porque no podía estar más guapo (y yo con esas pintas), también leía la mente—. Teníamos una cita, y a tu hermana le sabía fatal dejarte sola. Le pregunté si me dejaba las llaves, por si acaso estabas durmiendo. Espero que no te moleste, era para no despertarte. No quiero invadir tu intimidad ni nada parecido. —Me guiñó un ojo, y yo pensé que ojalá invadiera más mi intimidad; mis pensamientos tenían vida propia—. Tendremos que cambiar la supercena que había pensado hacerte por una sopa, receta de mi madre, que

no pienso darte y que hará que te encuentres mejor. Como dice ella: «esto resucita a un muerto» —me miró de arriba a abajo—, y yo no te veo tan mal.

—Pues venga, a ver esa sopa, es uno de mis platos favoritos. Veamos cómo te ha quedado. —A pesar de lo mal que me encontraba, desde que lo había visto no podía quitarme de la cabeza el beso de la otra noche. Lo dicho, mis pensamientos van en paralelo.

La sopa estaba impresionante. Lucas hizo de más y me guardó un táper en la nevera. Me sorprendió lo atento que fue conmigo durante la cena. Insistió en fregar los platos y sentarse conmigo a ver una peli que había elegido yo. Cuando iba por la mitad empezó a aburrirse (como yo imaginaba) y nos pusimos a hablar de todo. Así me enteré de que tenía una hermana de catorce años de nombre Elisabeth; pensé que se llevaban la tira de años, pero no quise preguntar más. Me hizo gracia oírle hablar de su familia con tanto cariño. Solía ir de tipo duro y se notaba a la legua que tenía debilidad por los suyos. Me dijo que lo único que sus padres no le perdonaban era que aún no les hubiera dado nietos.

—Pero ¿tú quieres tener hijos? —Mi boca, que no conectaba con mi cerebro.

—Sí, la verdad es que sí, pero, como me dijo alguien en una ocasión, aún no he encontrado a la mujer con quien tenerlos. —Me acordé de que yo le había dicho eso cuando habló de Susana y el compromiso—. ¿Y tú?, ¿quieres?

—Sí, también quiero. A diferencia de ti creí encontrar a la persona, pero me equivoqué.

—Mejor que no hubiera habido niños de por medio. —En eso tenía toda la razón, habría sido un divorcio muy diferente—. ¿Te puedo preguntar algo?

—Eso es lo que estamos haciendo, preguntar; otra cosa será que yo te conteste. —Le sonreí, y me devolvió una sonrisa con la que por poco me desmayo (si me desmayaba, ¿me haría el boca a boca?; céntrate, Lucía).

—¿Volverías a casarte? —No esperaba esa pregunta. Algo hormigueó en mi estómago. Tuve que pensar la respuesta, la verdad era que no me lo había planteado.

—Sí, pero sería muy diferente. Me gustaría que fuera como siempre imaginé; Jordi tenía mucha familia y muchos compromisos, por lo que en mi boda había gente que ni conocía. Si volviera a casarme me gustaría que fuera algo íntimo, familia directa y un puñado de amigos. Gente con la que me sintiera a gusto, no sé si me entiendes...

—Sí, la verdad que es la boda ideal. Odio esas celebraciones en la que tienes que perder el tiempo para ver si gente que no conoces de nada se lo está pasando bien, si le gusta la comida, etcétera. ¿A mí qué me importa? Total, si no voy a volver a verlos.

—Exacto. —Eso era exactamente lo que yo pensaba y lo que me pasó en mi boda con Jordi. Dejé de atender a gente que quería y me importaba por estar con compromisos de su familia que nunca más volví a ver.

Continuamos viendo la peli (o haciendo como que mirábamos la pantalla; a mí me encantaba y me sabía los guiones de memoria). Cuando noté que su mano cogía la mía, no pude soltarme. Giré la cabeza para mirarlo y me besó. ¿Qué nos pasaba?, no podíamos estar solos en ningún sitio.

Empezó a quitarme la parte de arriba del pijama (menos mal que el pijama cómodo estaba sucio, y este era mono). Yo quería parar aquello, sabía que no acabaría bien y bla bla, bla; la cuestión era que no podía. Tenía su boca en mi pezón y hacía años que no me sentía así.

—Lucía, ¿tomas la píldora? —Su voz sonó tan ronca y tan erótica que me costó entender lo que me decía.

—No. —Si no llega a ser por el momento en el que estábamos me habría dado la risa. ¿Para qué iba yo a tomar la píldora, si hacía la tira que no tenía sexo con nadie?

Al verlo rebuscar por el suelo hasta encontrar su cartera y sacar un preservativo, pensé: «¿va a pasar?, ¿vamos a hacerlo?, ¿y luego qué?». Cuando estaba bajándose los pantalones dejé de pensar. En ese momento ni podía ni quería parar. Lucas había acabado de ponérselo (la pena era que habíamos apagado las luces con la excusa de la película, por lo que yo no veía todo lo bien que me gustaría) y, de pronto, el timbre empezó a sonar como si no hubiera un mañana. Lo miré, y los dos supimos que el momento había pasado. Nos vestimos como pudimos, con el timbre sonando. Nada más abrir vi a Daniela tan borracha que casi no se aguantaba de pie. La llevé hasta su cuarto, y tuvo que ayudarme Lucas porque, a pesar de que mi hermana es muy delgada, yo estaba aún chafada con la gripe (aunque hacía unos momentos ni me acordara de ella). La desvestí y la metí en la cama, demorando el momento de salir y encontrarme otra vez con Lucas. ¡Viva mi madurez!

Cuando por fin salí, él estaba perfectamente vestido y sentado en el sofá, como si cinco minutos antes no hubiéramos estado a punto de devorarnos el uno al otro.

—No hay manera de que nos dejen acabar; de hecho, casi no nos permiten ni empezar. La próxima vez me aseguraré de que no nos interrumpa nadie. —Su voz estaba llena de decepción.

—No habrá próxima vez. Lucas, no puedo acostarme contigo. —Intenté ser lo más convincente que pude.

—Bueno, eso ya lo veremos. —Se acercó a mí y me dio un suave beso en los labios. Se dio la vuelta y se fue. Y yo me quedé en medio del salón, como si fuera idiota.

Dejé un ibuprofeno y un vaso de agua en la mesita de Daniela, a la mañana siguiente me lo agradecería, seguro. Teníamos pendiente una conversación, Daniela nunca o casi nunca bebía alcohol y menos hasta el punto de llegar a casa sin apenas sostenerse de pie. Por lo menos sabía que habría cogido un taxi o la había llevado alguien, porque el coche estaba en casa. De todas formas, probablemente Daniela no lo habría cogido en ese estado, para eso es bastante responsable. No es que fuera a soltarle un sermón. Me parecía estupendo que bebiera y que hiciera lo que quisiera, ya era mayorcita, pero algo gordo le había pasado para descontrolarse así, y era eso lo que quería que me contara. Pero hablaríamos cuando se le pasara la impresionante resaca con la que se levantaría por la mañana, claro. No estaba acostumbrada a beber, y seguro que al abrir un ojo y levantar la cabeza de la almohada lo único que podría hacer sería respirar, y no sin dificultad.

Mientras me metía en la cama pensaba en lo jodida que es la vida. No había nada que me apeteciera más que acostarme con Lucas, pero tenía claro que sería un gran error. Ya no era «el imbécil» que conocí hacía unos meses, y cada día que pasaba me gustaba más. Tenía que parar aquello antes de que me hiciera daño, y para eso debía ser más firme en mis decisiones. Acababa en sus brazos casi sin darme cuenta. Si dejaba que Lucas volviera a besarme en cualquier sitio que estuviéramos solos, estaba perdida.

FRAN

La siguiente semana, Lucas se pasó por casa cada día con cualquier excusa. Al final siempre se le hacía tarde, por lo que se quedó a cenar casi todas las noches. Las cenas eran divertidísimas y empezaba a conocer a Lucas en todas sus facetas. Él a mí también, porque mi hermana, con lo poquito que habla, aquellos días no callaba y contó casi todas las anécdotas vergonzosas de mi familia y de mí. Aun así, daba gracias a que Daniela estuviera con nosotros siempre. Cada día estaba menos segura de mi plan de no tener sexo con él. Bueno, mi plan era no besarlo, porque si lo besaba lo del sexo pasaría seguro.

El sábado por la mañana mi hermana y yo habíamos salido a correr (quién me lo iba a decir a mí, saliendo a correr hasta un sábado, increíble). Cuando volvíamos a casa recibí una llamada de un número que no reconocí. Casi nunca cojo el móvil cuando no conozco el número, pero al ser sábado y tan temprano me extrañó, así que contesté.

—Hola, ¿Lucía?

—Sí, soy yo, ¿y tú eres...? —No reconocí la voz y me arrepentí en el acto de responder. Seguro que era alguien que quería venderme algo.

—Perdona, soy Fran, es que no estaba seguro de que Lucas me hubiera dado bien tu número. Con lo que me ha costado sacárselo... —Era Fran. Al final Lucas, después de la semana que habíamos pasado, le había dado mi número. Me dio pena, rabia y unas cuantas cosas más, y no sé bien por qué; bueno, si lo sé, al final pensaba que Lucas seguiría viniendo a cenar con nosotras cada noche y que no le daría mi número a Fran. Soy así de ingenua, qué le vamos a hacer, pero la cuestión era que se lo había dado. Lucas ya se había cansado de mí y mis tonterías y estaría tonteando con otra u otras. No sé de qué me extrañaba, sabía que aquello acabaría pasando, por lo menos me

quedaba el consuelo de que no me había acostado con él y todavía sería fácil sacarlo de mi cabeza.

—¡Hola, Fran! —Creo que lo dije con demasiado entusiasmo.

—¿Qué tal, guapa? Quería preguntarte si te gustaría quedar esta noche para cenar. He reservado en un restaurante donde se come muy bien y que está de moda. —Ese tío lo daba todo por hecho—. Aunque si me dices que no, anulo y no pasa nada. —¡Ya!

—Esta noche me va bien. —¿Para qué hacerse de rogar? Aunque, si tenía que ser sincera conmigo misma, me apetecía cero—. ¿Sobre qué hora?

—¿A las nueve?, ¿te paso a buscar?

Le di mi dirección y quedamos esa noche para cenar. ¡Yujuu! No me podía dar más palo, pero entonces ¿por qué no le decía que no? Dejé de darle vueltas. Me iba para mi habitación a elegir modelito cuando sonó el móvil. Lo cogí sin mirar, pensando que era Fran, que quería preguntarme algo.

—Dime, Fran.

—No soy Fran, pero veo que ya te ha llamado. No ha perdido el tiempo —lo dijo enfadado. En el momento que iba a darle una explicación, pensé: «¡jódete!, encima que le has dado mi teléfono ahora te haces el ofendido».

—Sí, me acaba de llamar. Hemos quedado esta noche para cenar.

—Perfecto. —Sí, genial, estoy que me salgo del pellejo. No quería alargar más la conversación, empezaba a sentirme violenta.

—Tengo que dejarte, Lucas.

—¿Estará esta noche Daniela en casa?

—Mmmm, creo que sí, pero pregúntale a ella.

—Ok, si no nos vemos, pásatelo muy bien. —Su voz rezumaba ironía.

—Hecho, adiós.

Al final elegí un vestido azul marino, bastante corto pero muy elegante. Como no sabía dónde iríamos, me recogí el pelo de una forma más informal, por si resultaba que el sitio no era tan elegante. Estaba maquillándome cuando sonó el timbre. Abrió Daniela; pensé habría pedido algo para cenar y seguí a lo mío hasta que acabé. Salí a pedirle a mi hermana un bolso que me encantaba. Me quedé con la palabra en la boca.

—Hola, Lucas.

—Hola, Lucía. Estás preciosa, como siempre.

—Como siempre no, ¿o ya no te acuerdas de tu impresión la primera vez que me viste? —dije eso sin saber por qué, pero Lucas se quedó cortado, algo rarísimo en él, y decidí cambiar de tema—. No hay mucha comida en la

nevera, ¿qué vais a cenar? —¿Y a mí que me importaba?

—Pues estamos debatiendo entre cenar fuera o pedir algo, pero es imposible que Lucas y yo nos pongamos de acuerdo en una comida a domicilio, así que creo que al final saldremos.

—Pasadlo bien. Voy a acabar de arreglarme. —Di media vuelta para irme. Empezaba a sentirme mal. Después de las semanas que habíamos pasado, parecía que Lucas y yo no teníamos nada que decirnos.

—Tú también, y ten cuidadito. —Esa fue Daniela. Lucas no abrió la boca ni para decir adiós.

El local donde había reservado Fran era muy chulo, y la comida estaba buenísima. Fran era simpático, aunque demasiado prepotente, e incluso hasta creído. Era un mujeriego de estos que lo saben y se lo creen. No era mi tipo para nada.

Una de las veces que fui al baño (estaba yendo más de lo necesario, ya no sabía de qué más hablar con Fran y empezaba a ponerse cariñoso) oí que alguien me llamaba. Al darme la vuelta vi a José cenando con una chica —guapísima, por cierto—; debía de ser la que le quitaba el sueño a mi hermana. Me acerqué a saludar.

—Hola, Lucía, ¿qué tal? ¿Has venido sola? —Empezó a mirar por el restaurante, igual se pensaba que me acompañaba Lucas.

—Normalmente un sábado por la noche la gente no viene a cenar sola. —Le sonreí y, al ver su sonrojo, pensé que igual había sido un poco borde—. He venido con Fran, un amigo.

—Ah, ok. —¿Había decepción en su voz?—. Yo he venido con Blanca. —Nos presentó. Intenté poner cara de simpática, no sé si me salió—. Blanca es mi hermana. Está pasando una mala racha, intento estar con ella todo lo que puedo. —Ahora sí me salió la sonrisa. La palabra «hermana» hizo que cambiara toda mi expresión.

—Lo que quiere decir mi hermano con eso de «mala racha» es que me estoy divorciando. Lo que le pasa a José es que siempre se comporta de un modo muy protector conmigo.

Nos enzarzamos las dos en una conversación sobre divorcios y exmaridos (el pobre José ya no sabía qué hacer, lo excluimos totalmente). Blanca me cayó muy bien y habríamos continuado hablando no se sabe hasta cuándo, si no hubiera sido porque noté una mano que me cogía por la cintura.

—Pensaba que te habías caído por el lavabo. —Qué gracioso era aquel chico.

—Me he encontrado con unos amigos y el tiempo se me ha pasado volando.

—¿Tu hermana está bien? —el que preguntaba era José. Fue una pregunta brusca, que no venía a cuento, y me quedé algo cortada.

—Que yo sepa sí. —Yo la había dejado con Lucas y estaba perfectamente. No le habría pasado nada, ¿verdad?

—Lleva unas semanas un poco rara. —No, no le había pasado nada. Daniela estaría perfectamente en cuanto le dijera que la rubia que acompañaba a José últimamente era su hermana.

—Está bien, de verdad, yo la he dejado en casa, iba a salir a cenar con Lucas.

—Entonces estará estupendamente, ya se encargará mi amigo. —Todos nos giramos para mirar a Fran. Yo con cara de asco, no lo podía evitar. Cada vez me caía peor; luego pensé que Lucas también empezó con mal pie conmigo y decidí darle una oportunidad. Hasta que me fijé en la cara de José, que iba de la rabia a la tristeza, y empecé a encajar piezas.

No podía estar más incómoda. Acabábamos de llegar a la puerta de mi casa (bueno, a casa de mi hermana, ya casi la consideraba como mía) y sabía que Fran esperaba que lo invitara a subir. Yo solo pensaba en cómo despedirme de él sin tener que darle un beso, así que hice algo ridículo (rarísimo en mí, ¡ja!): me acerqué a él, le di dos besos (¡dos besos!, pero ¿qué edad tenía, once años?) y salí del coche lo más rápido que pude. Aun así, lo oí gritar por la ventana del coche un «te llamaré». ¿Qué le pasaba a aquel chico?, ¿de verdad quería repetir? No entendía nada.

Entré en casa intentando hacer el menor ruido posible. Estaba pensando si despertar o no a Daniela para contarle lo de la hermana de José, pero al llegar al salón oí un «hola» y pegué tal grito que por poco no despierto a todo el edificio.

—Perdona, no quería asustarte.

—¡Hostia puta, Lucas!, pues no te escondas en mi salón a oscuras. —En cuanto mis ojos se adaptaron a la oscuridad y pude verlo mejor, tuve que recordarme a mí misma que tenía que respirar con normalidad para no hiperventilar. Estaba recostado en el sofá, guapísimo, como siempre, pero lo que me llamó la atención fue su mirada; cuando sus ojos se encontraron con los míos, poco faltó para que se me licuaran los huesos.

—No me escondía, te estaba esperando; ¿te lo has pasado bien? —No supe qué contestar a eso, así que me callé. Él continuó—: Fran me mandó

varios wasaps desde el restaurante, diciendo que estabas espectacular. Espera que recuerde bien sus palabras: «Está tan buena que se me ha puesto dura solo con verla, imagínate cuando nos acerquemos un poquito más. Esta noche promete; gracias, tío, te debo una». Me he aprendido este y alguno más de memoria, pero dime, ¿te lo has pasado bien?

—No tengo por qué darte explicaciones de nada. —Recorrió la distancia que nos separaba de dos zancadas y me cogió por la nuca. Sentí un escalofrío que me recorrió entera. Pegó su boca a la mía y a partir de ahí todo fue a cámara rápida, dejé de pensar en nada más que no fuera Lucas. Nuestras bocas solo se separaron un momento, cuando Lucas me apartó suavemente de él para poder verme desnuda. E, imbécil de mí, me dio vergüenza, no sé si esa es la palabra, o simplemente un poco de pudor de verme tan expuesta. No soy una persona que se avergüence de su cuerpo (es el que tengo), pero pensaba en las tías perfectas con las que se habría acostado y me dio un punto de inseguridad. Se me pasó en dos segundos, lo que tardé en tirarme encima de él; si le gustaba, bien, y si no, eso era lo que había, aunque no parecía descontento con lo que veía. Yo ya estaba desnuda, pero él nada más que se había quitado la camiseta, así que me acomodé y lo vi quitarse los pantalones y el bóxer... Tuve que tragar saliva varias veces; ¿ese tamaño era normal? Cuando se dio cuenta de cómo lo miraba, sonrió prepotente.

—No te lo creas tanto, solo es que hace mucho que no lo hago. —Para ser exactos más de un año. Se puso un preservativo y se tumbó encima de mí.

—No te preocupes, preciosa, iré con cuidado.

—Hace tiempo, pero no soy virgen, no quiero que vayas con cuidado. — No quería que me tratara con delicadeza.

—Tú mandas.

Y me penetró de una embestida. ¡Por fin! Tuve que controlar el grito que se me escapó.

¡AHORA SÍ!

Ahí estaba yo, en su casa, como un gilipollas, esperando a que ella llegara de su cita con Fran, el amigo que se acostaba con todo lo que se movía.

No tenía bastante con haberla visto con el idiota de Sergio. Ese día creí que perdía los papeles, cosa rarísima en mí, porque no me considero un tío celoso, pero con Lucía no sabía qué me pasaba, me daba rabia hasta que la miraran (y el problema era que la miraban, y mucho; yo que me creía un liberal, vaya mentalidad de troglodita que tengo). Hasta mi padre, que jamás se mete en nada, me preguntó varias veces si estaba bien, y es que no podía parar de mirar la mesa en la que estaban sentados Lucía y Sergio.

Cuando mi padre sonrió y me dijo que la chica era preciosa (refiriéndose a Lucía), supe que me había pillado.

Y por si no tenía bastante con la puñetera comida, Lucía había salido a cenar con Fran. Mientras estaba cenando con Daniela recibí el primer wasap de él. Cuando me escribió el último me disculpé y le dije a Daniela que tenía que ver a su hermana, saber que estaba bien. Y una mierda, quería verla llegar para ver si había roto su año de sequía, ¡UN AÑO! Aún me costaba creerlo; no tanto el tiempo en sí, sino que llevaba divorciada cerca de cinco meses..., ¿y los siete que estuvo casada?, ¿de verdad ese tío se metía con una mujer como ella todas las noches en la misma cama y se había pasado siete meses sin tocarla?

Daniela, tan discreta como siempre, no hizo preguntas y nos fuimos directos a su casa. Cuando llegamos se dirigió a su habitación. Salió con una bolsa y me dijo que se iba a dormir a casa de una amiga. Por cosas así es por lo que me cae tan bien.

No sabía muy bien qué me pasaba con Lucía, quizá solo tenía ganas de

follármela y luego se me pasaría. Igual después de compartir una noche de sexo juntos, por la mañana no tendría tantas ganas de estar con ella y podría seguir haciendo mi vida sin tenerla en mi mente constantemente.

Lo único que quería en aquel momento era matar a Fran, a poder ser con mis propias manos. No quería ni imaginármelo besándola, así que intentaba no pasar de esa imagen y paraba a mi mente cada vez que iba más lejos, pero aun con esa sola escena ya tenía más que suficiente.

Llevaba más de una hora en el sofá de su casa e iba a darme algo. Por más vueltas que le daba no entendía por qué era tan terca. Lucía me gustaba mucho, no recordaba haberle hecho la sopa de mi madre a nadie, ni haber ido a cenar toda una semana a casa de una mujer sabiendo que después me tocaba irme como había llegado, es decir, sin sexo, ni tan siquiera un triste besito, y mucho menos recordaba haber sentido esos celos por nadie. Es más, hasta aquel momento habría jurado que no era un tío celoso. Sin embargo, ella no quería nada conmigo, y no hablo de sexo, hablo de salir los dos (aunque las veces que nos habíamos quedado solos todo indicaba dónde acabaríamos). Estaba casi seguro de que, si conseguía acostarme con ella, podríamos empezar algo, o quizá yo con un polvo tendría suficiente y podría sacármela por fin de la cabeza. Pero Lucía era tan cabezota que igual ni acostándonos lograba después una cita con ella.

Cada vez que me acordaba de lo preciosa que había salido, con aquel vestido corto que hizo que se me secara hasta la garganta... ¡Puto Fran! No quería que quedara con Sergio, con él seguro que acabaría en una historia larga. Sergio no la quería para una aventura, y ella no me quería a mí, así que yo, como un gilipollas, pensé en Fran. Lo peor era que allí estaba yo como un león enjaulado, como no me había visto en la vida, pensando que si Lucía no aparecía en cuestión de una hora me plantaba en casa de Fran.

En el momento que oí las llaves en la puerta fue cuando pensé: «¿y si viene con Fran?, ¿qué coño les voy a decir que hago yo en el salón a oscuras?». Pero venía sola. ¡Sí!

Me dio pena, menudo susto le di; pobre, por poco le da un infarto. Le pregunté qué tal se lo había pasado, pero en realidad solo estaba pendiente de su boca. Lo único que quería era besarla, y eso hice. Me acerqué a ella y la besé con tantas ganas que creí que saldríamos ardiendo.

A partir de ese momento todo se precipitó. Quise parar para mirarla, coger algo de aliento y poder ir más despacio, aunque no estaba seguro de ser capaz. Cuando la vi desnuda tuve que hacer un esfuerzo para no

abalanzarme sobre ella.

Estaba imponente, y no es que tuviera el cuerpo más impresionante que hubiera visto; he visto cuerpos perfectos. Ella no era perfecta, pero sí extraordinariamente sensual; nada se veía artificial, y por si eso no fuera suficiente, su cara se había cubierto de un rubor tan impropio en ella que me llenó de ternura, aunque no restaba un ápice mis ganas de follármela.

Después de esa noche tuve claras dos cosas: la primera, que había sido un ingenuo al pensar que esto se me podría pasar con una noche de sexo (o dos noches), y la segunda, que ya no pensaría en ella a cada momento, simplemente no me la podría sacar de la puta cabeza.

TIRARSE AL VACÍO

Cuando me desperté por la mañana y lo vi dormido a mi lado, pensé que, ya puestos, de perdidos al río; ¿y si lo despertaba y echábamos el último polvo? Luego mi parte sensata volvió a mí (no sé dónde se había metido en las últimas siete horas), le di un pequeño beso en los labios para no despertarlo, me di yo una imaginaria colleja y me levanté de la cama.

Mientras me duchaba y me despejaba un poco, recordé la noche tan impresionante que acababa de pasar. No recordaba haber disfrutado nunca tanto del sexo con nadie, ni siquiera con Jordi (en los primeros años, porque en los últimos poco sexo tuve con él) y eso que yo pensaba que la confianza era algo casi imprescindible para disfrutar en la cama. Lo más curioso era que me había sentido más yo misma con Lucas que con cualquier otra pareja que hubiera tenido.

Le di al agua fría e intenté aclarar la mente; de acuerdo, no estaba enamorada de Lucas, pero a ese ritmo me quedaba muy poco, así que tenía dos opciones: o me tiraba de cabeza a la piscina, o intentaba distanciarme de él. Opté por la segunda opción, y me di otro collejón imaginario por no haberlo despertado esa mañana y haber echado el último polvo.

Pillé a mi hermana en la cocina a punto de salir a correr. Acababa de llegar de casa de su amiga, aunque yo en la ducha no la oí. Le di las gracias por dejarnos solos esa noche y le hice un resumen (muy pobre, por cierto; ¿cómo se resume la noche más increíble de tu vida?). Después le hice otro resumen de mi encuentro con José y de lo que yo creía al respecto. Tampoco había que ser muy lista. José se pensaba que mi hermana y Lucas salían juntos y nadie se había tomado la molestia de desmentírselo.

—¿Tú crees, Lucía?

—Estoy segura, Daniela. Intenta hablar con él, y si no te atreves a

decirle directamente que tú y Lucas no sois pareja déjalo caer en alguna conversación.

—Bueno, si la rubia guapa es su hermana creo que podré hablar con él, lo que no sé es cuándo me atreveré. —No entendía cómo podía costarle tanto mantener esa conversación con José, simplemente para decirle que no estaba con Lucas.

—Ay, Daniela, que no tienes quince años. Échale valor; si te gusta de verdad, habla con él. —Si no fuera mi hermana y la quisiera tanto ya le habría dado una colleja.

—Estoy pensando...

—Miedo me das.

—Tonta, ¿por qué no cenamos los cuatro? Si ve que tú y Lucas sois pareja, ya llegará él solito a la conclusión de que Lucas y yo no tenemos nada.

—¿Y quién te dice a ti que Lucas y yo somos pareja?

—Perdón, pero pensaba que después de lo de anoche empezaríais a salir juntos.

—Muchas cosas das tú por hecho; anda, vete a correr y empieza a pensar en esa conversación que vas a tener con José.

—No me creo que te hayas acostado con Lucas y no te plantees tener una relación con él.

—No es tan bueno en la cama. —Le guiñé un ojo y a ella le dio la risa.

—No lo digo por eso y lo sabes, tú no eres de las que se acuesta con alguien y luego si te he visto no me acuerdo. Es una pena, pero no eres así.

—Pues ya es hora de que eso cambie; no me voy a casar con el primer tío con el que me acueste.

—Si a mí me da igual que te acuestes con quien quieras y que hagas lo que te apetezca, yo lo que no quiero es que salgas mal parada.

—Lo sé, y de verdad que intentaré que nadie más me haga daño.

—También te tienes que dar cuenta de que si no arriesgas nunca ganarás, Lucía. Si no quieres que te hagan daño, irás siempre con la coraza puesta y no te harán daño, pero ¿estás dispuesta a pagar el precio que eso supone?

—Anda, pequeña gran mujer, eres mi hermana menor, no me puedes dar esos consejos, se supone que eso lo hace la hermana mayor. Vete a correr y no te preocupes, ya se me ocurrirá una idea fantástica de las mías.

—Qué miedo me das. —La oí reír mientras se marchaba.

Justo al cerrarse la puerta de casa apareció Lucas en la cocina. No pude evitar ponerme roja recordando todo lo que había pasado esa misma noche (como si tuviera quince años y fuera mi primera vez; ¡espabila, Lucía!). Cuando fui capaz de mirarlo a los ojos, los suyos estaban llenos de deseo (¿pero ese chico era insaciable?, ¿después de la noche que habíamos pasado?, y la pregunta más importante, ¿si lo suyo era lo normal, con quién había estado yo los últimos cinco años? Aunque esta última cuestión no era muy fiable, seguramente buscaba fuera lo que no encontraba en casa; él decía que no, pero yo ya no me fiaba un pelo. Si lo hizo una vez pudo hacerlo más veces).

—Buenos días, preciosa, ¿en esta casa hay café?, porque me niego a beberme la mierda que toma tu hermana. —Eso me hizo gracia, parecía que los dos necesitábamos café para empezar el día.

—Acabo de hacer una cafetera. Lucas, quería hablar contigo de lo de anoche. —Su risa resonó en mis oídos, no pude evitar darme cuenta de lo guapo que estaba cuando reía. ¡Dios! Tenía que parar aquello.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo de verdad que quieres hablar de lo de anoche?

—No seas idiota o volveré a ponerte tu apodo.

—¿Qué apodo? —La sonrisa se le borró de golpe.

—Antes eras «el imbécil», y no me líes. Lucas, lo de anoche no puede volver a repetirse.

—¿Me llamabas «el imbécil»?

—Sí. —No recuerdo en qué momento dejé de hacerlo.

—Bueno, tú eras «la loca». —No sé por qué, tampoco me extrañó mucho.

—¿En serio? Pues no sé por qué, con lo centrada que soy yo... —Le sonreí, él me miró con tanta intensidad que no pude evitar derretirme por dentro.

—Ya vi lo «centrada» que estabas anoche.

—¿Tienes alguna queja? —Mi voz sonó muy segura, aunque yo no lo estuviera tanto.

—Ninguna en absoluto, y creo que tú tampoco. —Y me guiñó un ojo.

—Muy sobrado te has levantado hoy.

—¿Por qué?, ¿tienes alguna queja? —Su voz sonó algo insegura, y a mí me hizo gracia; sí él supiera...

—No, ninguna. Pero no puede volver a repetirse.

—Ya te oí la primera vez, pero por si no te has dado cuenta intento evitar esta conversación. A menos que no nos veamos más, volverá a pasar, y yo no voy a dejar de verte.

—Creo que no es buena idea, por lo menos para mí, que seré la que saldrá peor parada de esto.

—¿Por qué siempre das por hecho que seré yo quien te haga daño?

—Porque tú estás acostumbrado a esto; a estar con una o con otra y luego si te visto no me acuerdo. Yo me he pasado los últimos siete años con dos parejas fijas, y nunca me había acostado con un tío por el que no sintiera algo. Te parecerá antiguo, pero se me presentó así. Ahora podría acostarme con quien quisiera, aunque no lo conociera, y tú insistes en que sea contigo. Al final sé que acabaré pasándolo mal, Lucas, lo sé y no quiero. Es así de sencillo y de complicado a la vez.

—¿Por qué das por hecho que lo pasarás mal? Aún ni hemos empezado y ya estás acabando algo que no sabes ni cómo irá. Venga, Lucía, una cita; vámonos a cenar, déjate llevar, haz que ocurra y ya veremos lo que pasa. Si no lo haces nunca sabrás si habría ido bien o mal. ¿Y si va bien? De todas maneras, no le des tantas vueltas. Solo es una cita; solo eso, Lucía.

¿Y qué respondía yo? «No, mira, ¿sabes lo que pasa?, que soy una jodida cobarde y paso de arriesgarme». Era como si me conociera tan bien que lo hubiera planteado todo como un reto, y yo no podía decir que no a un reto. «Haz que ocurra», me dice; ¡pues no te preocupes, que ocurrirá!

Me acerqué a él sin contestarle. Le rodeé el cuello con las manos. Recorrí la distancia que separaba nuestras bocas y lo arrastré hasta la mesa de la cocina, me subí encima, lo acerqué a mí lo suficiente como para notar su erección. Pasé mi lengua desde el final de su cuello hacia arriba, y noté cómo su piel se erizaba.

—Lucía, ¿esto es un sí? —Su voz sonó ronca.

—Esto es un «me lo estoy pensando»; ahora bésame y déjame que me lo siga pensando.

—Qué cabezona eres.

—Si quieres paramos y discutimos sobre lo cabezona que puedo llegar a ser, pero me he pasado un año a dos velas y quiero recuperar el tiempo perdido, además...

Ya no pude acabar, empezó a devorar mi boca con tanta pasión que había incluso un ápice de rabia. Lucas solo llevaba una camiseta y el calzoncillo y yo también estaba en ropa interior. Notaba su erección entre mis

piernas y mi deseo creció de una manera increíble, deseo que fue incrementando mientras me besaba y movía suavemente su erección contra mi sexo. Me rompió el tanga con una mano mientras con la otra se ponía un preservativo, yo le saqué la camiseta por la cabeza, quería sentir su piel pegada a la mía. Me miró a los ojos y pude ver en los suyos el deseo que sentía en esos momentos por mí, lo que me hizo sentir más poderosa de lo que me había sentido jamás. Me penetró con suavidad, una suavidad que duró poco, porque pronto empezó a embestirme con tal fuerza que tuve que agarrarme fuerte a la mesa. En poco tiempo empecé a notar que un cosquilleo subía por mi columna, sabía que iba a tardar muy poco en correrme, y cuando Lucas me miró a la cara también se dio cuenta, porque intensificó sus embestidas.

—No pares. —No reconocí mi propia voz

—Preciosa, no sé qué me haces, pero ya casi estoy. —Y su voz sonó tan sensual que no pude evitarlo y me fui con un grito que amortigué mordiéndole el hombro. Casi en el mismo momento él se dejó ir con un gruñido de lo más sexi.

Después de eso ya no tuve nada en que pensar (aunque cuando Lucas estaba cerca yo, de pensar, poco). Volvimos a hacerlo en mi dormitorio y nos quedamos tumbados en un silencio de lo más cómodo. Cada uno con sus propias reflexiones; yo pensando lo que ya sabía, que aquello sería mi perdición. Al final había ocurrido, me había arriesgado, solo esperaba que no me hubiera tirado al vacío sin paracaídas, o al menos con una red que parara el golpe.

Por aquel entonces yo estaba muy equivocada, pero es que aún me quedaba camino por andar; decididamente, en la vida para ganar hay que arriesgar.

SOLO NOSOTROS

Unas semanas después

Casi me había mudado a casa de Lucas. Había sido una cosa de lo más paulatina; una noche me quedaba a dormir, luego pasaba el fin de semana y al final prácticamente vivía allí. Todo transcurrió de una manera tan natural que no me sentía nada incómoda. Lucas también ayudaba y se había mostrado encantador desde que estábamos juntos. Y por si eso fuera poco no podía salir de su cama, parecíamos dos adolescentes con las hormonas por las nubes. Como me conozco muy bien, ya sabía lo que me pasaría, y es que cada día tenía más sentimientos hacia Lucas con los que no sabía muy bien qué hacer.

Un viernes por la noche estábamos en la cama, casi sin respiración. Acabábamos de echar un polvo impresionante. Contra todo pronóstico, en vez de cansarnos, el sexo era cada vez mejor, nos conocíamos más y sabíamos lo que le gustaba al otro. Si aquello seguía así no podríamos parar nunca. Sonó mi teléfono y estuve un rato siguiendo su melodía, porque no sabía por dónde se había caído.

—¿Hola?

—Hola, Lucía, soy Fran. Acabo de llegar de un viaje que me ha tenido unas semanas fuera, por eso no te había llamado antes, pero me preguntaba si te apetecería venir esta noche al cine, proyectan una película que dicen que está muy bien —dijo todo eso del tirón, sin dejarme ni siquiera contestar; yo estaba como en una nube con Lucas y ni me había acordado de Fran. Lo que me extrañaba era que Lucas no le hubiera dicho nada. Y yo, que casi no me como la cabeza, empecé a darle vueltas a todo, como por ejemplo a que no habíamos hablado de qué clase de relación teníamos... ¿Y si Lucas estaba

saliendo con otras? ¿Y sí quería una relación abierta? Yo hacía siete años que no salía con nadie y no sabía muy bien cómo iba eso. Estaba casi viviendo en su casa, pero quizá para él aquello fuera lo más normal cuando salía con alguien. ¿Y si yo pensaba que estábamos saliendo (en plan pareja) y para Lucas solo era sexo sin compromiso? A veces era una pesada intentando hablarlo todo con él, pero eso no lo habíamos hablado, no habíamos aclarado qué clase de relación teníamos. ¿Qué contestaba yo a la propuesta de Fran? Igual Lucas no quería que sus amigos se enteraran de que estábamos juntos, mi cabeza iba a mil.

—Fran, la verdad es que esta noche no me va muy bien. Verás... —No pude acabar. Lucas me quitó el móvil de las manos y me miró de una manera que me habría dado hasta miedo si no me hubiera puesto tan cachonda.

—Hola, Fran, soy Lucas. Mira, Lucía y yo estamos saliendo, no te lo he dicho antes porque coincidió que salías de viaje, así que te agradecería que la dejaras en paz. —Un silencio, Fran estaría contestando, seguido de una carcajada por parte de Lucas—. Lo sé, soy muy consciente de ello. Adiós. —Colgó y se me quedó mirando como si esperara que le dijera algo.

—¿Qué? —No sabía que más contestar.

—A ver, Lucía, que me estoy cabreando y no quiero hablarte mal, pero ¿por qué cojo... no le has dicho a Fran que estás saliendo conmigo y que no puedes quedar con él?

—Mira, Lucas, esto es muy complicado.

—¡No es una mierda de complicado! —En este punto chilló, y es que me estaba explicando fatal.

—Lucas, intenta no interrumpirme, porque me estoy explicando fatal.

—¿Quieres salir con más gente? —Tuve que hacer un esfuerzo para cerrar la boca.

—Lucas, si esta es tu manera de decirme que quieres salir con otras, yo...

—¡¿Quieres contestarme a alguna puta pregunta?! —Vale, ahora estaba muy enfadado.

—No, no quiero salir con nadie más, tengo más que suficiente contigo. —¿Por qué no podía decirle que no y punto? ¡Bocazas! Lo vi sonreír, solo un poquito, pero algo era algo.

—Y entonces, ¿por qué no le has dicho a Fran que estás conmigo?

—Porque no sé si tú quieres estar solo conmigo o si quieres salir con alguien más. Y como Fran es tu amigo y no le has dicho nada de que estás

conmigo, pensé que igual no quieres que se entere. Y ahora, para dejarlo todo claro, ¿estás saliendo con alguien aparte de conmigo?

—No, Lucía, para mí lo normal cuando empiezo a salir con alguien es hacerlo solo con esa persona, y lo mismo espero de ella. Y si no le he dicho nada a Fran ha sido porque ni lo he visto ni he hablado con él, pero se me olvida que es Fran y que el muy cabrón no pierde el tiempo. Como tú tienes más que suficiente conmigo deduzco que no estás saliendo con nadie más, ¿no?

—No, solo contigo.

No me había dado cuenta de que contenía el aire hasta que acabamos de hablar y lo dejé salir. Menos mal, porque si en ese momento me decía que quería una relación en la que los dos pudiéramos salir con otras personas me daba algo.

—Lo que me extraña, preciosa, es que precisamente tú, que lo preguntas todo, no aclares esas dudas conmigo.

—Ya, es que no sé muy bien cómo va esto, y no quería agobiarte.

—«Esto» va a ir como tú y yo decidamos que vaya, entre los dos, ¿entendido? —Asentí—. Y ¿por qué crees que me agobias? ¿He hecho algo que te haga pensar eso?

—No. —La respuesta me salió sin pensarla, ya que las últimas semanas tanto Lucas como yo habíamos estado muy bien, no lo vi incómodo ni agobiado en ningún momento.

—¿Pues entonces? Lucía, tienes que confiar un poquito más en mí.

—Lo sé, pero no me resulta fácil. —Esa parte era la que más me iba a costar, tendría que darle las gracias a mi ex también por eso.

—Y lo entiendo, pero yo no soy él, a mí ni siquiera me has dado el beneficio de la duda.

—Es que, por tu manera de ser, eres un mujeriego y...

—¿Estando conmigo has tenido alguna vez esa sensación? ¿He hecho o dicho algo que te incomode?

—No, nunca. —Joder con las preguntitas, me estaban dejando fatal.

—Pues dame una oportunidad, Lucía, de lo contrario no hay nada que hacer.

Y era verdad. Parecía que estaba esperando que él hiciera algo mal para poder decir que yo tenía razón. No lo comparaba con Jordi, pero era como si Lucas no empezara conmigo de cero y arrastrara algo que no le pertenecía a él. Era un mujeriego, y estaba buenísimo, eso era así, pero si había tomado la

decisión de empezar algo con él tenía que darle y darnos una oportunidad.

¿POR QUÉ HOY?

Llevábamos unos meses juntos y todo iba bien, pero no acababa de dejarme llevar. Aunque las primeras semanas pasaba mucho tiempo en su casa, más adelante casi todas las noches volvía a dormir a casa de mi hermana. No sabía bien por qué, pero todo se estaba precipitando e íbamos muy rápido, por lo que había días que necesitaba mi espacio, aunque luego cuando estaba en casa de mi hermana lo echaba de menos. Quien me entienda que me compre.

Ahora pienso que lo único que me pasaba entonces era que estaba acojonada. Ya podía decir que estaba enamorada y cagada de miedo, y no sabía cuál de las dos cosas en mayor proporción.

Mis eternas dudas y yo; ¿por qué no sería una de esas personas que se tiran a la piscina y no miran atrás? Encima habíamos discutido hacía dos días y Lucas estaba tenso; no enfadado, pero sí un poco irritable. Se daba la circunstancia de que en tres días me iba de colonias con mis alumnos. Ese año tocaba una masía preciosa en medio de la nada, con casi cien preadolescentes; ¡vaya planazo! Hasta ahí todo bien, Lucas se reía de lo bien que me lo pasaría teniendo que controlarlos a todos, sin poder pegar ojo en tres noches, ja, ja, ja. Todo le hizo mucha gracia hasta que le dije que uno de los profesores con los que iba era Sergio. En ese momento se le acabaron hasta las sonrisas, y mirad que como sabía que no se tragaban intenté meterlo entre unos cuantos nombres de otros compañeros, pero Lucas lo pilló al vuelo.

Había una parte de mí que lo entendía y no quería discutir, pero se trataba de mi trabajo y con casi cien alumnos a los que controlar (porque a esas edades no se vigilan, se controlan, además en plan policía) no nos daría tiempo ni para hablar. Lucas también sabía de mis sentimientos por Sergio. Si

no estaba con él era porque no quería, y no iba de sobrada, es que había tenido muchas oportunidades.

Pero nada de lo que decía conseguía que dejara de estar enfurruñado, a pesar de que yo había alegado de todo en mi defensa, empezando porque si quería que yo tuviera confianza en él esperaba lo mismo por su parte. Ese argumento tampoco funcionó.

La noche antes de irme me quedé a dormir a su casa, ya que estaríamos tres días sin vernos. Mientras avanzaba la noche, pensé seriamente que al día siguiente no podría andar; no sabía qué se había propuesto Lucas, pero ya llegaba al primer día de colonias sin haber pegado ojo y casi sin poder sentarme.

Para no quitarle merito diré que fue una noche increíble. Empezaba a notarse que cuando nos acostábamos ya había sentimientos y todo se hacía con más ternura. Aunque esa noche hubo de todo, lo hicimos tantas veces que llegué a pensar que se había tomado una pastillita azul. Eso no era normal.

Por la mañana madrugué mucho porque tenía que pasar por mi casa para recoger la mochila. Le pedí que se quedara en la cama, pero insistió en acompañarme.

Estábamos en la cocina tomándonos un café cuando dijo:

—Lucía, creo que me estoy enamorando de ti.

Me quedé mirándolo y mi cabeza empezó a encajar piezas. Llevábamos unos meses juntos, pero me decía eso después de una noche increíble; ¿por qué entonces?

—Lucas, ¿qué pasa? —Mi voz sonó igual que cuando regaño a alguno de mis alumnos.

—No pasa nada, ¿qué tiene que pasar?, ¿no puedo decirte que me estoy enamorando de ti?

—No te pongas a la defensiva, y claro que puedes, pero ¿por qué hoy?

—Hoy es un día como otro cualquiera.

—No, no lo es, hoy me voy tres días a unas colonias en las que estará Sergio, y eso está haciendo que digas esas cosas. Me gustaría que cuando me dijeras algo así fuera porque lo sintieras de verdad. Eso sin hablar de la noche que hemos pasado; ¿de qué tienes miedo, Lucas?

—No tengo miedo de nada. ¿Por qué lo preguntas?, ¿debo tener miedo de algo?

—No. ¿Y yo?, ¿me puedo ir tranquila estos días? —Estaba empezando a ponerme nerviosa, y de muy mala leche, no quería discutir con él antes de

irme.

—Tú puedes irte tranquila, el que no estará una mierda de tranquilo seré yo.

—Pues no entiendo por qué.

—¡Porque va el puto Sergio de los cojones! —En ese punto estalló lo que llevaba callando algunos días, así que me acerqué a él, lo cogí por el cuello y lo besé. Por fin me había dicho lo que le preocupaba.

—Entre Sergio y yo no va a haber nada. Ya tengo pareja, y nunca te haría eso. Yo sé lo que es y cómo se pasa, así que confía en mí, ¿no es eso lo que siempre me pides que haga yo contigo?

No le dejé contestar, lo besé y el beso se fue convirtiendo en algo más salvaje cada vez. En un rato no se oyó nada en la cocina que no fueran nuestros susurros y jadeos; a ese paso llegaba tarde y con muletas a las colonias.

ESPERÁNDOLA

¡Dios mío! Mira que llego a ser bruto, ¿cuántas veces lo habíamos hecho esa noche? Quería que se fuera los tres días de colonias tan saciada que no pensara en sexo en ningún momento, pero me había pasado, estaba muerto. Tendría que pedirme el día libre en el trabajo, porque a ver cómo me movía yo después de una noche así.

Entendía a la perfección a Lucía y confiaba plenamente en ella, del que no me fiaba un pelo era del cabrón de Sergio. Sabía que esas colonias serían su oportunidad para ir a por todas, y yo tendría que quedarme en casa como un gilipollas sin poder hacer nada, esperando a que Lucía llegara el viernes.

Para mantener el tiempo ocupado había quedado esa noche para cenar con Daniela, y la noche siguiente saldría con Roberto y Fran a tomar algo. Parecía un imbécil, ocupando todo mi tiempo libre para no pensar constantemente en ella. No podía sacarla de mi cabeza. Ya sabía yo que eso me pasaría, pero no podía evitarlo: Lucía me sorprendía cada día. Era una pasada, cariñosa, divertida, apasionada y con un carácter de cojones que a mí me encantaba, por lo que ahí estaba yo, enganchado a ella como un puñetero adolescente.

Si sobrevivía a esos tres días la llevaría un fin de semana a que conociera a mis padres. Le había hablado a mi madre varias veces de Lucía, y como jamás le había hablado de ninguna otra, la mujer se moría de curiosidad.

Pero antes de eso tendrían que pasar aquellos tres días, asegurarme de que el cabrón de Sergio mantenía las manitas quietas y, lo más importante, llegar al viernes sin que me hubiera dado un ataque de ansiedad.

La cena con Daniela fue muy bien, como siempre. Fuimos a un restaurante de esos que le gustan a ella en los que no hay ni un poquito de

carne, accedí porque la pobre estaba de los nervios por la conversación que tenía pendiente con José.

Al salir del restaurante fuimos a tomar algo a un bar cerca de su casa. Estaba pidiendo en la barra cuando noté un brazo en mi cintura. Me giré pensando que era Daniela, pero no. Era Susana.

—Hola, Lucas, qué solito te veo. —Su voz sonó de lo más insinuante y a mí me dio un escalofrío, pero no de placer precisamente.

—Hola, Susana, en realidad estoy tomando algo con Daniela.

—Qué bien, voy a saludarla. Pídemme un gin-tonic, por favor. —Genial; con lo bien que iba la noche, y se acababa de joder.

Me acerqué como pude con las tres bebidas. Daniela y Susana estaban enfrascadas en una conversación que parecía de lo más interesante, pero, al sentarme, Susana se giró hacia mí y preguntó:

—¿Dónde está tu amiga? ¿Ya no estáis juntos? La verdad es que parecía buena chica y no era fea, pero ya sabemos que tú eres incapaz de estar con alguien durante mucho tiempo.

—Lo que tú digas, Susana. —Pasaba totalmente de enfrascarme en una discusión con ella que no nos llevaría a ningún sitio.

—Lo siento, Susana, pero «su amiga» es mi hermana, y por lo que yo sé siguen juntos. —Me hizo gracia que Daniela, con lo discreta que era siempre, defendiera así a su hermana.

—Perdona, bonita.

—Daniela, me llamo Daniela. —Daniela se estaba enfadando, y era rarísimo viniendo de ella. Si fuera Lucía ya le habría tirado la bebida encima. No pude evitar pensar qué estaría haciendo en esos momentos. Una imagen de ella y Sergio me vino a la cabeza y preferí centrarme en la conversación que mantenían Daniela y Susana.

—Pues perdona, Daniela, no lo sabía, aunque no creo que duren mucho.

—Lo que duren o dejen de durar creo que ya no es asunto tuyo. —¡Olé tú, Danielita!

—Bueno, yo mejor me voy, me están esperando. Buenas noches.

Nadie se molestó en contestarle. Se fue toda ella muy indignada y yo me pregunté cómo la había aguantado ni siquiera para una cena. Estaba buenísima, eso sí, pero Lucía también, y encima podía hablar de todo con ella. Lucía, mis pensamientos siempre iban a ella.

Al día siguiente intenté trabajar mucho y muchas horas para estar

ocupado y pensar lo menos posible hasta la hora de la cena con Roberto y Fran.

Donde estaba Lucía no había cobertura, por lo que solo había recibido un wasap diciéndome que estaba casi llegando y que ya me echaba de menos. Seguro que no tanto como yo a ella.

La cena con mis dos amigos no dio para mucho. No tenía muchas ganas de quedar y encima Fran no paraba de hacer bromitas (que no me hacían ni puta gracia) sobre lo buena que estaba Lucía y el peligro que suponía tres días en la montaña rodeada de profesores (hasta ese momento ni me había planteado que había cualquier otro con ella aparte de Sergio). Gracias, Fran, por joderme aún más; lo único bueno de que fuera Sergio era que no dejaría que se le acercara nadie, si podía decirse que eso era bueno. Me fui pronto a la cama y cuando estaba tumbado en ella me di cuenta de lo mucho que echaba de menos a Lucía. La echaba de menos en mayúsculas, como no había echado de menos nunca a nadie, porque encima de no verla no podíamos hablar, y quería contarle un montón de cosas y saber cómo estaba ella. Empezaba a tener unos sentimientos hacía Lucía totalmente desconocidos para mí.

Por fin llegó el día. Me preparé para ir a buscarla al colegio. Estaba hasta emocionado (ya hay que ser imbécil), pero era porque tenía muchas ganas de verla. Cuando la vi bajar del autobús, rodeada de adolescentes y con cara de cansada, supe que estaba totalmente enamorado de ella. Se acercó a mí y me dio un beso, algo soso para mi gusto, pero la perdoné porque me miró a mí y miró a su alrededor como explicándome que estaba rodeada de padres, no era el lugar.

Más de una hora estuvo explicando a los padres que todo había ido estupendamente, que se habían portado muy bien, bla, bla, bla... Yo solo pensaba en llegar a casa.

Estaba preparando la cena mientras ella se duchaba y tuve que dar la vuelta más de tres veces para no entrar en el baño y meterme en la ducha con ella. Al final, cuando salió con el pelo mojado y un pijama de lo más sexi, me dije a mí mismo que tenía respirar hondo. Primero cena, luego postre; vamos, Lucas, que tú puedes.

Guardé los platos de la cena a toda pastilla en el lavavajillas. Nada más acabar salí corriendo al salón y me encontré a Lucía hecha un ovillo en el sofá, profundamente dormida. La cogí en brazos y la llevé a la cama, la tapé y cuando me di cuenta llevaba casi diez minutos mirándola. Estaba preciosa,

y además yo ya no tenía escapatoria.

LA FAMILIA

Estaba en la bañera, en plan relax total. Mirándome las manos, que ya estaban arrugadísimas. Recordando que no sabía dónde había oído que las manos se arrugan porque se adaptan al medio, y si quieres coger algo bajo el agua al tener los dedos arrugados es mucho más fácil. Son las típicas tonterías que se te quedan en la cabeza grabadas. Soy muy así yo, de almacenar tonterías.

Sonó mi móvil y pensé en no cogerlo, pero lo había dejado cerca y vi en la pantalla que era Lucas. Me sequé las manos y respondí.

—Hola, preciosa, ¿qué haces?

—Pues ahora mismo estoy en la bañera, analizando la facilidad que tengo para almacenar tonterías en mi cabeza.

—Lo siento, pero he desconectado en el momento que me has dicho que estabas en la bañera. —Su voz empezó a sonar tan ronca que hice un esfuerzo por cambiar de tema.

—¿Me llamabas por algo en concreto?

—La verdad es que no lo recuerdo. No me puedo quitar tu imagen desnuda dentro de la bañera. —Se hizo una pausa en la que quedaba claro en qué estábamos pensando los dos. Hasta que él continuó—. ¡Ah, sí!, ya me acuerdo, este fin de semana es el cumpleaños de mi hermana Eli. Hace una fiesta llena de adolescentes y de alguien de la familia, me gustaría que me acompañaras.

¡Joder! Eso sí que no me lo esperaba. Con el poco filtro que tenía yo a la hora de hablar, seguro que metía la pata con alguien de su familia. ¿Cómo salía yo de aquella?

—Verás, Lucas, no creo que sea buena idea. —No sabía qué decirle, ¿y si se ofendía?

—No te preocupes, si tampoco te estoy preguntando. Te paso a buscar el sábado a las diez. Ponte cómoda, que es una comida informal. Y, por favor, sal ya de la bañera para que pueda pensar en otra cosa.

Dicho esto, colgó el teléfono, y yo pensé otra vez en mis dedos. Si ellos eran capaces de adaptarse al medio, yo sería capaz de adaptarme a no meter la pata en una fiesta con su familia (o eso esperaba). Por raro que pudiera parecer me daba mucho más miedo la parte de la familia que el montón de adolescentes, sería porque con estos ya estaba acostumbrada a lidiar.

El sábado a las nueve y media por mi habitación parecía que había pasado un tsunami. No sabía qué ponerme y me estaban empezando a entrar los nervios. Al final Daniela entró en mi cuarto, cogió un vestidito de flores muy mono con unas sandalias planas, me los puso en la mano, me dio un beso y me transmitió toda su tranquilidad. Me relajé al momento. Gracias al cosmos por poner a una persona como mi hermana en mi vida, aunque los nervios volvieron a mí multiplicados por dos cuando aparcamos el coche en la puerta de una casita muy mona a las afueras.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Ni mis padres ni mis tíos muerden, y a los adolescentes ya estás acostumbrada. Anda, vamos, que no te tenía por cobarde. —El muy capullo sabía qué decir para que me viniera arriba.

Lo primero que hizo Lucas fue hacer las presentaciones. Una vez hechas, me arrastró (literalmente) a enseñarme la casa en la que se crio.

La casa era preciosa, decorada con mucho gusto y pocos muebles. Dejó para el final su habitación. Al entrar en ella sentí como si ya hubiera estado allí. Todo lo que había en la estancia era un poco de Lucas, y me resultó de lo más acogedora y familiar. Lo único que me llamó la atención fueron varias guitarras que estaban colocadas en un lado de la pared.

—No sabía que supieras tocar la guitarra. —Contra todo pronóstico le subió un poco de rubor a las mejillas.

—Cuando era un adolescente tenía un grupo; yo cantaba y tocaba la guitarra, y por lo visto no lo hacía del todo mal.

—Y ¿por qué lo dejaste?

—La vida... nos hicimos mayores, cada uno tubo sus responsabilidades y el grupo se fue rompiendo. Nada traumático. —Me miró y me sonrió, y supe que lo echaba de menos.

—Algún día tendrás que cantar para mí. —Se me acercó y me besó. Fue un beso dulce, casi infantil, muy acorde con la habitación en la que estábamos.

Bajamos las escaleras cogidos de la mano como un par de adolescentes. Cuando ya casi habíamos llegado abajo, nos cruzamos con su madre, que nos miró como si algo le hiciera mucha gracia.

La familia de Lucas resultó ser encantadora. Con sus padres casi no había podido hablar porque estaban de arriba para abajo organizándolo todo. Cuando por fin todos los adolescentes estaban comiendo en el jardín, nosotros nos sentamos dentro. Era una mesa para ocho personas; un hermano y una hermana del padre de Lucas con sus parejas, el padre de Lucas (que también se llama Lucas), su madre, que se llama Carmen, y nosotros dos.

Estaba empezando a sentirme cómoda, escuchando la conversación que tenían entre todos y las anécdotas que contaban de cuando Lucas era pequeño. Una cosa llevó a la otra y, como no podía ser de otra manera, salió el tema de los niños.

—Mamá, no nos agobies, que llevamos muy poco tiempo saliendo y lo de los niños aún ni pasa por nuestras cabezas. —Me guiñó un ojo y yo le sonreí.

—Ya lo sé, pero entiéndeme a mí, nunca nos has presentado a una pareja. Hay gente de la familia que empezaba a pensar que eras gay, y a mí me da igual lo que seas, pero quiero nietos... —Yo desconecté de la conversación pensando que era la primera mujer que Lucas llevaba a su casa. Empezaron a sudarme las manos—. Además, ya no sois tan jóvenes, se os va a pasar el arroz. —¡Joder!, cómo odiaba esa puñetera frase.

—Mamá, no seas exagerada. —Y entonces pensé que Lucas y su hermana se llevaban casi veinte años. La madre de Lucas parecía muy joven, pero por muy pronto que hubiera tenido a Lucas a Eli la tuvo que tener mayor. Entonces hice lo que hacía siempre, no poder callarme y meter la pata.

—No es por ofender, pero Lucas y Eli se llevan bastantes años, así que cuando tuvo a Eli tampoco usted sería una jovencita. —¡Toma!, así, a bocajarro. Se hizo un silencio incómodo, todo el mundo me miraba. No sabía lo que pasaba, pero era consciente de que había metido la pata y solo quería irme de allí.

—Tuve a Eli con treinta y cinco años. —¡Joder! Hice cálculos rápidos; entonces, a Lucas, ¿lo tubo con quince?—. Lo del arroz lo decía en broma. Solo por chingar un poco a Lucas, aún sois jóvenes. —Miró a Lucas y en su mirada vi una dulzura y un amor infinito.

—Lo siento, Lucía, no te he dicho nada porque considero a Carmen mi

madre y la quiero como si lo fuera. —Me lo estaba explicando a mí, pero miraba a su madre—. Mi madre biológica murió siendo yo muy pequeño, casi ni la recuerdo, fue Carmen quien me enseñó fotos y me habló de ella. Después de la muerte de mi madre mi padre se volvió a casar con una jovencita encantadora —miró a su padre y le sonrió— que ha sido mi madre desde entonces. —En este punto miró a su madre y pude ver la complicidad que había entre los dos.

Después de mi metedura de pata, la cena continuó como si no hubiera pasado nada. Cuando ya estábamos acabando de cenar la madre de Lucas me hizo una señal para que la acompañara a la cocina. Así que cogí dos fuentes, tragué saliva un par de veces, miré a Lucas, que me tiró un beso (con qué facilidad podría acostumbrarme a estar siempre así con él) y me dirigí a la cocina como si fuera al matadero.

—Pasa, Lucía, y no pongas esa cara, mujer, que no me como a nadie. — Soltó una carcajada y me pasó un vaso con un líquido rojo.

—Es *bloody Mary*, mi especialidad, aunque creo que me ha quedado un poco fuerte. —Perfecto, si iba a tener una conversación con la madre de Lucas y no quería seguir metiendo la pata con ella, mejor me lo bebía de golpe. Cuando Carmen me vio apurar el vaso me sonrió.

—Ya te he dicho que no muerdo, así que relájate. Solo quería darte las gracias —en este punto la miré como si me estuviera perdiendo algo—, hacía muchísimo tiempo que no veía a Lucas tan ilusionado y feliz. Además, él es una persona muy reservada para sus cosas, así que me ha sorprendido que te contara todo lo que te ha contado esta noche. Debes significar mucho para él. —Tuve que cerrar la boca para no parecer imbécil—. Aparte de darte las gracias no hace falta que te diga lo que significa Lucas para mí. Exactamente lo mismo que Eli. Son mis dos niños, y lo daría todo por ellos como cualquier madre, por eso si haces daño a Lucas te arrancaré el corazón y me haré un *bloody Mary* con él. —La carcajada que soltó a continuación fue tan contagiosa que no pude evitar reírme con ella—. Lo siento, siempre quise decir esa frase. Ahora en serio, espero que os vaya bien y que él tampoco te haga daño a ti, pareces una chica muy dulce —la primera vez que me lo decían—, inteligente —¿estaría con su hijo si fuera inteligente?— y sensible. —«Ahí tiene toda la razón, señora»—. Pero con mucho carácter, cosa a la que Lucas no está acostumbrado. Aunque sea su madre y no me presente a nadie ni me cuente nada, sé que cambia de cama como de camisa, pero siempre busca un tipo de chica sumisa, a la que pueda moldear y de la que se

cansa rápido, así que tú debes suponer todo un reto.

—Espero ser algo más que un reto. —No me pude aguantar.

—Lo eres, eso te lo puedo asegurar yo —y lo dijo con tanta seguridad que la creí—, pero sois los dos muy orgullosos, y eso os hará daño. Espero que cuando llegue el momento sepáis tragaros el orgullo. No me gustaría que salierais dañados ninguno de los dos.

—Eso espero yo también.

—Me gustas, Lucía, así que espero tenerte mucho tiempo entre nosotros. —Se acercó a mí y me dio un abrazo de esos que se dan de corazón, de los que te llenan de energía, y desde ese momento supe que aquella mujer tan peculiar también me gustaba.

De camino a casa Lucas me pidió perdón por no habérmelo explicado todo antes de ir al cumpleaños, pero según él a veces se olvidaba. Lo que para otra persona podía parecer una tragedia él no lo había vivido como tal. Aunque le daba pena su madre biológica porque murió muy joven, él casi no la recordaba. Cuando miraba atrás la que siempre estaba era Carmen, su madre.

Me explicó que su madre biológica se mató en un accidente de coche con treinta años, y su padre, con un niño de cinco años, tenía que trabajar muchas horas. Así que contrató a Carmen, una jovencita de veinte años que según su padre le devolvió la alegría y las ganas de vivir.

Lucas ni siquiera preguntó. Fuimos directos a su casa. No me dejó ni acabar de entrar en su piso. Me cogió en brazos y me llevó a la primera puerta que había, que daba la cocina (últimamente le habíamos cogido «cariño» a la cocina), me sentó en la encimera y me subió el vestido. Se acercó a mi oreja y me susurró:

—Eres la primera mujer que conoce a mi familia. Estoy loco por ti, Lucía.

A mí se me secó la garganta. No me dejó ni contestarle, me besó de esa manera que hacía que yo ya no pensara en nada más que en él. No me había enterado ni de cómo se había bajado los pantalones, porque parecía tener manos por todos lados, pero se hundió en mí con una desesperación que me encogió el corazón. Sus embestidas eran suaves y no movió sus ojos de los míos en ningún momento. Tuve la certeza de que, aunque estábamos en la encimera de la cocina, era la primera vez que Lucas me hacía el amor. Un nudo atenazó mi garganta y poco me faltó para que se me escaparan las lágrimas. No sabía por qué, pero esa noche estaba siendo todo muy intenso.

LA VERDAD DE ADRIANA

Hacía días que quería hablar con Adriana. Me había dejado muy preocupada la última vez que nos vimos y quería saber qué le pasaba, pero como era así, tan suya, le tuve que mentir y decirle que tenía que contarle algo para poder verla.

Quedamos en el bar al que íbamos siempre. Fui la primera en llegar. Me pedí una Coca-Cola y como sabía que ante una conversación difícil Adriana no pararía de fumar me senté en la terraza.

Cuando la vi llegar todas mis sospechas se hicieron realidad. Mi Adriana, que siempre iba impoluta, preciosa y conjuntada, esta vez se había puesto lo primero que había encontrado. No se había ni peinado, aquí pasaba algo gordo y tenía que averiguarlo.

—Hola, guapa, ¿cómo estás?

—Lo de guapa no lo dirás por mí, ¿no? Porque con las pintas que llevo ya sería ser falsa.

—Es una manera de hablar, y no has contestado a mi segunda pregunta.

—Yo estoy bien, pero hemos venido a hablar de ti.

—Mira, Adriana, lo más importante que me ha pasado es que he conocido a los padres de Lucas, y aunque es una cosa de la que quiero hablar contigo, lo que realmente me gustaría ahora mismo es saber qué te pasa. —Hizo el gesto de levantarse y la agarré del brazo—. Adriana, puedes seguir escondiéndote, pero sabes que al final me lo contarás; además, soy yo, hemos pasado por todo juntas. Cuéntamelo, por favor.

Se dejó caer en la silla y supe que me lo iba a contar. Lo que no esperaba era ver caer por el precioso rostro de mi amiga dos lagrimones que me partieron el alma.

—Joaquín me ha dejado. Cuando digo que me ha dejado no quiero decir

que se ha ido con otra, cosa que tampoco descarto, quiero decir que nos ha dejado a Aitor y a mí.

—No te entiendo, Adriana, ¿cómo va a dejar a Aitor? Es su hijo.

—Por eso estoy así. Si el muy hijo de puta solo me hubiera dejado a mí, aún lo entendería, pero se ha deshecho de todo.

—Adriana, cuéntamelo despacito y por partes, como si fuera imbécil. — Adriana dejó escapar una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Vamos a ver... Hace aproximadamente tres meses que Joaquín se fue de casa a...

—¡Tres meses y me lo cuentas ahora! —No me lo podía creer. Había estado tres meses comiéndose eso ella sola, y yo llamándola cada dos por tres para contarle mis penas. Me sentí un poco imbécil y bastante egoísta.

—Si no dejas de interrumpirme no acabaré ni mañana. Tú ya tenías bastante con lo tuyo. —Iba a replicar, pero me miró de tal forma que preferí callarme—. Te decía que se fue de casa a la República Dominicana, así, sin más. Me dijo que iba a montar allí un negocio. Que estaba muy agobiado de la vida que tenía aquí y que prefería vivir más tranquilo. Eso me lo dijo un sábado a las diez de la mañana y a las dos de la tarde estaba cogiendo un avión. Si me has visto tan mal es porque durante estos meses he tenido que negociar con un montón de kilómetros de distancia la custodia de Aitor. Al final el piso y la custodia de Aitor son para mí, él no ha querido ni ver al niño en vacaciones, nada. —Otra lágrima recorrió su mejilla—. Se ha ido a la otra punta del mundo y nos ha dejado aquí como si no fuéramos para él más que un par de muebles que le estorban para sus nuevos planes.

—Pero ¿cómo se va a ir sin más?

—Esta misma mañana me ha dicho mi abogado que ha renunciado a todo. Con el piso no tenía nada que hacer porque estaba a mi nombre, ya que, como sabes, era de mis padres y además desde que estamos juntos ha trabajado en total ¿cuánto, ocho meses? Que no iba a pedir nada en el plano económico lo tenía claro, ¿pero Aitor?, ha renunciado totalmente a él. No quiere verlo ni en vacaciones, y, si lo miro por la parte más egoísta, así no tendré que estar un mes sin verlo, pero me parece increíble que deje aquí a su hijo y no quiera verlo más. No me entra en la cabeza, ya hay que ser hijo de puta.

Se le estaba empezando a hinchar la vena del cuello, y eso era mala señal, ya que quería decir que estaba enfadada y triste a partes iguales. Podría explotar en cualquier momento. Intenté enfocar el tema en algo más práctico.

—Y ¿qué vas a hacer ahora?

—Pues de momento te aseguro que a partir de mañana volveré a ser la Adriana de siempre. Se acabó vestir sin mirar lo que me pongo; además, tengo a mi madre, que me está ayudando un montón, y si me paro a pensar detenidamente me he quitado un peso de encima.

—Eso no te lo crees ni tú, a mí Joaquín me caía fatal y lo sabes, pero tú lo querías.

—Uff, bonita, hace tanto que tú y yo no hablamos de sentimientos... Yo quise mucho a Joaquín y no lo voy a negar nunca, pero de un tiempo a esta parte... él casi no aparecía por casa, y cuando llegaba todo eran problemas y discusiones. Sabes que cuando me quedé embarazada los dos decidimos tener a Aitor, pero éramos muy jóvenes y a Joaquín se le quedó muy grande el papel de padre, así que desde entonces todo han sido desengaños, y yo estaba muy cansada. Si él no se hubiera ido yo ya tenía preparados los papeles del divorcio, por eso todo ha ido tan rápido.

—Entonces, ¿por qué estás así?

—Porque le ha fallado a Aitor como padre, y eso es algo ante lo que yo no puedo hacer nada. Sabes que tengo un buen trabajo y que cobro bien, a mi hijo no le va a faltar de nada, pero le faltará un padre, y yo eso no se lo puedo dar.

—Adrianita, que tú tienes cojones para ser madre y padre, ¿o si no qué has hecho hasta ahora?

—En eso tienes razón, además no veo a Aitor nada mal. No sé si lo acusará cuando pase el tiempo, pero él me dice que está muy bien, que veía poco a su padre y cuando lo veía solo chillaba y me hacía llorar, así que prefiere que no esté.

—Aitor siempre ha sido un chico listo. Así que te tomo la palabra y mañana te quiero de punta en blanco.

—No te voy a negar que como mujer no sienta muy bien que tu pareja te deje —me miró con sorna—, qué te voy a decir a ti, pero estaba peor por la custodia de Aitor. Si tuviera que pasar meses sin verlo porque se fuera con su padre yo misma me presentaría en la República Dominicana y le cortaba las pelotas a ese cabrón.

—No esperaba menos de ti.

—Ha sido un gilipollas; bueno, en realidad se ha comportado como siempre, pero es que ha renunciado a todo. A mí me falta mi padre desde hace cinco años y no pasa un día que no lo eche de menos, pero ¿sabes qué?

—no me dejó contestar—, que yo veré a mi hijo crecer, y él se lo perderá absolutamente todo. —La voz se le rompió por la emoción y supe que si Adriana ya era una mujer fuerte a partir de ahora sería un puñetero tanque.

—Qué complicado es todo, Lucía; aún recuerdo cuando nuestro único problema era la ropa que nos íbamos a poner para salir.

—Sí, o si teníamos dinero suficiente para dos cubatas —no pude evitar sonreír al recordar los viejos tiempos—, o cuando te querías escapar con aquel tío a los quince años porque decías estar perdidamente enamorada.

—Es que lo estaba. —Y lo dijo tan sería que se me escapó una carcajada—. No te rías, Lucía; era el único hombre al que he querido de verdad en mi vida.

—¡Pero si tenías quince años!

—¿Y qué? Lo quería, era mi *diario de Noah*, aunque sin la madre pesada, y sin dinero de por medio. Eran otros tiempos, no había móviles ni nada para poder volver a ponernos en contacto. Y yo tenía quince años, ni se me pasó por la cabeza pedirle su dirección, que ahora que lo pienso ya hay que ser imbécil.

—Estaba allí, ¿lo recuerdas? Creo que la frase «soy una imbécil por no darle mi dirección» la dijiste solo un millón de veces. —Me acordé de ese tiempo con una sonrisa nostálgica—. Estabas totalmente colada por aquel chico, y encima creo que me dijiste que por aquel entonces vivíais cerca.

—Sí, pero no lo volví a ver más. Cosas del destino. También fue cosa del destino que no nos pillaran ese fin de semana que nos escapamos con aquellos dos tíos, de los que ya no recuerdo ni los nombres.

—¡Madre mía! Ya ni me acordaba, les dijimos a nuestros padres que pasaríamos el fin de semana una en casa de la otra. Fue un milagro que no nos pillaran.

—Yo creo que mi madre sí que me pilló, pero se hizo muy bien la tonta.

—Qué tiempos, si te paras a pensar hemos pasado por un montón de cosas juntas.

—Sí, nos hemos puesto de acuerdo hasta para que nos dejen nuestras parejas.

Se hizo un silencio entre nosotras y yo pensé lo duro que sería para Adriana rehacer su vida, no solo porque tenía un niño de nueve años, sino porque llevaba toda la vida con Joaquín, aunque verdaderamente su pareja no era una persona con la que se pudiera contar. Tenía toda la razón al afirmar que estaría mejor sin él. Yo lo tenía clarísimo.

—Ahora hablando en serio, sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, no hace falta ni que te lo diga.

—Lo sé. Por eso he puesto en mi testamento que si me pasa algo tú serías la persona que tendría la custodia de Aitor, compartida con mi madre, claro. —Me puse blanca y ella se dio cuenta, porque soltó una carcajada—. No empieces a darle vueltas a tu cabecita, que te conozco; no me pasa nada, estoy sanísima, solo es por si me muero o algo.

Adriana podía hablar de la muerte sin que le afectara lo más mínimo, pero a mí ese tema me estaba resultando de lo más incómodo.

—Por un momento me has acojonado mucho, pensaba que te pasaba algo.

—Lo sé. Te conozco muy bien y sé perfectamente cómo funciona esa cabecita tuya. No me pasa absolutamente nada. Pero al arreglar el divorcio me di cuenta de que si yo faltaba Aitor no tendría a nadie. Está mi madre, pero ya sabes la enfermedad que tiene, así que pensé en ti. —No pudo continuar hablando.

—Sabes que quiero a Aitor con locura, así que será un auténtico placer hacerme cargo de él. Pero no te va a pasar nada. Así que cambiemos de tema.

Estuvimos un buen rato hablando de los viejos tiempos, y de los nuevos también. Le expliqué que había conocido a los padres de Lucas.

—Ay, Lucía, te veo jodida de verdad. Ya estás totalmente colada por Lucas, supongo que eres consciente.

—No estoy tan colada. —Adriana soltó una carcajada, cómo odiaba que me conociera tan bien.

—Yo lo único que espero es no verme en tu situación durante mucho tiempo, quiero a los hombres muy lejos de mí una buena temporada.

—No hables muy alto, que ya sabes lo que pasa.

—Te aseguro que lo último que quiero es verme en una relación de pareja, agobiada por si él siente lo mismo que yo y toda esa mierda. No quiero volver a empezar, me da mucha pereza.

—Pero cuando encuentras a alguien no se trata de querer o no querer, pasa y ya está.

—Mira, bonita, tú sigue colgada de tu bomboncito y a mí déjame en paz como estoy.

En esos momentos no lo sabía, pero cómo se iba a tragar Adriana esas palabras, y cómo se las recordaría yo siempre.

TRES SON MULTITUD

Llovía a mares, me había puesto empapada y era uno de esos días de mierda en los que nada te sale bien.

Había salido tardísimo del trabajo y le había dicho a Lucas que esa noche me iría a mi casa, pero me pidió que me quedara en la suya y durmiera con él. Pensé que sería la manera de arreglar mi día; sin embargo, justo cuando salí del colegio empezó a llover como si tiraran el agua con cubos, así que con lo que tardé en llegar al coche me puse chorreando.

Estuve dando vueltas bastante rato, hasta que conseguí aparcar en la otra punta de casa de Lucas, con lo que llegué a su puerta calada hasta los huesos. Justo cuando llegaba al portal estaba abriendo un señor muy agradable con el que había coincidido varias veces y entré corriendo.

—¡Vaya día! —Me salió una voz mucho más irritable de lo que pretendía, el pobre hombre no tenía la culpa del tiempo que hacía.

—Sí, la verdad es que se ha cerrado el día, pero viene bien, hacía muchas semanas que no llovía. —A mí me parecía genial que lloviera, hacía mucha falta y todo eso, pero ¿no podría diluviar cuando yo estuviera en casa, a ser posible en el sofá y con una mantita?

Subimos juntos en el ascensor, pero yo salí antes. Me despedí y me fui directa a la puerta de Lucas, necesitaba un baño calentito (estaba helada) y ropa seca (menos mal que me dejaba siempre algunas prendas en su casa).

Piqué al timbre mientras me miraba los zapatos, pensando que quizá tendría que tirarlos, estaban chorreando y no eran de muy buena calidad. La puerta se abrió y yo me quedé sin respiración. Allí estaba Susana, con su pelo suelto despeinado, como si acabara de echar un polvo de los que hacen historia. Tenía puesta una camisa de Lucas, y nada más, ni siquiera llevaba zapatos; nada, solo una camisa. Estaba preciosa, la prenda le quedaba

exactamente igual que a las modelos que salen por la televisión. Todo eso pensé mientras levantaba la mano y le pegaba una bofetada de esas que ves en las películas, con las que giras hasta la cabeza. Es verdad que ella no tenía culpa, era libre y podía hacer lo que le diera la gana, pero no estaba yo para pensar mucho las cosas.

—Repártela con él.

Di media vuelta y salí de allí lo más rápido que pude; ya ni siquiera me daba cuenta de que estaba mojada, solo quería llegar a casa y meterme en la cama. En lo que duró el trayecto en mi móvil había diez llamadas perdidas de Lucas, pero, al igual que me pasó con Jordi, no quería explicaciones.

Cuando llegué a casa Daniela no estaba, así que cogí una maleta, la llené sin saber lo que metía y dejé una nota para ella diciéndole más o menos lo que había pasado y explicándole que me iba unos días a casa de mis padres, pero que por favor no le dijera nada a Lucas. Luego ya la llamaría y hablaría con ella

También llamé al colegio y me tomé unos días personales de esos que no cogía nunca, ni siquiera durante el divorcio. Hasta al coordinador le pareció raro, pero no hizo preguntas, menos mal.

Era un comportamiento de lo más infantil y sabía que huyendo no solucionaría nada, pero necesitaba escapar de allí, tenía la sensación de que me ahogaba, y solo quería meterme en la cama y no pensar en nada (algo totalmente imposible). No quería enfrentarme a la situación y mucho menos oír ninguna de las excusas o explicaciones que Lucas me pudiera dar.

¿Era posible pasar dos veces por la misma situación?, por lo visto había hecho algo muy malo y el maldito karma se estaba ensañando conmigo.

Empecé a conducir sin saber muy bien qué hacía. Llovía mucho y se estaba haciendo de noche, así que llamé a mi hermana para tranquilizarla.

—Lucía, ¿se puede saber qué pasa? Al poco de llegar yo ha aparecido Lucas hecho un manojo de nervios, casi no entendía nada de lo que me decía. ¿Dónde estás?, ¿te encuentras bien? Llueve mucho, ¿quieres que te vaya a buscar?

—No te preocupes, estoy bien. Te he dejado una nota explicándote un poco todo, por lo que veo no la has leído, está enganchada en la nevera. He parado en un hotel para pasar la noche y ya he avisado a los papás. —En realidad había parado porque sabía que me vendría abajo y prefería que fuera estando sola—. Mañana ya conduciré más tranquila.

—Lucía, sabes que yo nunca me meto en nada, pero ¿no crees que

deberías hablar con Lucas?

—Creo que no, quedó todo bastante claro.

—No sé, yo no lo veo muy bien, podrías dejar que te lo explicara.

—No quiero explicaciones de nada, Daniela. Ahora solo quiero descansar, ha sido un día duro. —Por decirlo de alguna manera, y yo que pensaba que hasta el momento de llegar a casa de Lucas había sido un día de mierda; ingenua, ahora sí que era un día de MIERDA en mayúsculas.

Cuando entré en la habitación del hotel, todo se me cayó encima. Aunque tenía claras dos cosas: la primera, que ese dolor que sentía entonces acabaría pasando, si se me había pasado la primera vez también esta vez pasaría; y la segunda, que había sido una imbécil al volver a enamorarme, y encima esta vez dolía infinitamente más que con Jordi. Supongo que se debía a que con Jordi llevaba más años, pero la cosa estaba ya mal. Sin embargo, con Lucas estábamos apenas empezando y todo era perfecto. Hasta aquel día, claro.

La otra cosa que llevaba fatal era que los dos últimos hombres que habían pasado por mi vida no se hubieran molestado ni en dejarme; ¿tan difícil era decir «mira, que te dejo, que he conocido a alguien» sin tener que pasar por la humillación de verlos con otras estando conmigo?

Sobre el mediodía llegué a casa de mis padres. Me mimaron y me cuidaron como yo necesitaba, pero con tanta preocupación que me hacían pasarlo mal. Intenté animarme un poco, pero fue muy difícil; incluso mi madre me dijo:

—Deja de intentar demostrar que estás bien... Estás hecha polvo, no hace falta que encima te esfuerces en hacernos ver lo contrario, yo lo sé bien.

—Madres, nadie te conoce mejor que ellas.

Pasé unos días desconectada de todos y de todo, lamiendo mis heridas y dándole muchas vueltas a la cabeza. El paréntesis me sentó de maravilla, dormí mucho y comí muy poco (otra ruptura más y llegaría a mi peso ideal, si seguía viva, claro).

Cuando salí del pueblo y conseguí tener cobertura, encendí el móvil. Me sorprendí al ver que solo tenía una llamada de Lucas. Solo una. Se había cansado pronto de insistir. Quizá no quería darme ninguna explicación, se había hartado de mí y había vuelto con Susana, eso era todo. ¡En fin! Eso era lo que había; si había aprendido algo de mi divorcio era que de nada sirve lamentarse mucho tiempo, si alguien no quiere estar contigo no se le puede obligar. Lo único que yo pedía era que me lo hicieran saber antes de pillarlos;

creo que no exigía tanto, ¿no?

Tendría que rehacer mi vida otra vez (como si fuera tan fácil), solo que ya prefería estar sola. Intentaría no acercarme mucho a ningún hombre en bastante tiempo.

MÁS DE LOS MISMO

Volví al trabajo y a mi vida normal (bueno, con normal quiero decir a después del divorcio y de Lucas; todo lo normal que me quedaba, pasado todo eso).

Corría con Daniela todas las mañanas. Intenté no dejarme, como me pasó con Jordi, y cuando digo esto no me refiero a que lo hiciera por nadie, lo hacía por mí, ya estaba bastante destrozada por dentro para también estarlo por fuera. Me esforzaba incluso en salir a cenar de vez en cuando con mi hermana. Mi madre tenía razón, esforzarse tanto era agotador.

No volví a ver a Lucas ni a saber nada de él (ni un triste mensaje) en las siguientes semanas. Durante ese tiempo intenté parecer lo más normal posible, pero por dentro estaba fatal. Con Jordi creí que lo pasaba mal, pero no era ni una décima parte de lo que me estaba costando superar lo de Lucas.

Una de esas noches me disponía a arreglarme para salir con Adriana. Habíamos quedado para ponernos un poco al día; hablábamos mucho por teléfono, pero nos veíamos menos de lo que nos gustaría. Oí el timbre y una conversación en el salón, y tuve un mal presentimiento, como si aquello ya lo hubiera vivido. Me asomé con el bolso y todo, por si tenía que salir corriendo. No soy una persona con mucha intuición, como siempre lo hago todo sin pensar, no me da tiempo a intuir nada, pero esa noche algo pasaba, ni yo sabía el qué. Daniela estaba hablando con un chico que no conocía.

—Mira, Lucía, este es Gabriel, trabaja conmigo en el bufete. Han venido para acabar una cosa del trabajo. —Ese «han» resonó en mi cabeza.

Justo en ese momento salió Lucas de la cocina. Pensaba que no sería capaz ni siquiera de hablar; me dolía y no sabía bien el qué, pero era un dolor tan profundo que a punto estuve de soltar un gemido. No me saludó, ni siquiera me miró, encima iría él de indignado. ¡Había que joderse!

—Encantada de conocerte, Gabriel. Daniela, me voy, que me están esperando. —Di media vuelta y me fui de allí lo más digna que pude.

Todavía hoy no recuerdo bien cómo llegué al restaurante, ni el camino, ni el aparcamiento; nada, no recuerdo nada (lo de la pérdida de memoria era algo que por aquel entonces empezaba a preocuparme, pues me pasaba con frecuencia). Adriana ya estaba allí esperándome.

—¡Hola, Lucía!, ¡qué guapa estás! —Que esto te lo diga una tía impresionante, rubia, alta, de ojos azules y con un cuerpo en el que aún hoy me pregunto dónde tenía metido a Aitor no consuela mucho. No es por que sea mi amiga, Adriana es una de esas mujeres ante las que los hombres se giran para mirarlas, siempre ha tenido mucho éxito con el sexo opuesto. Y ahora por fin volvía a ser ella, arreglada, conjuntada e impresionante.

—Anda, calla, tú estás como siempre, increíble; bueno, como siempre no, que hace unas semanas estabas hecha un asco. —Cuando me abrazó, a punto estuve de ponerme a llorar, era de esos abrazos que no sabías que te hacían tanta falta hasta que te los dan y notas cuánto lo echabas de menos.

Habíamos hablado mucho por teléfono y le había explicado lo que me había pasado con Lucas, pero yo tenía clarísimo que estaba esperando a verme para echarme la bronca. Lo que no tenía tan claro era por qué sería dicha bronca.

—Perdona que te lo diga, Lucía, bonita, pero eres imbécil profunda. — Ahí estaba. Adriana nunca iba con rodeos—. Entiendo perfectamente que no lucharas por Jordi, total, era gilipollas, pero con Lucas te has rendido a la primera, no solo sin luchar, sino sin darle la más mínima oportunidad.

—¡Lo pillé con otra!, ¿qué oportunidad querías que le diera? —En ese punto alcé la voz.

—A explicarse, nadie es culpable hasta que se demuestra lo contrario.

—¿Querías más pruebas, señora abogada? Además, ¿desde cuándo tú haces de abogada del diablo? ¡Tu amiga soy yo!

—Desde que te has vuelto idiota. En realidad, no fue como con Jordi, no los pillaste in fraganti. —Habría sido más difícil, no tenía llaves de casa de Lucas, pero estoy segura de que, si hubiera llegado media hora antes y con llaves, los habría pillado en plena faena.

—No hizo falta.

—Bueno, Lucía, te conozco muy bien y cuando se te mete algo en la cabeza es muy difícil hacerte cambiar de idea, tú sabrás.

—¿Yo sabré qué? —La odiaba cuando se ponía en ese plan.

—¿Eres feliz? —Adriana a veces te hacía ese tipo de preguntas, que te descolocaban totalmente.

—No, pero lo seré.

—Yo creo que dejaste escapar una oportunidad buenísima para serlo.

—Yo creo que la oportunidad se fue sola; bueno, sola no, con una rubia despampanante.

—Lo dicho, Lucía, cuando te pones así no hay quien te haga entrar en razón, así que mejor cambiamos de tema. ¿Has empezado algo ya con ese tal Sergio? —Así es Adriana, directa al grano.

—Pero si estoy hecha polvo, no consigo pensar en otra cosa que no sea Lucas, ¿cómo voy a empezar algo con Sergio?

—Bueno, ya sabes el refrán: «un clavo saca a otro clavo», o algo así, y la verdad es que yo quería ser fina, pero como sabes que no lo soy te vuelvo a hacer la pregunta: ¿ya te lo has follado?

—No, Adriana, no me lo he follado y tampoco tengo ninguna intención de hacerlo. Al menos por el momento. —Ni por el momento ni nunca, pero si le decía eso a Adriana no dejaría de darme el coñazo.

—Pues no entiendo por qué, Daniela dice que está buenísimo. Vamos, Lucía, dale una alegría al cuerpo. Y si no te apetece dame el teléfono a mí. —Puso una carita de buena que no se la creía ni ella.

—Cuando quieras te lo doy.

—Pues mira, ya te digo yo que me levantaría mucho más contenta si me pudiera calzar al Sergio ese. —No pude evitar sonreír; si Sergio la viera fliparía, la verdad era que harían muy buena pareja—. Además, ahora soy una mujer libre, no podía decir eso desde hace tantos años que aún no acabo de creérmelo. ¿Te das cuenta de que solo me he acostado con dos tíos en mi vida? —Lo dijo muy seria y con una cara de sorpresa total, como si acabara de darse cuenta de ese hecho. No pude evitar reír a carcajadas; hasta a mí me sorprendió oírme, hacía mucho tiempo que no me reía así.

Me despedí de Adriana a las tantas y con más copas encima de las que me gustaría. Habíamos ido a tomar algo a un local que habían abierto nuevo y salí de allí con los números de teléfono de dos chicos bastante monos. Eso le fue bien a mi autoestima; no conseguía aguantar a un hombre a mi lado mucho tiempo, pero, oye, por lo menos gustaba, quien no se consuela es porque no quiere. También era verdad que si comparaba mis dos números de teléfono con los diez que consiguió Adriana la cosa era para deprimirse, pero la terapia con ella era estupenda. Al final siempre acabábamos recordando

viejos tiempos y riendo a carcajadas, así que decidimos hacer un juramento ético e intentar vernos como mínimo una vez a la semana.

EL ACCIDENTE

Había pasado el día bastante mejor de lo que pensaba, dada la cantidad de alcohol que ingerí la noche anterior. En mi descanso de mediodía llamé a Adriana y solo le faltó llorar. Menos mal que yo digería el alcohol mejor, o por lo menos en esa ocasión no me encontraba tan mal.

A la salida del trabajo encendí el móvil y vi que tenía tres llamadas de Fran. Me extrañó muchísimo, así que lo llamé, pero no me lo cogió. Justo cuando guardaba el teléfono en el bolso volvió a sonar. Era Fran.

—Dichosos los oídos, ¿qué te ha pasado para que me llames con tanta insistencia?

—A mí nada. Es Lucas, ha tenido un accidente con la moto. —No me di cuenta de que me había parado en medio de la calle hasta que varias personas chocaron conmigo. Las piernas me temblaban, así que decidí sentarme en un banco—. No me han dicho gran cosa. Un coche se ha saltado un stop y se lo ha comido, ahora mismo lo están operando. Te he llamado porque he pensado que te gustaría saberlo.

—Gracias. —Las palabras se habían atascado en mi boca y no me salían

—De nada, Lucía. Cuídate.

Todo lo que hice después fue casi sin pensar. Llamé a Adriana para que fuera conmigo al hospital, pero tenía médico con Aitor y no podía acompañarme. Le mandé un wasap a Fran para saber en qué hospital estaba y me fui hacia allí sola.

Al llegar supe que mi decisión no había sido la más acertada. Estaba toda su familia. Su madre, muy afectada, no paraba de llorar, y yo no puedo ver a la gente llorar porque la sigo casi en el acto, por lo que tuve que hacer un verdadero esfuerzo cuando se enganchó a mi cuello llorando. El padre y la hermana estaban más tranquilos (no mucho, pero sí un poco más); aún no

sabían la gravedad de las heridas de Lucas y preferían ser prudentes.

Llevaba casi dos horas en el hospital cuando salió un médico y preguntó por los familiares de Lucas. Sus padres y su hermana se fueron con el médico y yo me fui a la máquina expendedora a beberme ese brebaje que llaman café (no me hacía ningún bien tomar café, pero era por mantenerme ocupada). Cuando acabé de ponerle extra de azúcar me di la vuelta y casi me choqué con Susana, y entonces sí que pensé qué coño hacía yo allí. En cuanto salieran los padres de Lucas y me dijeran cómo estaba me iba a mi casa.

—Hola, Lucía. Quizá no es el mejor momento, pero me gustaría hablar contigo.

—Tienes razón, no es el mejor momento.

Me cogió el vaso de café y lo tiró a la papelera, me miró, me guiñó un ojo, se dio la vuelta y me dijo:

—Vamos al bar, ese café no hay quien se lo beba. —En eso tenía razón.

Aún hoy no sé bien por qué, pero me callé y la seguí hasta el bar. Mientras iba detrás de ella no pude evitar pensar que hasta para ir a un hospital tenía que vestirse como si fuera de boda. Yo llevaba la ropa y la pintura que me había puesto esa mañana, y mejor que no me mirara al espejo.

Se sentó enfrente de mí y pidió dos cortados. No podía parar de pensar que me encantaría tener su seguridad.

—Mira, no soy de andarme con rodeos, así que voy a ir directa al grano. —Ya éramos dos—. Me gusta Lucas, me gusta desde hace bastante tiempo —llegadas a ese punto creo que me encogí un poco en la silla—, pero está claro que yo a él no. Te voy a dar una explicación que no me has pedido, ni yo estoy segura de que te quiera dar, ya que solo servirá para cerrar cualquier oportunidad que tengo de volver con él. Aunque como esa oportunidad es mínima tampoco me juego tanto. —Me sonrió, y pensé que si esa chica sonriera más a menudo tendría a media humanidad postrada a sus pies—. El día que me viste en casa de Lucas...

—No quiero saber nada de ese día. —Me levanté de la silla, pero ella me cogió de la mano para volver a sentarme.

—Ya lo sé, pero te vas a sentar y vas a escuchar lo que tengo que decirte. Lucas por lo menos se merece que sepas la verdad, y que te quede muy claro que no lo hago por ti. Quizá si no estuviéramos aquí tampoco te lo hubiera dicho nunca, pero el accidente de Lucas me ha hecho pensar y creo que se lo merece —lo dijo con tal autoridad que me tuve que volver a sentar en la silla. ¡Maldita zorra!

—Como te iba diciendo, el día que me viste en casa de Lucas yo tenía toda la intención de acostarme con él. —Se me revolviéron las tripas—. No te voy a engañar, te lo voy a contar todo como pasó. Llovía mucho y la casa de Lucas está al lado de mi trabajo. Al salir pensé que si me pasaba por su casa con la excusa de estar empapada una cosa llevaría a la otra..., pero cuando llegué me recibió de muy malos modos, me dio una camisa para que me cambiara y poder poner una secadora con mi ropa. Al entrar en su habitación decidí quitarme toda la ropa, hasta la interior. Ya te he dicho que iba a por todas, pero cuando salí de la habitación Lucas no aparecía por ningún sitio. Entonces llamaron a la puerta; yo pensaba que era él, que había salido a buscar algo, pero cuando abrí me encontré contigo y con la bofetada que me diste. Todavía no entiendo cómo no os cruzasteis por el camino, supongo que Lucas bajó por las escaleras. —Lucas siempre bajaba por las escaleras. A medida que Susana iba hablando yo me iba sintiendo peor; ¿sería posible que todo fuera un cúmulo de casualidades?—. Lucas llegó casi una hora después, y yo ya estaba vestida. Le expliqué lo que había pasado y nunca lo había visto tan alterado, entonces supe que nunca lo recuperaría, Lucas ya era tuyo. Lo que pasa es que luego te comportaste como una imbécil. Ni siquiera quisiste escucharlo, y parece que tú también lo has perdido.

Qué maja la chica, me entraron ganas de darle una hostia en la otra mejilla. Lo malo era que tenía razón, me había comportado como una auténtica imbécil, pero ¿cómo iba yo a imaginarme algo así?

Su ex estaba en su casa a una hora que no me esperaba, muy muy ligera de ropa, así que, para variar, no me paré a pensar y actué. Madre mía, la que había liado por no parame a recapacitar un poquito.

Susana carraspeó y me di cuenta de dónde estaba.

—Creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir, ahora solo espero que sepas aprovechar la información.

—Gracias.

—No lo he hecho por ti. Y ahora que las cosas se han aclarado es hora de subir a ver si ya ha salido la familia de Lucas y podemos saber cómo está.

Al final todo había resultado mucho más aparatoso de lo que era en realidad. A Lucas lo habían operado de una pierna y la intervención había ido muy bien, también tenía contusiones y alguna costilla rota. El médico les dijo a sus padres que eso no era nada para lo que podía haber pasado.

Empezaba a irse todo el mundo. Me despedí y me estaba dirigiendo a la puerta cuando noté una mano en mi hombro. Era la madre de Lucas.

—Hola, Lucía. Ahora que ya sé que mi niño está bien puedo hablar más tranquila.

—Es normal, menudo susto.

—Pues sí, solo quería decirte que Lucas te echa mucho de menos. Él es tan cabezón que no te lo dirá, pero yo soy su madre y lo sé. Así que vuelve a nuestra casa cuando quieras.

—Muchas gracias, lo intentaré, de verdad.

—Eso espero, porque si no tenemos pendiente un *bloody Mary*. —Me sonrió de una manera tan dulce que se me hizo un nudo en la garganta.

Tendría que volver por la mañana e intentar hablar con Lucas, y conociéndolo no me lo pondría nada fácil.

PERDÓN

Como había sido una imbécil, me tocaba hacer una cosa que odio pero que era necesaria: pedir perdón. Después de hablar con Susana me di cuenta de que le debía a Lucas una disculpa y allí estaba, en la puerta de la habitación del hospital, dándome ánimos a mí misma para entrar. Pensé que aquello era como cuando te tenías que quitar una tirita: rápido duele menos.

Al abrir la puerta no pude evitar sonreír. Lucas estaba impresionante incluso en la cama de un hospital, y lo más importante era que estaba solo.

—Hola, Lucas. —No sabía por dónde empezar.

—Hola. —Su voz sonó helada. No lo tenía nada fácil.

—¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor, tengo ganas de salir ya de aquí. —Se encontraba de mal humor, ¡genial!

—Verás, yo he venido a pedirte perdón. Siento haberme comportado así, me da mucha pena que por mi cabezonería hayamos acabado con algo que valía la pena. —Mis ojos se humedecieron y me callé, tampoco era plan de ponerme a llorar.

—No te equivoques, Lucía, con lo nuestro has acabado tú solita. Lo que más rabia me da es que a Susana sí le diste la oportunidad de hablar. Yo no pude ni siquiera explicarme, pero con ella tuviste una conversación.

—Lucas, de verdad que lo siento, debí dejar que hablaras conmigo.

—Sí, sí que debiste, pero ahora ya da igual, no voy a seguir con una persona que es totalmente incapaz de confiar en mí, con la que ni siquiera puedo hablar cuando siente esa desconfianza. Mira, Lucía, yo te entiendo, la situación daba que pensar, pero es que estoy seguro de que, aunque te hubiera explicado la verdad, tú tampoco me habrías creído, y yo no puedo estar con alguien que va a dudar de mí siempre. Te pasó una vez y yo entiendo que

sufriste mucho, pero ni yo soy tu ex ni nosotros teníamos ese tipo de relación. No tuve contigo ni la más mínima oportunidad, no dejaste que lo nuestro funcionara, habrías buscado cualquier excusa para alejarte de mí. Me da la sensación de que estoy pagando lo que otro hizo.

—Eso no es verdad, yo no quería alejarme de ti.

—Pues lo hiciste a la primera de cambio. —Tenía razón, había dado por hecho que eso era así, que me había engañado con otra y ya está, pero es que todo parecía tan claro..., estaba hecha un lío. No sabía qué más decirle, así que me levanté.

—Me voy. Lucas, siento lo que nos ha pasado. —Tenía que salir de allí o me pondría a llorar.

—Yo también lo siento. Cuídate mucho, Lucía.

Aún no había cerrado la puerta y ya lloraba. Me fui directa a casa, me puse un pijama, me metí en la cama y me harté de llorar. Lucas me había dejado claro que lo nuestro no tenía arreglo y que se había acabado. Lloraba por todo, por lo que pudo ser y no fue, por lo imbécil que fui, por la pena que me daba que se acabara y porque él había sido incapaz de darme otra oportunidad. Lloré, lloré y lloré. Aún no sé cómo me quedaban lágrimas

A la mañana siguiente intenté ocultar mi hinchazón de ojos con un poco de maquillaje, pero ni con esas. En el trabajo nadie me preguntó nada, con la racha que llevaba parecía lo más normal del mundo que mis ojos estuvieran hinchados de llorar. Bueno, nadie no. Sergio me invitó a comer y yo acepté, no me apetecía quedarme en el colegio, necesitaba aire.

Fuimos al mismo restaurante de la otra vez. Era imposible que me encontrara con Lucas, pues ese día le daban el alta, pero tendría que guardar reposo. Eso lo sabía porque mi hermana dejaba caer este tipo de información siempre que podía y me mantenía al tanto de todo, sin que yo le preguntara nada.

—Lucía, no puedes seguir así, al final te vas a poner mala; deja ya de llorar, por favor. —Una lágrima se me escapó por la mejilla, y me dio una rabia infinita no poder enamorarme de Sergio. Era guapísimo; ojos claros, cuerpo de infarto, pelo castaño claro, y encima era un encanto conmigo, se había portado como un auténtico amigo. Quizá si me esforzara un poco acabaría gustándome, ¿no?

—Lo sé, Sergio, te prometo que lo voy a intentar. Lucas me ha dejado las cosas muy claras y no voy a seguir llorando por alguien que no quiere estar conmigo —lo dije todo del tirón y cuando acabé de hablar me di cuenta

de que era verdad. Se acabó el llorar por Lucas, había tenido un porcentaje de lágrimas más mayor que cualquier otra persona, así que ya estaba bien.

—¿Te apetece ir al cine esta noche?, dicen que ponen una peli que está muy bien. —Pobrecillo, se le iluminaron los ojos, y yo pensé: «Lucía, no la cagues con Sergio, que este sí vale la pena».

—¿Estás segura, Lucía? No te decía nada de esto para que quedaras conmigo.

—Mira, Sergio, no te prometo nada, solo que podemos quedar para ir al cine, en principio como amigos y luego ya iremos viendo. —¿De verdad era yo la que decía eso? Una cosa era no llorar más por Lucas y otra invitar al cine a Sergio. Me estaba precipitando y era muy consciente de ello.

—No, si por mí perfecto, ¿te paso a buscar a las nueve?

—Vale, a las nueve está bien. —La que no estaba bien era yo, pero quería intentarlo con un hombre como Sergio. Sin embargo, que todo aquello supusiera un esfuerzo para mí no era nada bueno.

A las ocho y media ya estaba lista, y no porque estuviera impaciente, sino porque me puse lo primero que encontré en el armario, me maquillé y peiné un poco y lista (definitivamente aquello no era buena señal, pero me había propuesto al menos intentarlo).

En ese momento entró mi hermana con José y yo me quedé paralizada; ¿qué pasaba allí? ¿Qué hacía José en casa con mi hermana?, ¿se habrían liado?

—Hola, Lucía, vamos a ir a ver a Lucas a su casa, ya le han dado el alta. —¡Genial!, mi hermana parecía muy contenta, José no tanto. Preguntó dónde estaba el lavabo y desapareció—. Y tú, ¿dónde vas tan guapa? —¿En serio estaba guapa?

—He quedado con Sergio para ir al cine. —Mi hermana giró la cabeza de golpe.

—¿Pero qué dices, Lucía?, ¿qué intentas hacer? Sergio no te gusta; no entiendo por qué, pero no te gusta.

—Estoy intentando darle una oportunidad, creo que es un chico que vale la pena.

—Si no digo yo que no, pero ¿estás segura?

—No, la verdad es que no, pero ya veremos qué pasa.

—Tú sabrás lo que haces, Lucía, aunque, si quieres mi opinión, no me parece buena idea. —Gracias, pero no se la había pedido.

Cuando llegamos al cine, yo ya quería volverme a casa. Me había

equivocado. Lo que yo me había planteado como dos amigos que van a ver una peli para Sergio era una cita en toda regla, y me estaba poniendo nerviosa.

Tuve que esquivar su mano en varias ocasiones e ir al lavabo otra vez para no ser borde, al fin y al cabo, me había metido en aquello yo solita.

Lo peor estaba por llegar, pues Sergio no era una persona precisamente desconocida para mí. Había estado en casa de Daniela un montón de veces, por eso cuando aparcó el coche y me acompañó hasta la puerta yo ya no sabía dónde meterme.

Una vez arriba le pregunté si quería tomar algo. Le serví una copa y la mía me la puse doble, estaba histérica.

—Lucía, ¿quieres relajarte? No me como a nadie. —Me sonrió y me guiñó un ojo, lo cual solo sirvió para ponerme más nerviosa.

Cuando acabó la copa la dejó encima de la mesita del sofá y se acercó a mí. No sabía qué hacer, y antes de que pudiera huir, puso su boca sobre la mía. Que yo no estaba preparada para eso estaba claro, me puse rígida y no supe reaccionar. En ese momento se abrió la puerta y entró mi hermana con José; ¡gracias por existir, Daniela! Pero ¿qué hacía José otra vez en casa? Me separé de Sergio al momento, y mi hermana me miró con mala cara.

Acompañé a Sergio a la puerta, había sido todo muy violento y me sabía mal; nos veíamos todos los días en el trabajo y no quería malos rollos.

—Sergio, lo siento, yo... —No me dejó acabar.

—No pasa nada, Lucía, pero sé cuándo las cosas no pueden ser, ya me he cansado de intentarlo. La reacción que has tenido al beso me lo ha dejado todo bastante claro.

—Lo siento. —No sabía qué más decir.

—No pasa nada, hay cosas que no pueden ser y ya está. —Me acarició la mejilla y a mí me dio pena que no pudiera ser.

—¿Seguimos siendo amigos?

—Claro. — Me sentí fatal.

¿HACEMOS UN TRATO?

Por fin volví al trabajo, necesitaba mantener la mente ocupada. Estaba hasta los huevos del reposo. Intenté llegar al ascensor, lo más rápido que pude con las muletas. Dentro estaba José y al verme me esperó.

—Gracias, tío, no controlo muy bien las jodidas muletas. —Me miró como siempre, con una expresión incluso diría que de asco, y ni me contestó. No sabía qué le pasaba a ese tío conmigo.

Ya casi habíamos llegado cuando el ascensor se paró. Tardamos un rato en entender que se había ido la luz del edificio, nos dijeron que nos sacarían lo antes posible. Por si acaso tardaban mucho me senté en el suelo, aguantarme en una sola pierna era un poco jodido. José estuvo un rato más de pie hasta que decidió hacer lo mismo que yo y sentarse en el suelo. Estupendo, me tenía que quedar encerrado en el ascensor con el tío más «majo» de todo el bufete. ¡Bienvenido al trabajo, Lucas!

—No sé si te di ayer las gracias por venir a verme a casa. —A lo mejor siendo amable rompíamos un poco el hielo.

—Sí, me las diste. —José era perfecto para entablar una conversación, además de supersimpático.

—Oye, José, ¿te pasa algo conmigo o eres así de amable con todo el mundo? Daniela dice... —No me dejó acabar.

—Me gustaría no meter a Daniela en esta conversación, gracias. —Lo vi apretar la mandíbula y pensé: «qué agradable el chico»; aún no entendía qué había visto Daniela en él para que le gustara.

—No te la mereces. —No quería decir eso, pero se me escapó. Era lo que sentía de verdad, Daniela se merecía a un tío mucho más majo, no a ese gilipollas, que encima era un borde.

—¿A quién no me merezco? —A ver cómo salía yo de aquella; Daniela

era un encanto, pero si se enteraba de que le había dicho a José que le gustaba me mataba fijo.

—A nadie, déjalo.

*—Por lo menos cuando hables acaba lo que dices, y si no no lo digas. —
Qué guantazo tenía el niño.*

—A Daniela, no te mereces a Daniela. —¡Ya lo había soltado!

—¿Cómo dices? —A su favor diré que su cara era un poema, empezaba a ponerse bastante blanco.

—¿Qué pasa, que encima eres sordo?, me has oído perfectamente. Me gustaría que se hubiera fijado en otro, tú me caes bastante mal y Daniela te da veinte vueltas.

—Espera un momento, que me estoy perdiendo. ¿Me estás diciendo que Daniela y tú no estáis juntos?

—Te veo un poco despistado, chaval, yo con quien salgo es con Lucía, su hermana. —O, mejor dicho, salía, pero eso pensaba arreglarlo pronto.

—No te quedas conmigo. Lucía estaba ayer comiéndose la boca con un tío en el salón de casa de Daniela.

Me empezaron a pitar los oídos. Eso era imposible, solo hacía unos días que había ido al hospital a pedirme perdón. Había elegido un muy mal día para ir, yo tenía un humor de perros, en parte debido a ella. Me reventó que hablara con Susana, que la escuchara, que la creyera y que a mí no me diera la más mínima opción. Por eso le hablé de aquella manera, quería que se sintiera rechazada como me había sentido yo las últimas semanas. Cuando con las primeras cinco llamadas no me cogió el teléfono, supe que no había nada que hacer. No me escucharía, no me daría ninguna oportunidad, y yo quería que ella se sintiera así, sin otra oportunidad, pero una cosa era lo que yo quería que sintiera y otra muy diferente que estuviera saliendo con alguien ¡YA! Puto karma, que tenía que devolvérmelo todo. Debí haberla perdonado en el hospital y dejarme de hostias.

—Perdona, José, pero ¿me puedes decir cómo era el tío con el que estaba Lucía? —Mi voz salió mucho más agresiva de lo que yo hubiera querido, y José me miró con dudas. Creo que el pobre pensaría que había metido la pata.

—Mira, yo no quiero follones, lo único que me interesa es saber si sales con Daniela.

—Vamos a hacer una cosa: yo te ayudo a que salgas con Daniela, por lo menos la primera cita, luego ya te apañas tú solito. Y para que no tengas

dudas, yo no salgo ni he salido nunca con ella en plan pareja, aunque creo que habría sido mucho más fácil para todos si hubieras preguntado antes, especialmente para Daniela, que la pobre lleva una temporadita fatal. —Ya que había metido la pata podía dar los datos que quisiera; total, de perdidos al río—. Para que yo te ayude con la cita, tú me tienes que decir cómo era el tío que estaba con Lucía; ¿hay trato?

—A ver, déjame pensar. —Había trato—. Era rubio, bastante alto y con cuerpo de gimnasio o de hacer mucho deporte, creo que tenía los ojos claros... —De mi garganta salió un gruñido, sabía perfectamente quién era. ¡Puto Sergio!, el cabrón no perdía el tiempo. Una bola de fuego empezó a subir por mi estómago; jamás pensé que los celos fueran algo así, pero la sensación no resultaba nada agradable.

—Gracias, tío, ya sé quién es.

—Ok. ¿Tú crees que Daniela aceptará salir conmigo? —En ese punto hasta sonreí, ojalá todo fuera tan fácil como eso.

—Seguro que sí, déjame a mí.

—Aún no me creo que no salgáis, siempre vais juntos a todas partes.

—No salgo con ella, pero te voy a decir una cosa: Daniela es una tía increíble, para mí es algo parecido a una hermana pequeña, así que si le haces daño te arrancaré las pelotas —y lo dije en serio, lo último que quería era que Daniela lo pasara mal.

—No te preocupes, llevo demasiado tiempo esperando a salir con ella como para cagarla. Ya sé que es una tía increíble, lo sabemos la mitad del bufete y yo. —Al acabar la frase, su cara de niño bueno se transformó en otra muy diferente—. Lo siento, Lucas, me caías fatal y era muy borde contigo porque siempre pensé que salías con ella.

—No pasa nada, te entiendo perfectamente, a mí hay otro tío que también me cae fatal. —A mi mente vino una imagen de Lucía y Sergio besándose y apreté tanto los puños que los nudillos se me pusieron blancos.

Nada más salir del ascensor, me fui directo a buscar a Daniela. La vi apoyada en la máquina de café, rodeada de moscones. Me giré y miré a José, asentí con la cabeza, la cogí del brazo y la aparté del resto de la gente.

—¿Me puedes explicar qué coño hacía tu hermana ayer, en tu casa, besándose con Sergio? —Tuve que tragar saliva, hasta decir esas palabras me dolía.

—Lo primero, a mí no me hables así, y lo segundo, ¿a ti qué te importa? Le dejaste las cosas muy claras cuando fue al hospital a pedirte perdón; si tú

ya no quieres estar con ella, está en todo su derecho de salir con quien quiera.

—¡Y una mierda! —En ese punto chillé y toda la gente que había en la máquina de café se giró para mirarnos. Oí que alguien decía: «pelea de enamorados». Miré a José y este me sonrió.

—Mira, Lucas, sabes que te quiero mucho, pero quiero más a mi hermana, así que no seas uno de esos ex que ni comen ni dejan comer.

—Yo aún no soy ex de tu hermana. —Hasta yo me daba cuenta de lo absurdo que sonaba eso.

—Pues ella lo tiene bastante claro, está intentando sacarte de su vida y de su corazón, Lucas. Creo que si querías seguir con ella la has cagado.

—Bueno, no creo que tu hermana sea de las que se enamoran y luego se olvidan tan rápido.

—Lucas, no juegues con ella. —Aquí ya se había puesto bastante seria.

—Vamos a hacer un trato, Daniela: yo te cuento una cosita de José que te va a parecer interesantísima y tú me ayudas a idear un plan para volver a conquistar a tu hermana; ¿aceptas?

Vaya día de tratos que llevaba. Tenía que intentar que por lo menos eso me saliera bien. Cuando hablé con Lucía solo esperaba que lo pasara igual de mal que yo unos días y luego llamarla para quedar y charlar, yo no había pasado página para nada. Tenía que volver con ella a toda costa. Y darme prisa.

Luego había otra cosa, totalmente secundaria en aquel momento, que me vino a la cabeza como un flash. Y aunque yo solo quería recuperar a Lucía, ¡una mierda iba a dejar que Sergio ganara la apuesta! Conseguiría que Lucía volviera conmigo sí o sí.

¿OS CONOCÉIS?

Habían pasado unas semanas desde mi última y única cita con Sergio, y aunque seguíamos llevándonos bien, él se había distanciado bastante, cosa que yo en el fondo agradecía, porque era todo más fácil. Además, quedaban dos semanas para las vacaciones y no lo vería en un tiempo. Esperaba que para la vuelta todo estuviera más normalizado.

veíamos una vez a la semana. Llevaba bastantes días animándome, como si ella no tuviera bastante con lo suyo.

Cuando salí del colegio, diez minutos más tarde de la hora a la que habíamos quedado, la vi y no pude evitar sonreír, pero con una sonrisa de las de verdad, de esas que casi se vuelven carcajada; Adriana estaba rodeada de hombres. Se había formado a su alrededor un grupo variado de profesores, alumnos y padres. Volvía a ser ella, había vuelto a vestirse y a arreglarse como siempre, y como siempre su paso dejaba huella. Lo mejor de todo era que estaba mirando el móvil, como si la cosa no fuera con ella.

Cuando ya casi había llegado a Adriana, alguien me llamó. No pude evitar cerrar los ojos; era Sergio.

—Perdona, Lucía, pero es que a Iván le ha surgido un problema y no podré comer con él, me preguntaba si vas a comer sola y si te importa que te acompañe.

—Pues verás, Sergio, es que he quedado con una amiga. Si quieres te puedes venir. —¿Por qué tenía que invitarlo?, Adriana y yo ya no podríamos hablar igual. A veces parecía tonta por no poder cerrar la boca a tiempo.

—Ah, pues si a tu amiga no le importa... —Mi amiga básicamente no lo sabía.

—Es aquella que está allí, la que está apoyada en el Opel blanco.

—¡No me jodas! El personal está revolucionado desde que ha aparecido,

en los pasillos solo se habla de la rubia buenorra.

—Es lo que pasa siempre con Adriana.

Pero a medida que llegábamos vi cómo el entusiasmo de Sergio se iba viniendo abajo; una cosa rarísima, porque Adriana incluso mejora de cerca.

El ambiente se enrareció aún más cuando Adriana levantó la cabeza y me miró. Primero a mí y luego a Sergio, y se puso blanca como el papel. Lo primero que salió de su boca aún me dejó más descuadrada:

—Hola, Sergio.

—¿Qué tal, Adriana? Estás más guapa, si eso es posible.

Pero ¿¿qué coño pasaba?!, ¿y por qué yo no me enteraba de nada?

—Perdonad, pero ¿os conocéis?

Sergio se acercó a darle dos besos y a Adriana le subieron los colores; ¡a mí Adriana, por Dios! ¿Qué me estaba perdiendo, por qué a mí nadie me contestaba y lo único que hacían era mirarse el uno al otro como si estuvieran solos?

Aquello se convirtió en una conversación entre ellos dos y yo me sentí totalmente excluida. Ni siquiera se inmutaron cuando dije que me iba, antes de acabar el segundo plato.

Me fui a mi casa y al cabo de dos horas llamé a Adriana, pero no me cogió el teléfono. Llamadme cotilla, pero es que la curiosidad me podía; ¿de qué se conocían?

Esperé una hora más y me fui para su casa. Así, como yo hago las cosas siempre, sin pensar. Llamé al timbre de abajo y tardó más de lo necesario en abrirme, aunque no se me ocurrió irme. Cuando llegué a su puerta estaba abierta, entré y cerré.

—¡Ya me puedes estar contando de qué conoces a Sergio!

—Hola, Lucía, no te tenía por tan cotilla. —Y estaba claro, no era Adriana, era Sergio. Que salía de la cocina en calzoncillos, y no sé qué me impresionó más, que estuviera en casa de Adriana tan ligero de ropa o el cuerpo tan jodidamente increíble que tenía.

—Cierra la boca, golfa, que se te ve el plumero. —Esa sí era Adriana—. Si vienes a decirme algo sumamente importante, adelante, si no ya puedes irte, que hace mucho que no echo un polvo y no estoy para perder el tiempo. —Sergio se atragantó con el agua que estaba bebiendo y la cara se le puso de un rojo intenso.

—Perdón, ya me voy.

—No esperaba menos, y no te preocupes, que mañana te pongo al día,

ya me entiendes: qué tal besa, folla, tamaño... —O me iba rápido o a Sergio le daba una apoplejía.

Salí de allí sin decir ni adiós y me fui caminado a casa. No entendía nada. Adriana podía parecer una loca a la que todo le daba igual, pero jamás metería a un tío en la casa donde vive con su hijo a no ser que le importara, por lo tanto, había unas cuantas piezas del puzle que no encajaban.

No supe nada de ella hasta el día siguiente. Vino a casa de mi hermana y me invitó a cenar a un restaurante que nos gustaba mucho a las dos. Para saciar mi sed cotilla, me dijo.

No quise ser pesada y no pregunté hasta que nos sirvieron el vino y nos tomaron nota de lo que íbamos a pedir. En ese punto ya no aguanté más.

—¿Me vas a explicar algo o me has traído aquí para que te suplique?

—Nos besamos mucho, follamos como animales y el tamaño no le ha cambiado mucho desde que nos acostamos la última vez.

—¿¡Qué!?, ¿pero cuándo te has acostado tú con Sergio?

—Ayer. —Yo la mataba.

—¿Vas a explicármelo todo así, a medias?

—Es que me estoy divirtiendo mucho. Venga, te lo explico. ¿Te acuerdas de mi historia de verano tipo *El diario de Noah*? Pues encontré al chico.

—¡Venga ya, Adriana!, ¡no me jodas! ¿Me estás diciendo que el tío que te desvirgó y del que te enamoraste hasta las trancas es Sergio?

—El mismo que viste y calza, que, por cierto, calzar calza una...

—No hace falta que entres en detalles. No me lo puedo creer. —La gente decía que la vida era un pañuelo, pero no pensé que lo sería hasta ese punto.

—Yo un poco más e hiperventilo cuando te vi aparecer con él.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Pues la verdad es que no lo voy a pensar mucho. Lo que tenga que pasar pasará, entretanto me hartaré de follar, eso sí. ¿Sabes lo que más me jode de todo?

—¿Qué? —Yo pensaba que se iba a poner trascendental y a soltarme algo profundo. Parecía mentira que no la conociera.

—Que te animé a que te lo tiraras, ¡so cerda! —Las dos estallamos en carcajadas.

Y a partir de ahí sí que entró en detalles, en muchos detalles. ¿Cómo cojones miraría yo a Sergio a la cara al día siguiente sin ponerme roja?

LO PERDÍ

Seguía sin tener noticias de Lucas. Sabía por mi hermana, que me soltaba información como quien no quiere la cosa, que ya caminaba sin muletas y que se había recuperado muy bien. Yo me alegraba mucho por él, pero no conseguía quitármelo de la cabeza. Después de la cita con Sergio todo fue peor, porque pensé que no encontraría a otra persona que me hiciera sentir lo mismo que Lucas.

Así que dejaba pasar el tiempo e intentaba centrarme en cosas que nada tenían que ver con mi vida sentimental, como el trabajo, mi familia, etcétera. Llevaba una temporada en la que incluso me había puesto al día de los libros que siempre tenía pendientes de leer. No estaba tan mal, pero tampoco estaba bien, echaba mucho de menos a Lucas. Debía resignarme a que no lo volvería a tener, eso era lo que más costaba.

Estaba una noche tirada en el sofá (como la mayoría de las noches; ya nunca salía, excepto el día reservado a Adriana) cuando oí a mi hermana entrar con alguien. Imaginé que era José, desde que habían empezado a salir no se separaban nunca, y estaban recuperando el tiempo perdido. Lo digo con conocimiento de causa, la habitación de Daniela y la mía están pegadas y aquello era una fiesta cada noche. Hasta me había aficionado a las infusiones de mi hermana, pues a las tres o las cuatro de la mañana me despertaban y me acababan desvelando, y para no comer nada a esas horas, me hacía una de sus infusiones (al final les cogería el gustillo). Mientras me las tomaba siempre canturreaba para no oírlos. En esos momentos me daba cuenta de cuánto echaba de menos a Lucas, en todos los sentidos.

—Lucía, ya tengo el plan definitivo para las vacaciones. —Llevaba así semanas, yo ya ni la oía. Cuando decidiera destino, ya me lo diría.

—¿Qué te parece Berlín?

—Me parece perfecto, y me encanta. —Siempre le contestaba lo mismo, pero era porque ya me había dicho por lo menos diez ciudades diferentes.

—Haremos una cosa: como todos te parecen bien, cogeré el que yo quiera y será una sorpresa.

—Me parece perfecto. —Me daba igual dónde ir, solo quería desconectar en algún sitio, lejos.

—¡Vale, pues hecho! —Miró a José y yo volví a sentirme fatal.

Mi hermana y yo habíamos decidido irnos juntas de vacaciones, pero eso había sido justo antes de que empezara a salir con José. Ahora me sabía fatal que se separaran, yo le había dicho a Daniela que lo invitara y que se viniera con nosotras. A mí me daba igual; no sería lo mismo, pero tampoco quería ver a mi hermana triste o todo el viaje pegada al móvil. Sin embargo, ella me contestó que no haría falta que él viniera. A veces no la entendía.

Esa noche fue demasiado larga. Daniela y José estaban excesivamente «cariñosos» y yo no podía pegar ojo. Ya me había hecho dos infusiones y había leído casi la mitad de un libro. A ese paso al día siguiente iría a trabajar con ojeras y ellos no se levantarían; bueno, eso si dormían algo.

Estaba en una parte bastante interesante del libro, de esos momentos en los que no te molestan ni los ruidos (en este caso gemidos varios) cuando oí un móvil. Miré el mío, pero no era (últimamente sonaba muy poco), entonces me di cuenta de que era el de mi hermana, que se lo había dejado encima de la mesa.

Me acerqué para mirarlo y me quedé paralizada al ver que era un wasap de Lucas. Con solo ver su nombre en el móvil ya me temblaban las piernas. Definitivamente era imbécil.

Al mirar el wasap (ya sé que está mal mirar móviles ajenos, pero no pude evitarlo) me di cuenta al momento de que había sido una estupidez. Dejé el móvil encima de la mesa, me fui a mi cuarto y me eché a llorar. Sabía que tarde o temprano Lucas reharía su vida, pero yo no quería verlo ni enterarme de nada.

Y ese wasap lo dejaba todo clarísimo:

«Ya lo tengo todo, voy a pasar unos días increíbles con la mujer de mi vida».

EL VIAJE

Mi equipaje estaba listo. Había quedado con Daniela en el aeropuerto, ella se había llevado esa misma mañana la maleta al trabajo, desde donde saldría directa en su coche. Yo cogería un taxi, pues no queríamos dejar los dos coches en el *parking*.

Me apetecía pasar unos días con mi hermana, pero tampoco estaba entusiasmada. Por si mi entusiasmo era poco, para rematarlo me iba unos días de vacaciones y no tenía ni idea de adónde.

Quedaban veinte minutos para el embarque. Por fin sabía que el destino elegido era Roma, mi ciudad favorita. Daniela y yo habíamos ido hacia muchos años con mis padres y había sido uno de mis mejores viajes. Como Daniela y yo hablábamos a menudo de ese destino supuse que había escogido Roma para recordar viejos tiempos. Pero Daniela no aparecía. La había llamado un par de veces y no me cogía el teléfono. Iba a dar media vuelta para irme cuando el móvil me sonó, era un wasap. Por fin mi hermana daba señales de vida, empezaba a ponerme nerviosa. Me decía que llegaría muy justa, que fuera embarcando yo y que la esperara dentro.

Entré en el avión no muy convencida, Daniela siempre es muy puntual. ¿Y si le había pasado algo y no me quería asustar?, mi cabeza iba a mil.

Me senté en mi asiento. Me encanta viajar al lado de la ventana, siempre que puedo elijo ese sitio. No sé muy bien por qué, la verdad, ya que me duermo antes de que me dé tiempo a ver algo.

Quedaba muy poco para que cerraran puertas y mi hermana no aparecía. Llamé a la azafata para hablar con ella y decirle que me avisara antes de cerrar, porque yo me bajaba. No me entusiasmaba ir con mi hermana, pero sola no me iba ni loca. Se estaba acercando la azafata cuando miré a la puerta (lo hacía cada dos segundos, la gente pensaría que tenía un tic) y por ella

apareció la última persona que esperaba ver en aquel avión.

Lucas estaba impresionante. Hacía bastante que no lo veía, pero mi corazón bailó una conga en su honor. Lo vi acercarse a mí e intentar entrar en el asiento que había libre a mi lado y empecé a encajar piezas. Menudos cabrones él y mi hermana. Vaya encerrona, tenía que poner cara de enfadada, pero la verdad era que por dentro estaba eufórica.

—Hola, preciosa.

—Ahora vuelvo a ser preciosa. —Quería hacerme la dura. Durante ese tiempo lo había pasado fatal, pero estaba haciendo un esfuerzo por no sonreír y dejarme llevar.

—Para mí siempre lo serás. Perdona a Daniela, la pobre no estaba muy convencida de colaborar, casi la obligué.

—Yo siempre perdono a Daniela... —No pude acabar.

—Y a mí, ¿podrás perdonarme?

—Yo... Me lo has hecho pasar muy mal... y... ya veremos, me lo pensaré. —Sonó todo con tan poca convicción que me sonrió de esa manera suya, única, y yo me fundí por dentro. El muy canalla era muy consciente de que ya casi me tenía.

Creo que fue el primer viaje en avión en el que no me dormí. Nos pasamos todo el trayecto hablando de cosas sin importancia que nos habían pasado durante el tiempo que habíamos estado separados. En un momento dado, el tema derivó hacia todo lo que teníamos pendiente, pero decidimos que ya lo hablaríamos con más calma en otro momento; total, teníamos diez días solo para nosotros.

La primera vez que vi Roma me encantó. El coliseo me impresionó muchísimo y me seguía impresionando igual por segunda vez, y por lo que estaba viendo en aquel viaje a Lucas también. Me había explicado que él nunca había visitado Roma; siempre había tenido muchas ganas, pero nunca encontraba el momento.

Íbamos de un sitio a otro sin parar, intentando ver lo máximo posible. Recorrimos las calles del Trastévere y nos sentamos para tomar una cerveza acompañada por una música de fondo que tocaban unos músicos en la calle. Fue un momento que dejaría grabado en mi memoria para siempre, pasara lo que pasase.

Cenamos en un restaurante muy pequeñito y muy íntimo en el que la comida estaba buenísima. Pudimos hablar de muchas cosas y por supuesto salió el tema que llevábamos esquivando todo el día.

—No quiero reproches, quiero empezar contigo de cero en ese sentido. Ya sabes por Susana lo que pasó esa tarde, y la verdad es que llegaste tú más lejos con Sergio que yo con ella. —Al decir eso su mandíbula se tensó—. No quiero echarte nada en cara, en aquel momento para ti no estábamos juntos y eras libre de hacer lo que quisieras, a mí me sentó como una patada en las pelotas, pero ese es mi problema. Lo único que quiero decirte con todo esto es que, si quieres que lo volvamos a intentar, necesito que confíes en mí. Si vuelves a huir como lo hiciste sin ni siquiera dejar que te explique nada, no habrá más oportunidades.

Mi sonrisa se extendió; con todo lo que había montado para que hiciéramos juntos ese viaje ya me imaginaba que me daría otra oportunidad, pero oírsele decir de su boca me encantó.

—Sí quiero, y sí confiaré en ti —lo decía de verdad, y no lo hacía por él, lo hacía por mí. Esa desconfianza que sentía hacía él solo era una inseguridad mía y lo único que conseguía era hacerme daño a mí misma. Así que empezaría con Lucas de cero y lo haría de verdad, sin inseguridades ni desconfianzas.

—Me encanta oír eso, porque llevo demasiado tiempo esperando meterte en mi cama de nuevo. —Llamó al camarero, pagó la cuenta y antes de que pudiera reaccionar estaba subida en un taxi camino del hotel. El taxista me miraba raro porque a mí tanta prisa me hizo reír. Creo que fue una mezcla de nervios y felicidad absoluta; ¡bendita mezcla!

Los días pasaron volando, pero fueron increíbles. Hubo de todo: días de cansancio por estar horas y horas haciendo turismo y días de no salir de la cama, de pasarnos todo el día devorándonos el uno al otro. Lucas tenía un apatito insaciable; «demasiado tiempo separados», repetía cada vez que me hacía el amor, y yo no tenía la más mínima queja.

Fueron días en los que afianzamos nuestra relación a pasos agigantados, estábamos siempre juntos y pudimos hablar de infinidad de cosas, de todas las preguntas y todas las dudas que teníamos.

Me daba mucha pena que volviéramos cada uno a nuestra casa y a nuestras rutinas. Me había acostumbrado a estar con él; parece mentira lo que unos días de vacaciones pueden hacer, pero echaría de menos meterme en la cama con él cada noche y hablar de todo un poco.

Ahora volvería a casa y me tocaría dormir sin él, pero no podía quejarme (o lo acojonaría). Íbamos a intentarlo y a empezar de nuevo, qué más quería. Si me paraba a pensarlo, con Lucas lo quería todo: compromiso,

boda, niños..., todo. Pero ya me estaba yo montando mi película, había que empezar por el principio y eso era lo que habíamos decidido hacer.

ELEGÍA ESTAR CON ÉL

Aquello era una mierda, así, sin más. Desde que habíamos vuelto de viaje (hacia ya una semana) no habíamos podido dormir juntos ni un día, y se me estaba haciendo larguísimo. Habíamos quedado un par de días para comer, hablábamos mínimo dos veces al día y todo iba bien, pero yo lo echaba de menos. Era una tontería quejarme; sin embargo, se había juntado mi final de trimestre con mucho trabajo suyo, por lo que los dos íbamos de culo. Estaba tan enamorada de Lucas (ya no engañaba a nadie, estaba enamorada hasta las orejas) que lloriqueaba porque hacía una semana que no dormíamos juntos.

Pensando en todo eso estaba yo cuando me sonó el móvil. No podía verme, pero me di cuenta al momento de la cara de imbécil que puse cuando vi que era Lucas.

—Hola, preciosa, ¿qué haces?

—Pues la apasionante tarea de corregir exámenes.

—Qué bien. Suena apasionante en tu boca, pero para, que me descentras; ¿te viene bien comer hoy conmigo en el restaurante de siempre? Me gustaría hablar contigo. —Tuve que tragar saliva. Qué mal sonaba esa frase y qué pellizco en el estómago me produjo, pero le dije a Lucas que confiaría en él y tenía que cumplirlo.

—Sí, ningún problema. ¿Me puedes avanzar algo?

—Ah, no, bonita, tendrás que esperar hasta la hora de comer. La paciencia es una virtud muy buena, de la que tú careces por completo.

—Cuando hablas así me caes bastante mal.

—Lo sé, me encantas cuando te enfurruñas y frunces el ceño, se parece mucho a la expresión que pones antes de correrte y...

—¡Lucas!

—Vale, vale, me voy a trabajar, a ver quién es capaz de concentrarse ahora.

Me colgó el teléfono y ahí me quedé, mirando el móvil con muchas emociones encontradas, aunque no me quedaba más remedio que esperar a la hora de comer para saber qué quería. La mañana se me iba a hacer eterna.

Lo primero que vi nada más entrar en el restaurante fue a Lucas. Me quedé mirándolo y él levantó la vista como intuyendo mi presencia. Me sonrió y el corazón me dio un vuelco; pensé: «como ahora me diga que me deja estoy jodida de verdad».

Estaban a punto de traernos el postre y Lucas no me había comentado nada fuera de lo habitual, así que armándome de valor le pregunté:

—Lucas, deja de evitar el tema y dime por favor qué querías, porque me estoy poniendo bastante nerviosa.

—Lo siento, preciosa, no sabía que estabas tan nerviosa, y la verdad es que no sé por dónde empezar. —No sabía si levantarme e irme o escuchar lo que tuviera que decirme. Me temblaban hasta las manos—. Bueno, allá voy. Lucía, yo no sé lo que quieres, no sé si quieres casarte o prefieres que vivamos juntos. —Sacó una cajita de la chaqueta y la abrió delante de mí, era un anillo—. Pero sí sé lo que quiero yo. Quiero dormir contigo cada noche. Quiero que seas lo primero que vea por la mañana. Quiero ver cómo te levantas de mal humor y cómo te cambia la cara cuando bebes el primer sorbo de café. Llévate al trabajo y besarte como si fuera el último beso. Cenar juntos cada noche y hablar de lo mal o lo bien que nos ha ido el día. Quiero todo eso y mucho más. Y no me malinterpretes, no pretendo convencerte de nada. No se trata de lo que quiera yo, sino de lo que queramos los dos.

—Tú quieres mucho.

—Todo, yo lo quiero todo.

—Y ¿hasta cuándo durará? —Se lo pregunté sin pensarlo, pero me salió de dentro.

—Quizá esperas un tipo de declaración de amor que te prometa un «juntos para siempre», pero eso no te lo puedo prometer. Eso no lo podemos saber ni tú ni yo, pero te prometo que el tiempo que dure haremos que sea perfecto.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que Lucas se acercó, me limpió la cara y me besó. Fue un beso dulce y posesivo a la vez.

—No llores, preciosa, simplemente haz que ocurra.

Volví a besarlo, mi cabeza iba a mil y me estaba hasta mareando, pero sabía lo que iba a contestarle desde que empezó su declaración de amor. La vida era mejor con Lucas.

—Sí a todo, Lucas. —Soltó una carcajada que me hizo estremecer.

—Mira si lo hemos hecho todo diferente que nos hemos ido de luna de miel antes de casarnos.

Nos miramos a los ojos y supe que no podría estar en otro sitio mejor que al lado de Lucas. Lo que más me impresionó de mis pensamientos fue que ahora sabía que podría vivir sin él, que «nadie se muere por nadie», pero elegía estar con él.

EPÍLOGO

Era una ceremonia preciosa. Todo estaba decorado con un gusto exquisito, lleno de mis flores preferidas, girasoles. Estos aparecían por el altar, por los pasillos y en los ramos de las damas de honor. Sonaba un violín de fondo que emitía una música de lo más relajante. Todo era perfecto. Aunque, cuando me giré, me dio vértigo. Había más de doscientos invitados, todos mirando hacia donde yo estaba, pero no me miraban a mí. Di gracias por no ser la protagonista de ese día.

Mi hermana había elegido un vestido muy bonito, de esos con falda de pliegues que nacían en la cintura y bolsillos laterales. La parte de arriba tenía un escote palabra de honor muy sencillo. Estaba preciosa.

Volví a mirar hacia atrás buscando a Lucas. Cuando por fin nuestras miradas se encontraron, él bajó los ojos a mi barriga. Estaba embarazada de dos meses y él algo paranoico. Lo tranquilicé con la mirada haciéndole entender que me encontraba bien, la verdad era que estaba de maravilla. No pude evitar recordar nuestra boda. Nos habíamos casado hacía un año en el ayuntamiento, en una boda tan íntima que solo asistieron diecisiete personas. Fue perfecta.

Cuando acabamos de cenar el novio pidió silencio para hacer un brindis. Le dedicó a mi hermana unas palabras preciosas llenas de amor, aunque solo con ver cómo la miraba sobraban las palabras.

Luego se dirigió a Lucas y dijo:

—Quiero brindar y dar las gracias a mi cuñado Lucas —los dos sonrieron— porque en un ascensor me hizo ver la verdad y me dio el empujón que necesitaba.

Todos posaron su vista en nosotros, y daba la impresión de que nadie entendía de qué iba todo aquello, pero por la mirada que intercambiaron

Lucas y José ellos sí lo sabían.

Mi hermana y José bailaban un vals. Creo que no veían a nadie más que el uno al otro. Cuando acabaron, nos levantamos para empezar a bailar y de repente vi a Lucas subir al escenario. No dijo nada, simplemente cogió una guitarra y empezó a tocar. Se hizo el silencio, y a mí un nudo en la garganta. Cuando sonaron los primeros acordes, supe de qué canción se trataba. Aunque no era mi estilo, me recordaba a mi infancia, a mi padre, que le encantaba.

En un momento de la canción nuestros ojos se encontraron y no hubo nadie más en la sala. Solo podía escuchar su preciosa y grave voz.

*Si alguna vez fui un ave de paso
lo olvidé para anidar allá en tus brazos.
Si alguna vez fui bello y fui bueno
fue enredado en tu cuello y en tus senos.
Si alguna vez fui sabio en amores
lo aprendí de tus labios cantores.
Si alguna vez amé, si algún día después
de amar amé fue por tu amor, Lucía.
Lucía.*

Dos lágrimas recorrieron mi cara. Escuchando cantar al hombre y amor de mi vida, tuve claro que hay que tirarse a la piscina, sin flotador. Hay que hacer que ocurra.

Nadie me puede asegurar que Lucas y yo estaremos juntos para siempre, pero estamos juntos aquí y ahora, y yo soy feliz. ¿Qué más se puede pedir?

DIEZ AÑOS DESPUÉS

Mientras subía en el ascensor iba pensando en todo lo que tenía que explicarle a Lucas. No es que hubiera hecho gran cosa, pero como en el pueblo no había cobertura no habíamos podido hablar y se me había acumulado todo lo que le quería contar. Él no había podido acompañarme, se había quedado trabajando.

Al abrir la puerta, me extrañó que no estuviera la llave echada, porque Lucas nunca ha sido despistado. Me fui directa a mi habitación. Quería deshacer la maleta lo antes posible, ducharme, ponerme un pijama cómodo y tirarme un rato en el sofá.

Pensé que podríamos pedir algo de cena y así no tendría ni que cocinar. La verdad es que estaba descansada, pero necesitaba un ratito de sofá y tele.

Pero cuando llegué a la puerta de nuestro dormitorio... ¡Hostia! No me lo podía creer, ahí estaba yo, en el umbral de la puerta del que era nuestro dormitorio y ahí estaba él... Y claro, no estaba solo. Me iba un día y al volver me encontraba a mi marido en mi cama con otras.

Él abrió los ojos y me sonrió, en su cara había cachondeo y algo de arrepentimiento.

—Lo siento, no he podido evitarlo.

—Ya veo. —Me acerqué y le di un beso mucho más corto de lo que me hubiera gustado. Solo había pasado una noche fuera, pero lo había echado mucho de menos.

Salí corriendo el día anterior al enterarme de que mi madre se había caído por las escaleras y, como ella es así, no sabía si me decía que estaba bien para que no me preocupara o si era verdad. Al final todo había sido un susto.

Mi hermana no podía ir porque estaba en el hospital. Acababa de dar a

luz a mi primera sobrina. Una personita preciosa que nos había robado el corazón a todos nada más nacer. Al padre le iba a dar un infarto cada vez que alguien se acercaba a la cuna. Les había costado mucho que Daniela se quedara embarazada, pero al final lo consiguieron y José solo apartaba los ojos de su hija María para mirar a mi hermana.

Así que me tocó a mí salir corriendo, y aunque a Lucas no le hizo mucha gracia que cogiera el avión embarazada de cuatro meses, mi médico me dijo que no había problema.

—Me voy un día y te encuentro en la cama no con una, sino con dos muñequitas.

—Ya sabes cómo son de insistentes.

Miré a mis dos hijas, una a cada lado de mi marido, y no pude evitar sonreír. La vida me estaba tratando muy bien. Las dos muñequitas que dormían con Lucas eran nuestras gemelas. La verdad era que habíamos pasado una temporada de locos y ahora venía otro u otra (aún no se había dejado ver) en camino, pero no me podía quejar de nada.

Teníamos a los canguros perfectos, pues cuando decidíamos salir a cenar o ir al cine, las niñas estaban encantadas de hacer fiesta de pijamas en casa de la tita Adriana y el tito Sergio.

Aitor ya era mayor, y tanto Adriana como Sergio habían decidido no tener más hijos. Sergio había adoptado legalmente a Aitor (ya que su padre biológico murió, aún no se sabe bien de qué) y decía que con un hijo tenían más que suficiente. Venían cada semana a cenar a casa. Sergio y Lucas se habían hecho inseparables; hay que ver qué raros son los hombres a veces. Después de que Sergio empezara a salir con Adriana Lucas solo se permitió una «pequeña broma», como la llamó él.

Le envió una invitación de nuestra boda en la que ponía: «Ya sabes que estás invitado, solo era para decirte que al final ganó el mejor». En fin, hombres...

No todo en nuestro matrimonio ha sido un camino de rosas. Tenemos y tendremos nuestros momentos malos, pero no me arrepiento de ninguna decisión tomada, todo me ha llevado a la mujer que soy hoy.

Y qué mejor compañero para vivir esta vida que Lucas, que por ahora ha demostrado no equivocarse, porque después de más de diez años juntos está siendo perfecto.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres. Os quiero muchísimo, aunque os lo diga poco.

A mi pareja, por estos años caminando juntos (más los que quedan) y por tu apoyo incondicional.

A mi hermano, por todo.

A mi princesa, fuerte y valiente, por enseñarme lo que es el AMOR con mayúsculas. Te quiero mucho, siempre.

A Lucía, por el «empujón» que necesitaba.

A Eli, Raquel y Vanesa por acompañarme y escucharme durante todo el proceso.

A ti, que tienes este libro entre las manos. Espero que hayas disfrutado tanto leyéndolo como yo escribiéndolo. Mil gracias.